

HARLEQUIN®

Super Bianca

Lyn Ellis

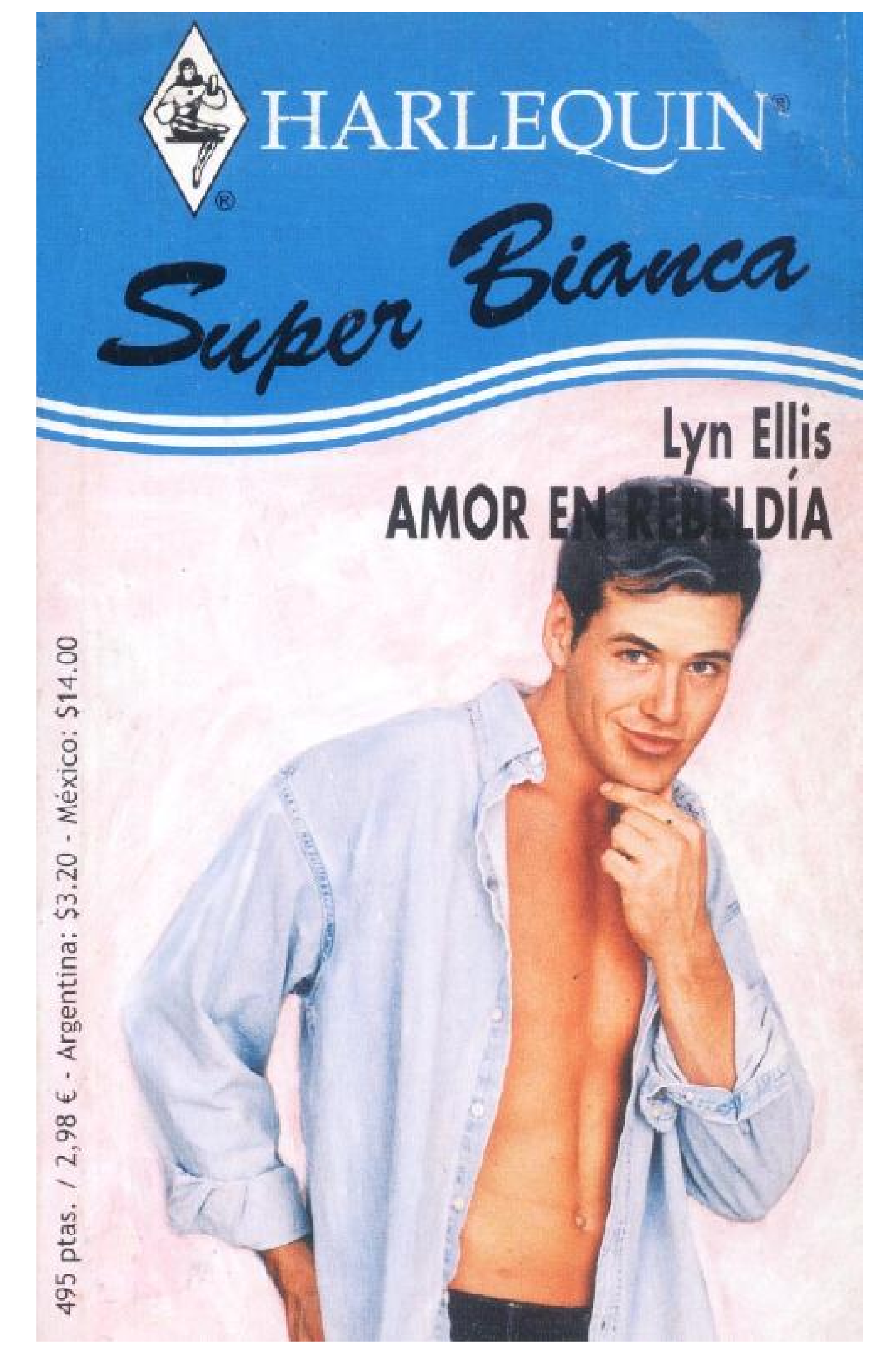
AMOR EN REBELDÍA

495 ptas. / 2,98 € - Argentina: $3.20 - México: $14.00

Amor en rebeldía

Lyn Ellis

3º Serie Multiautor "Las seductoras"



Amor en rebeldía (2001)
Título Original: Drop-dead gorgeous (2000)

Serie Multiautor: 3º Las seductoras (Sweet Talkin' guys)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Bianca 102
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Mitch McKee y Katie Sutherland

Argumento:

EL LADO MÁS SALVAJE DE LA VIDA

Mitch McKee, el jefe de policía, pensaba que lo tenía todo bajo control, hasta que apareció su primer amor, Katie Sutherland, con la idea de armar un poco de jaleo y de un cuerpo hecho para el pecado.

La preciosa Katie se había pasado toda su vida haciendo el papel de hija perfecta del hombre más importante de la ciudad, y ahora que había vuelto a casa, tenía ganas de rebelarse.

Así que se acordó de su novio de adolescencia, el chico duro del instituto. Pero Mitch ya no era tan duro… Aunque estaba más sexy que nunca, y Katie quería que la acompañase en su aventura y en su cama. ¿Sería capaz de convencerlo para que volviese con ella al lado más salvaje de la vida?

Capítulo 1

El jefe de policía Mitch McKee había llegado casi a los límites de la ciudad de Chapel, cuando oyó una llamada por radio. Había estado intentado salir de la ciudad todo el día con la esperanza de terminar uno de los días más largos de su carrera al servicio de la ley. Chapel, una pequeña ciudad universitaria a las afueras de Chattanooga, presumía de la poco frecuente combinación de familias de rancio abolengo y de contrabandistas de bebidas alcohólicas como parte de su historia. Sin embargo, en aquel momento, Mitch opinaba que los venerables concejales del ayuntamiento de Chapel eran una reata de mulas demasiado testarudas como para pensar en el futuro. Su paciencia, para la retórica política, lo había abandonado poco después de la hora del almuerzo.

Preferiría estar pescando, pero la radio no guardaba silencio.

—Les, un motorista acaba de informar que hay un coche en una zanja en Ravenswood Road —decía Myra, la operadora, al oficial de guardia—. Una damisela en peligro —añadió, con el tono de voz de una tía casamentera.

—Voy de camino —respondió Les, que parecía poco molesto por tener algo que hacer en una noche sin muchas incidencias.

Mientras tanto, Mitch estaba intentando aclararse la mente por el día que había pasado, discutiendo con uno u otro de los concejales del ayuntamiento. Parecía que, cuando había aceptado el puesto de jefe de policía, también había sido elegido para el de matón. No obstante, cuando tenía que ponerse manos a la obra, esperaban que Mitch se atuviera en la línea oficial. Creían firmemente en no alterar el estado de las cosas. Tendrían que haberse imaginado que aquello no sería posible.

Efectivamente, el infame Mitch McKee de antes había dejado sus malos hábitos del pasado y había servido en los Marines con todos los honores, a excepción de unas cuantas estancias en el calabozo, pero, en lo que se refería a seguir las reglas… solo seguía las que no le parecían una estupidez.

Mitch ni siquiera podía soportar pensar en la proposición del alcalde para reducir el límite de velocidad a veinte kilómetros por hora, durante los siete días de la semana, en cualquier calle que tuviera una iglesia. El razonamiento del alcalde había sido que, aunque no hubiera servicios religiosos, el tráfico debería ser más lento como señal de respeto.

Para aclararse la cabeza, Mitch decidió ir a echarle una mano a Les con aquella «damisela». Ravenswood Road estaba de camino a su casa. Aunque acabara teniendo que sacar a aquel coche del barro,

sería mucho mejor que seguir pensando en el alcalde John Dealey. Mitch no quería ni pensar en su próxima reunión. Tal vez él fuera un pecador, pero por lo menos entendía el concepto de la frase «flujo del tráfico».

Quince minutos más tarde, enfocó la linterna sobre las marcas que un coche había realizado al patinar sobre el asfalto de Ravenswood Road a lo largo de varios metros y sacudió la cabeza.

—¿Se está preparando para conducir el coche en un rally o qué? —le preguntó a la pelirroja, muy bien vestida, que estaba sentada sobre la puerta del lado del conductor.

El Mercedes había volcado.

Mitch ya le había preguntado cómo se encontraba y le parecía que era su deber hablar de su modo de conducir, ya que su oficial de guardia tendría probablemente que ponerle una multa.

—Soy una conductora excelente —replicó la mujer—. Lo que pasó fue que estaba hablando por mi teléfono móvil cuando un ciervo cruzó la carretera.

—No me extraña, los teléfonos móviles son armas letales, pero por el aspecto de las marcas de sus neumáticos, hubiera debido estar hablando con un controlador aéreo. Señorita, usted debía de ir volando.

La mujer en cuestión se rebulló ligeramente sobre el coche y cruzó las piernas, que Mitch trató de no mirar para no distraerse. Tenía un aspecto que le resultaba familiar, pero no creía haberla visto antes. Si lo hubiera hecho, no habría olvidado aquellas piernas.

—No tiene por qué preocuparse por mí —añadió la pelirroja—. He llamado al mecánico de mi padre para que venga a remolcarme.

Aquellas palabras, pronunciadas en un tono de voz tan suave y tan seguro de sí mismo, hicieron que Mitch inclinara la cabeza para verle mejor el rostro a la tenue luz. Fue entonces cuando Mitch la recordó. Katie Sutherland, la hija más joven de la familia más rica de Chapel, Tennessee. Aquella joven era la versión adulta de la muchacha a la que Mitch había conocido cuando estaban en el instituto y con la que nunca había tenido nada que ver, aunque a él le había costado bastante que así fuera. Por aquel entonces, casi ni la había oído hablar. Años después, parecía que sabía muy bien cómo utilizar las palabras.

Mitch miró a Les, el oficial que había acudido oficialmente a la llamada de emergencia y sacudió la cabeza. La hija de Terrence Sutherland. De todas las mujeres que había en el mundo… Luego, volvió a mirarla.

—Lo siento mucho, señorita Sutherland, pero tenemos que redactar un informe y creo que también tendremos que hacerle el test

de alcoholemia.

—Está de broma, ¿verdad?

—Lo siento, señorita —repitió él—. Es la ley y yo soy el hombre que se encarga en Chapel de que esta se cumpla. Pero primero, uno de nosotros tiene que sacarla de ahí.

—Prefiero quedarme donde estoy hasta que Ramey llegue.

—Lo tendré en cuenta —dijo Mitch. Entonces, se volvió a mirar a Les—. A pesar de que yo iba de camino a mi casa y no llevo mi ropa de trabajo, tendré que llenarme de barro. Sin embargo, te ordeno que le hagas la prueba de alcoholemia.

—Lo que usted diga, jefe —le dijo Les.

Tras dirigir una mirada apenada a sus botas de trabajo favoritas, Mitch se bajó de la acera y se dirigió hacia el barro. Cuando llegó hasta ella y pudo verla mejor pudo ver que la joven belleza que lo había contemplado a lo largo de su último año en el instituto con gran curiosidad y que había dado pie a unas cuantas de sus fantasías sexuales, se había convertido en una verdadera rompecorazones. Sin embargo, antes de que se quedara demasiado extasiado contemplando a la nueva Katie, ella giró la cabeza e hizo todo lo posible por ignorarlo. En general, a Mitch siempre le había costado bastante que no se le prestara atención cuando él no lo deseaba. Por eso, le colocó un brazo en la espalda y otro bajo aquellas impresionantes piernas y la levantó.

—Le he dicho que quería quedarme aquí —le recordó ella, tratando de zafarse de él—. Podría hacer que lo condenaran por acoso sexual. ¡Déjeme en el suelo!

—No. Haré constar su desacuerdo en el informe —dijo él mientras iba subiendo con mucho cuidado por la pendiente—. Si va en contra de la ley sacar a una mujer de una zanja llena de barro, entonces ese delito tendrá que atribuirse a la educación que me dieron mis padres. Mi madre siempre me decía que tenía que ayudar a una mujer que tuviera problemas. Además, ¿por qué te has teñido el pelo de rojo? —añadió él, recordando que ella era morena.

—¿Cómo has sabido que…? —preguntó ella, retirándose un poco de él para poder mirarlo a la cara.

Mitch sintió que los músculos de Katie se tensaban. Entonces, guardó silencio.

—Eso sí que me resulta familiar. Recuerdo que, siempre que intentaba hablar contigo en el instituto, te cerrabas como una almeja. Ahora no tienes por qué preocuparte. Soy completamente respetable. Se acabaron los tribunales de menores. Además, tu padre me ayudó para que me eligieran jefe de policía.

—Mi padre… —dijo ella, saltando de los brazos de Mitch como si fuera una gata en cuanto llegaron a la acera—… mi padre ni

siquiera tiene los sesos que Dios le dio a una pulga.

Mitch se frotó la barbilla, tratando de concentrarse en contestar a aquello en vez de en el modo en que su cuerpo había reaccionado al tenerla en brazos.

—Aclárame esto, ¿lo estás insultando a él… o a mí? —preguntó por fin con una sonrisa.

Kate no sabía si llevarse las manos a la cabeza por la frustración o sentarse en la acera y ponerse a llorar. Mitch McKee. ¿Por qué había tenido que encontrarse con Mitch McKee? Había decidido usar el anonimato para intentar camelar al policía y que no le pusiera una multa por su propia estupidez. Esa posibilidad se acababa de esfumar en el aire. Mitch había sido el primer chico que le había gustado en el instituto y por el que había sentido una pasión fuera de control. Se había pasado horas escribiendo su nombre en su diario colándose en el ala de los mayores solo para verlo y observándolo mientras estaba en el aparcamiento, fumando con los otros «chicos malos». Cada vez que él había intentando hablar con ella, se había sentido completamente humillada y se había quedado allí de pie, sin poder articular palabra, con el corazón latiéndole como si fuera a salírsele del pecho.

Y allí estaba. Más atractivo que nunca, incluso con vaqueros y con botas embarradas. ¿Había habido alguna vez en la que no se hubiera sentido abrumada por Mitch McKee? Tendría que demostrarle que había crecido.

—Supongo que os estoy insultando a los dos, si tú compartes las ideas políticas de mi padre.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Mitch, ligeramente sorprendido—. Yo no he dicho nada de eso.

—Hazme caso. Si mi padre te ayudó, entonces, seguramente esperará que lo hagas.

El rugido de la grúa que se acercaba hizo que los tres se volvieran. Mitch habló en primer lugar.

—Me aseguraré de que no dañe tu coche más de lo que está. Empieza con la prueba de alcoholemia, Les, para que la señorita Sutherland se pueda ir a su casa.

—Espera un momento…

Mitch se volvió a mirarla y se puso las manos en las caderas. En aquel momento, era un policía en estado puro.

—Si quieres un abogado, entonces utiliza tu teléfono móvil para llamarlo. Si no quieres, haz la prueba, rellena los informes y podrás marcharte. Cuando se destroza de este modo un coche de cincuenta mil dólares, alguien tiene que hacer el papeleo.

Incapaz de decidir lo que decir en primer lugar, Kate pasó rápidamente al lado del oficial en dirección al coche patrulla. Tendría

que hacer aquella estúpida prueba. No había estado bebiendo, sino llorando y no había ninguna ley que prohibiera eso. En cuanto a lo de destrozar el coche… no le importaba. Su padre le compraría diez coches más siempre y cuando se mantuviera alejada de su perfecta vida. Y tal vez ella le tomara la palabra al respecto.

Dado que ya tenía las botas manchadas de barro, Mitch ayudó a Ramey, el conductor de la grúa, a enganchar el Mercedes. Parecía que su esposa había sacado al viejo Ramey de la cama. El pequeño accidente de Kate estaba alterando a todo el mundo. Mitch observó cómo ella le entregaba a Les el permiso de conducir. Se comportaba más como si estuviera furiosa que ebria.

Se dio cuenta de que no se había fijado si ella llevaba anillo de casada. ¿Seguiría siendo su apellido Sutherland? ¿Se habría mudado a California para casarse con un tipo llamado Chad o Brad y se habría olvidado completamente de Chapel? Si lo había hecho, no podía culparla. Él había hecho poco más o menos lo mismo al quedarse en el ejército cuando el juez Wrensdale le había dicho que o se enrolaba en el ejército o tendría que ir a la cárcel por el robo de un coche. En aquel momento, había querido olvidarse de aquella ciudad y de todo lo que estaba relacionado con ella. Sin embargo, nunca había podido borrar de su mente el frágil rostro de Katie, especialmente la expresión que había tenido la primera vez que regresó al instituto después de la muerte de su madre. Había sido todo ojos y tristeza.

Mientras se acercaba al coche patrulla, podía oír a Les explicándole cómo hacer la prueba de alcoholemia. Justo cuando llegaba a la puerta abierta del coche, Les le estaba diciendo:

—De acuerdo, ahora sople.

Mientras Katie seguía las instrucciones, Mitch sintió que toda la sangre de su cuerpo se le concentraba en un solo punto. La vergüenza que sintió por la reacción de su cuerpo al ver los labios de Katie sujetando un instrumento de plástico le hizo darse la vuelta y marcharse por donde había ido. Sin embargo, antes de alejarse por completo, vio que Katie hacía un gesto de desaprobación con los ojos.

Cuando llegó a su todo terreno, sintió ganas de darle una patada. ¿Se había pensado ella que se había convertido en un pervertido? «Venga, Mitch, has visto cómo bailarinas del vientre chupan serpientes… ¿Qué te ha pasado?». Solo podía atribuir aquella reacción a la conmoción que le había producido ver cómo la dulce Katie de su pasado se había transformado en una atractiva y sensual mujer. Era como descubrir que la vecina de al lado se había convertido en un conejito de *Playboy*.

No obstante, Katie no había posado desnuda y ni siquiera lo había mirado de un modo sugerente. Lo único que había hecho era realizar la prueba de alcoholemia que él le había ordenado.

—¿Jefe? —le dijo Les, acercándose a él—. La señorita Sutherland ha dado negativo. No está bebida.

—De acuerdo, entonces deja que se marche —respondió Mitch.

Él mismo tenía que marcharse. Había demasiados conflictos de interés en aquella situación, en la que él pasado chocaba contra el presente.

—Me gustaría darle las gracias, oficial, por haber sido tan amable de no haberme puesto una multa —comentó Katie.

Mitch miró a su subordinado, que, de repente, parecía muy nervioso. Kate se merecía una multa. Sin embargo, decidió dejarlo estar.

—Todos nos alegramos mucho de que no haya resultado herida, señorita —respondió Les, tocándose el sombrero—. Gracias por su ayuda, jefe —añadió, antes de dirigirse a su coche patrulla.

—Pensé que te habías mudado a California —comentó Mitch, cuando su subordinado se hubo marchado.

—Y así fue —replicó ella, contemplando cómo Ramey terminaba de asegurar su coche a la grúa.

—Tu coche está destrozado —dijo él, al ver que ella no añadía más detalles.

—Oh, no sé. Creo que unas cuantas abolladuras le darán cierto carácter, ¿no te parece? —bromeó ella, aunque parecía preocupada.

Al oír aquellas palabras, Mitch la miró fijamente. Tal vez se había trastornado un poco en uno de esos terremotos que había habido en California. Aquel coche no iba a ir a ninguna parte durante mucho tiempo y, como no había empresas de alquiler de vehículos en Chapel, decidió ofrecerle el suyo, aunque sabía que ella podría rechazarlo.

—Necesitarás que alguien te lleve a la casa de tu padre.

—No me alojo con mi padre ni con mi hermana —replicó ella con voz muy dura.

—Oh.

—Estoy en casa de mi amiga Julie. Dado que tu memoria es tan prodigiosa, supongo que te acordarás de Julie Blake, que de soltera era Julie Taylor.

—Sí. Conozco muy bien a los Blake. Cal y yo solemos ir a pescar cuando tenemos tiempo —dijo él. En aquel momento, se decidió a preguntarle lo que tanto quería saber—. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar tu marido y tú en la ciudad? Creo que tardarán bastante en arreglarte ese coche.

—Estaré aquí al menos hasta la reunión de la clase del instituto de este fin de semana —respondió ella—. ¿Vas a ir?

—Yo me gradué en una clase diferente, ¿no te acuerdas?

En aquel momento, Ramey se les acercó, limpiándose las manos

con un trapo grasiento. Parecía que había terminado su trabajo.

—¿Qué vas a hacer para conseguir otro coche? —preguntó Mitch, ya que ella no parecía haber entendido lo que él le quería decir.

Su personalidad no le permitía dejar un problema sin resolver. Katie probablemente ni quería ni necesitaba su ayuda, pero estaba decidido a dejarle bien claro su ofrecimiento.

—Bueno, haré que mi padre me compre uno nuevo —respondió ella con una arrogante sonrisa en los labios.

Sin embargo, Mitch notó que también tenía el reflejo de las lágrimas en los ojos.

Aquellas palabras deberían haber hecho que Mitch se marchara, pero consiguieron el efecto contrario. La agarró del brazo y la dirigió hacia su vehículo.

—Venga, te llevaré a casa de Julie —dijo él—. Mi vehículo le irá mejor a tus ropas que el de Ramey —añadió cuando ella intentó zafarse—. No te he rescatado de esa zanja para hacer que parezca que has estado trabajando con motores diesel.

Mitch contempló cómo ella calculaba exactamente la grasa que Ramey tenía en el mono y luego le permitía abrirle la puerta.

Viajaron los primeros kilómetros en silencio. Después de ceder a su oferta, Kate pareció hacerse más pequeña en aquel asiento. Mitch se imagino que, poco a poco, empezaba a darse cuenta de la gravedad del accidente. Por eso, la dejó tranquila durante unos minutos y se puso a pensar en los años del instituto.

—Hace mucho tiempo desde que acabamos nuestros estudios —dijo él, pensando en voz alta.

—Sí —replicó ella, sentándose más erguida en el asiento, como si la molestara que él hubiera afirmado lo evidente—. ¿Cómo te ha ido en todos estos años? Pensé que te habías alistado con los marines.

—No me ha ido mal… De hecho, me ha ido bastante bien, aunque no tan bien como a ti, me imagino. Pasé un tiempo poniéndome en forma en el ejército y luego mis oficiales me pidieron que fuera al desierto. Sobreviví. Volví a casa y me convertí en uno de los ciudadanos modelo de Chapel.

—Jefe de policía.

—Sí. Ha resultado ser más trabajo en los despachos que trabajo policial, y no estoy seguro de que eso me guste. Pero acepté el trabajo y lo haré.

—Tu madre debe de estar muy orgullosa.

—Creo que lo estuvo. Me alegro de haber podido hacer algo que hiciera que se sintiera orgullosa, después de todos los problemas que le di. Ella hizo lo que pudo pero, sin mi padre para echarle una mano, no pudo mantenerme a raya. Pensé que yo sabía mucho mejor que ella

lo que tenía que hacer. Y era más alto que ella —explicó, recordando la diminuta imagen de su madre, avisándole de cómo sería su vida si no iba por el buen camino—. Murió hace dos años —añadió.

—Lo siento, no sabía…

—No tienes por qué sentirlo. Hace mucho tiempo que no has venido por aquí y no tienes por qué saber lo que ocurre en esta ciudad.

Como un semáforo en rojo lo obligó a detenerse, Mitch se volvió para mirar a Kate. Ella parecía aún más triste. A él le hubiera gustado llevarla a un sitio agradable para cenar, o a tomar una taza de café y poder hablar hasta que ella volviera a recuperar la sonrisa.

—¿Y qué tal te ha ido a ti? —preguntó.

—Oh, bueno… me ha ido bien —respondió ella, mirando por la ventanilla.

—Oí que conseguiste un trabajo muy importante en San Francisco.

—Si por muy importante quieres decir bien pagado, entonces sí.

—Bueno, sé que el dinero no lo es todo —comentó Mitch, arrancando el coche de nuevo al ver que cambiaba el semáforo—, especialmente para alguien que…

—¿Que nació teniendo tanto? —dijo Kate, terminando la frase por él—. ¿Es eso lo que querías decir?

—No, no es eso lo que quería decir —replicó él, algo molesto—. No exactamente. Sé que tu familia lo tiene y sí, eso te da un poco de ventaja sobre los demás. Lo que yo quería decir es si te gusta o no trabajar en algo por lo que te pagan tanto.

—Sí, me gusta.

—¡Estupendo! —exclamó Mitch, alegre de que ella hubiera sonado menos a la defensiva—. Ahora, ¿quieres decirme exactamente el tipo de trabajo que es?

Katie sonrió al ver la frustración de Mitch. De repente, él se sintió como si hubiera marcado un tanto muy importante, como un héroe por haberla hecho sonreír cuando ella había estado a punto de llorar.

—Soy una cazatalentos.

—¿Cómo?

—Algunas de las empresas más grandes del país contratan a la nuestra para encontrar a los mejores candidatos para cubrir los puestos que ellos ofrecen.

—Entiendo. ¿Y cómo lo haces?

—Lo hacemos en las mejores facultades. También tenemos un sitio web en Internet y, además, rebuscamos en las otras empresas. A veces, eso me hace sentir como un tiburón.

—Eso está a años luz de lo que ocurre en una ciudad tan

tranquila como Chapel. No me extraña que te encante —dijo Mitch, recordando cómo él mismo había tenido la intención de marcharse de Chapel para no regresar—. Tal vez podrías encontrarme un trabajo —añadió medio en broma.

—¿Es que no te gusta el que tienes?

Mitch lo pensó durante un momento. Le gustaba asegurarse de que sé cumplía la ley, pero…

—No es muy emocionante —contestó él mientras aparcaba el coche delante de la casa de Cal y Julie.

—Gracias por traerme, jefe —dijo ella, imitando el tono del oficial Les antes de salir del vehículo—. Y sobre eso de que tu trabajo no es muy emocionante… tal vez debieras tener más cuidado con lo que deseas. Buenas noches.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, vestida con unos pantalones y una camiseta, Kate estaba sentada enfrente de su amiga mientras tomaban un café a la mesa de la cocina.

—Oh, Julie, ¿qué voy a hacer?

Julie, que estaba embarazada de casi siete meses, se echó a reír.

—Tal y como yo lo veo, no hay nada que tengas que hacer más que seguir con tu vida. Y creo que también te vendría bastante bien conducir con más cuidado.

—No debería haber vuelto nunca a esta ciudad. Pensé que tal vez las cosas habrían cambiado, que tal vez mi padre…

—¿Sabes una cosa? No te comprendo. Deberías haber sentado la cabeza y ponerte a crear una familia en vez de tratar de agradar al Rey de Chapel. Llevas años esforzándote con él y no has conseguido que cambie su actitud. Y ahora…

Kate miró a su amiga y sintió que las lágrimas se le acumulaban en los ojos. Sí, efectivamente, había hecho todo lo que había podido para ser la hija de la que su padre podría estar orgulloso. Sin embargo, el problema era que, por muy buenas notas que hubiera conseguido en sus estudios, por muy importante que fuera el trabajo que estuviera desempeñando, nunca podría ser la hija de la que su padre podría enorgullecerse porque su padre había conseguido tener un hijo.

Kate tomó una servilleta y se limpió los ojos.

—Lo sé, y sé que esto parece algo completamente neurótico, pero desde que perdí a mi madre, él es todo lo que tengo. Carrie y él. Siento que, si espero lo suficiente, podría ablandársele el corazón.

—No te ofendas, pero no creo que ese hombre tenga corazón. ¿Y todo lo que has hecho para demostrarle lo que vales? ¡Qué diablos! Ya verás a lo que me refiero en la reunión del sábado. Has sobresalido por encima de todos los de tu clase y todos los de esta ciudad. Te has estado codeando con los personajes más influyentes de San Francisco, tienes un trabajo con un sueldo que hace que cualquier hombre de esta ciudad rechine los dientes y tienes una cara digna de estar en la portada de una revista. Mientras tanto, el resto de nosotras… nos hemos quedado en casa y nos hemos dedicado a tener hijos.

—Para lo que me ha servido con mi padre, habría dado lo mismo que me hubiera escapado de casa y me hubiera metido en problemas.

—Bueno, nunca es tarde para empezar.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Bueno… Ser una chica mala me parece mucho más divertido que marchar al son que te marque tu padre. Él ni siquiera presta

atención. Tú eres mayor de edad y tal vez vaya siendo hora de desmelenarse un poco. Ojalá yo no estuviera tan gorda como una ballena… Porque me encantaría ayudarte a volver loca a esta ciudad.

—¿A volver loca a esta ciudad? ¿Y por qué iba yo a querer hacer eso?

—Porque esta ciudad no reconoce a Kate Sutherland. Solo ven a la hija de Terrence Sutherland, así que, hagas lo que hagas, todo estará directamente relacionado con él —explicó Julie, reclinándose y poniéndose una mano en el vientre—. Bueno, saca tu agenda y haremos una lista.

—¿Una lista de qué?

—Una lista de lo que hacen las malas chicas.

Las malas chicas. Kate hubiera dado cualquier cosa por haber sido una chica mala en el instituto. No había envidiado su libertad ni su desdén por la autoridad, pero sí que había envidiado el acceso que tenían a los estudiantes más rebeldes y su desinhibición para hablar e incluso flirtear con el más rebelde de todos, Mitch McKee.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Lucie.

—En realidad, no. Estaba pensando en Mitch. Fue toda una sorpresa volverlo a ver anoche.

—Ya lo creo. Está todavía más guapo de lo que estaba en el instituto, ¿verdad?

¿Más guapo? Kate decidió que no estaba más guapo. Más peligroso sería una definición más exacta. Estar entre sus brazos, aunque hubiera sido por un corto espacio de tiempo y por una razón tan poco romántica, le había quitado el aliento. Le había hecho sentirse como si él se hubiera hecho mayor, pero ella hubiera seguido teniendo diecisiete años.

—Está muy bien —respondió Kate, tratando de sonar aburrida.

—¿Sabes una cosa? Mitch podría ayudarte en esto de convertirte en una chica mala. Él tiene mucha experiencia del pasado en ese aspecto.

—No creo que sea buena idea. En primer lugar, mi padre y él parecen ser buenos amigos. Dudo que quiera enojarlo en mi nombre.

Por alguna razón, pensar que Mitch se había alineado con su padre la hacía decidirse aún más. Eran los dos hombres a los que siempre había tratado de impresionar y que siempre la habían despreciado. Aquello era suficiente para que una mujer cuerda se volviera mala.

Afuera, un coche tocó el claxon. Cuando se acercó a la ventana, vio que en la calle había un Mercedes dorado completamente nuevo. El concesionario le estaba entregando un coche nuevo para que lo utilizara mientras estuviera en la ciudad… pagado por su padre. Tal vez no tuviera el cariño de su progenitor, pero tenía su dinero

mientras no le causara ningún problema. Fue entonces cuando algo en el interior de Kate pareció relajarse. Ya había metido un coche en una zanja. Aquello era un comienzo. Reunió todos los recuerdos de adolescente que tenía de Mitch y los volvió a guardar en el lugar donde habían estado escondidos durante años. Entonces, se volvió a Julie con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes qué? Voy a descubrir si tienes razón. Vamos a ver si a mi padre le gusta tener una hija que, a los veintiocho años, se ha convertido en una delincuente.

—¿Que ha hecho qué? —preguntó Mitch, mientras hablaba por teléfono. Al, el dueño del restaurante del pueblo, estaba hablando tan rápidamente, que Mitch no sabía si había entendido bien.

—Que Kate Sutherland ha traído al viejo Henry y lo ha sentado en medio de mi restaurante en mitad de la hora del almuerzo. Le ha dicho que pida todo lo que quiera y ahora está esperando mientras se lo come. Me ha dado instrucciones para que le mande la cuenta a su padre. ¡Dios Santo! Probablemente estoy perdiendo unos doscientos dólares en mi negocio hoy… ¡Ya sabes cómo huele ese viejo borrachín!

—Bueno, Al, invitar a alguien a comer no es ilegal.

—Te digo que está molestando mi paz y mi derecho a hacer que mi negocio funcione correctamente y yo…

—Hablaré con ella, pero no puedo hacer que la arresten, Al. Si lo hiciera, te devolvería la moneda con una demanda por discriminación.

—Tengo el derecho a discriminar a cualquiera que pueda afectar a mi negocio. Voy a llamar a Terry Sutherland y voy a ver lo que él cree que debería hacer.

Aquello parecía una amenaza, pero Mitch no se preocupó demasiado. Colgó el teléfono pensando que Terry Sutherland tendría que ponerse a su hija encima de las rodillas y terminar con aquel asunto mediante un castigo corporal. Le daba la sensación de que las palabras no iban a ser suficientes con Kate. La noche anterior, cuando la había sacado de aquella zanja, no le habían servido de nada. A pesar de todo, volvería a intentarlo. Se levantó, recogió sus llaves y fue en busca de la infractora.

La encontró justamente donde Al le había dicho que estaría, sentada enfrente del viejo Henry, de espaldas a las ventanas, como si quisiera enfrentarse con todas las personas que había en el restaurante. Cuando entró en el comedor, Mitch se dio cuenta de que las mesas que había a su alrededor se habían quedado vacías. De repente, no pudo evitar sentir una gran admiración por las agallas que ella había demostrado.

—¿Ves de lo que estoy hablando? —le dijo Al, en la puerta.

Había tratado de hablar muy bajo pero, aun así, unas cuantas personas se volvieron para mirarlos. Y Kate fue una de ellas. Cuando sus ojos se encontraron con los de Mitch, pareció quedarse helada.

—¿Has llamado a Terry Sutherland? —le preguntó Mitch a Al, sin dejar de mirar a Kate.

Preferiría que fuera su padre el que se encargara de ella, dado que Kate tenía la facilidad de hacer que su libido volviera a los niveles en los que había estado cuando solo era un adolescente. A la edad de treinta años, no tenía por qué excitarse tanto.

—Me dijo que te encargaras tú de todo.

—Eso dijo, ¿eh?

¡Maldita sea! ¿Por qué no podía aquel hombre encargarse de sus propios problemas familiares?

—Como te he dicho, Al, no puedo arrestarla por haber invitado a alguien a comer… aunque sea al viejo Henry.

—Bueno, pues tú eres el jefe de policía, así que ve a hablar con ella.

Mitch se dio cuenta de que Al no se iba a dar por vencido hasta que no lo hiciera. Mientras Mitch se acercaba a la mesa que Kate y su acompañante ocupaban, ella se concentró de nuevo en el anciano.

—¿Has tomado suficiente postre? ¿Quieres otro trozo de pastel?

Sin pedir permiso, Mitch agarró una silla de una mesa cercana y se sentó, apoyando los brazos sobre el respaldo.

—Hola, Kate. Henry —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Mitch McKee. Kate tuvo que concentrarse para que no se le acelerara la respiración. ¿Cómo era posible que, después de tantos años, siguiera teniendo aquel efecto en ella? No tenía sentido. Había cenado en la Casa Blanca, había bailado con el gobernador de California y había estado en fiestas con verdaderas estrellas de la pantalla. Y, sin embargo, Mitch McKee seguía dejándola sin Habla.

En la oscuridad, no le había parecido tan imponente la noche anterior, tal vez porque había estado tan disgustada, pero, en aquel momento, se sentía anonadada.

Kate vio que Henry dejaba el tenedor con una mirada culpable en los ojos. Aquella reacción desató de nuevo su indignación.

—Acaba tu pastel, Henry —dijo ella, mirando desafiantemente a Mitch—. No hay ninguna ley que prohíba comer en un lugar público.

—Tiene razón, Henry, no la hay —afirmó Mitch. El anciano volvió a tomar el tenedor—. Acaba tu pastel. ¿Qué es lo que estás tramando? —añadió, refiriéndose a Kate…

—Creí que a Henry le vendría muy bien una buena comida.

—Sí, y en eso estoy de acuerdo contigo, pero hay muchos otros modos de hacer esto. La iglesia proporciona…

—Creí que Henry tenía derecho a comer en este restaurante, igual que cualquier otro ciudadano —replicó ella, mirando a Al, el amigo de su padre.

Llevar a Henry a comer no contaba en realidad como «salir con los hombres equivocados», algo que Julie y ella habían anotado en la lista de las cosas que una chica mala debería hacer, pero era un principio. No podía ponerse a fumar en una zona reservada para no fumadores. Utilizar palabras malsonantes no parecía propio en un restaurante al que acudían familias enteras. Por eso, se había llevado al viejo Henry. Y había conseguido que a Al le diera una indigestión.

Cuando volvió a centrar su atención en Mitch, él tenía una mirada calculadora en los ojos.

—Esto no tiene nada que ver con Henry, ¿verdad?

En aquel momento, Kate sintió como si él le hubiera abierto la cabeza y le hubiera leído todos sus pensamientos. Una vez más, aunque había tenido que vérselas con los directores generales de las más importantes empresas del mundo, era Mitch McKee quien le hacía perder la concentración. Sin embargo, decidió no rendirse tan fácilmente.

—¿Qué quieres decir con eso? Claro que es por Henry. Lleva viviendo en esta ciudad desde antes de que yo naciera y…

—Espera un momento —dijo Mitch, interrumpiéndola—. Conozco la historia de esta ciudad. Nací aquí, ¿te acuerdas?

Claro que se acordaba. Durante sus años en el instituto, su vida había girado en torno a Mitch, pero las cosas habían cambiado. Ya no podía seguir siendo una buena chica.

—Claro que me acuerdo, pero, evidentemente, te has vuelto muy complaciente con algunas de las cosas que pasan aquí. Como mi padre…

—¿Qué tiene que ver tu padre con todo esto?

—Nada —respondió Kate, sabiendo que había dicho algo completamente equivocado—. Como Al y él son tan buenos amigos, pensé que a él no le importaría que viniera a su restaurante para invitar a Henry.

—Entiendo.

Kate, al sentir la mirada de Mitch, se sintió como si todas las personas que había en el restaurante hubieran desaparecido. Tras un momento de silencio, la realidad volvió a abrirse paso. Y fue Henry el que habló.

—¿Me puedo marchar?

—Claro —respondió Mitch.

Henry miró a Kate y le dio las gracias antes de dirigirse hacia la puerta tan rápidamente como pudo.

—Tienes suerte de no haberle causado un ataque al corazón —

dijo Mitch.

—¿Y por qué iba a haber ocurrido eso?

—Henry tiene su rutina, sus amigos, gente que lo cuida. Y tú vas y lo traes al centro de la estructura de poder de esta ciudad y esperas que almuerce como si tal cosa enfrente de la hija del ciudadano más famoso de esta población, quien, además, tiene el aspecto de una modelo —añadió, después de mirarla de arriba abajo—. Esas atenciones incluso a mí me hubieran afectado al corazón.

Al oír aquella palabra, Kate no pudo evitar mirarle al centro de la camisa caqui que él llevaba puesta y preguntarse quién habría ocupado su corazón en los años que ella había estado ausente de Chapel. Desgraciadamente, aquella preocupación le impidió encontrar una respuesta adecuada para aquella frase, como siempre le ocurría cuando estaba delante de Mitch McKee. Decidió que lo mejor que podía hacer en aquellos momentos era ser discreta. Además, había cumplido su primer acto de desobediencia y había ido bien, aunque no hubiera sido arrestada.

—¿Puedo marcharme?

—¿Estás segura de que no hay algo con lo que pueda ayudarte? —replicó Mitch—. Se me da muy bien escuchar.

Como no quería que él se diera cuenta de lo mucho que aquella oferta significaba para ella, se concentró en su objetivo. No necesitaba ayuda, sino mostrarle a su padre un par de cosas. Y tenía planes.

—Te aseguro que estoy perfectamente —respondió ella. Entonces, vio que Al se acercaba a la mesa—, pero tal vez necesites refuerzos para ocuparte de Al. Adiós.

Mitch observó cómo salía del restaurante, mientras que Al no dejaba de comentar que debería poner un cartel que dijera que se reservaba el derecho de admisión.

Cuando Kate salió a la calle, se volvió un momento para mirarlo. Aquel gesto transmitió dos cosas a Mitch. La primera era que habría más problemas. Él mismo había causado los suficientes en el pasado como para conocer las señales. La señorita Kate Sutherland tenía un plan y, aunque Mitch no sabía cuál era todavía, estaba seguro de que sería él quien tendría que ocuparse de todo. La segunda era puramente personal, puro instinto. Tenía que ver con el sexo. Parecían hallarse inmersos en la lucha metafórica entre hombre y mujer y él no llevaba el tiempo suficiente siendo un respetable ciudadano de Chapel como para decir que no aquella vez.

Capítulo 3

—¿Por qué no lo llamas tú? —sugirió Carrie, la hermana de Kate—. Ya sabes que a papá no le gustan las visitas por sorpresa. Tienen un horario muy estricto para el niño y…

—No querríamos romper ese horario —finalizó Kate, sin poder esconder el sarcasmo. No recordaba que su madre las hubiera criado a ellas con una serie de reglas grabadas en piedra. Aquello era la idea de su padre sobre cómo había que criar a un niño—. Entonces, ¿crees que debería llamar a mi propio padre y concertar una cita? ¿Es eso lo que haces tú?

—Claro, presentarse de improviso en casa de alguien es de muy mala educación.

—¿Aunque hayas vivido en esa casa? —replicó Kate.

Los recuerdos de la infancia de Kate, los recuerdos de su madre, estaban unidos a la casa en la que su padre vivía con su nueva familia. De repente, Carrie y ella se habían convertido en extrañas. Su hermana había conseguido tragarse su orgullo y se comportaba según las reglas de su padre, por lo que había conseguido estar en buena armonía con él. Kate se había marchado de la ciudad para dejar su huella en el mundo, pensando que su padre terminaría por reconocer su valía, pero se había equivocado. Tal vez acabara reconociendo su éxito pero no iba a volver a recibirla sin concertar una cita primero.

—¿Es que no te molesta que no seamos bienvenidas en nuestra propia casa?

—Fue nuestra casa hace mucho tiempo, Kate.

Su hermana había hecho las paces con el diablo, una paz que Kate no podía ni comprender ni apoyar. Eso les dejaba muy poco de lo que hablar. Por tanto, Kate miró el reloj, necesitando desesperadamente una excusa.

—Hablando de tiempo, creo que debería marcharme.

—¿Estás segura de que no quieres que lo llame para concertar una visita?

—No, te lo agradezco mucho, Carrie, pero no importa. Estoy segura de que él mismo se preocupará tarde o temprano. Estaré en casa de Julie hasta el viernes y luego en un hotel hasta el domingo, por si quieres que nos veamos.

—¿Tienes un acompañante para la reunión? —preguntó Carrie, antes de que Kate llegara a la puerta.

—No, todavía no, pero como solo salí con dos chicos durante todo el instituto, no soy muy optimista.

Entra su timidez y la enfermedad de su madre, no había participado de la mayoría de los rituales de la adolescencia. En la

universidad, había salido con chicos, pero no había encontrado a nadie que fuera especial. En su vida profesional tenía que asistir a un cierto número de acontecimientos sociales, pero siempre había ido con compañeros de trabajo en vez de con un novio. Eso la dejaba sin nadie que la acompañara a la reunión del instituto.

—Bueno, siempre se lo podrías pedir a Mitch McKee. Está soltero y, además,… bueno, ya sabes a lo que me refiero… Es muy atractivo.

Kate sintió que se sonrojaba. Sabía perfectamente a lo que se refería su hermana. Mitch era el tipo de hombre de carne y hueso que podría hacer que el corazón de una solterona de ochenta años empezara a latir a toda velocidad. ¿Es que no había experimentado ella misma aquella sensación cuando estuvo sentada a su lado en el restaurante?

Cuando estaban en el instituto, Carrie sabía lo que ella sentía por Mitch. Había leído las páginas que había garabateado en sus cuadernos, con el nombre de él escrito por todas partes. No sabía si Carrie estaba intentando de verdad ayudarla para la fiesta o, con aquella observación, estaba tratando de ponerla en su sitio. Una Sutherland no podría considerar en serio salir con un hombre que casi había ido a la cárcel, fuera o no jefe de policía. Ella estaba dispuesta a admitir su pasado, pero no estaba de humor para que le gastaran bromas sobre el atractivo Mitch McKee.

—Tal vez lo haga —respondió por fin—. ¿No te parece que eso le daría a nuestro padre un buen sofocón?

En silencio, se dio cuenta de que aquello no era cierto. Si quería que su plan de hacerse pasar por una mala chica tuviera éxito, era mejor no implicar a Mitch. Él era el único elemento que no podía controlar, la única persona capaz de desconcertarla y echarlo todo a perder.

Mientras rebuscaba en el bolso para sacar las llaves, encontró un paquete de cigarrillos que había comprado. Como necesitaba algo que desviara la conversación, lo sacó junto con las llaves.

—No sabía que hubieras empezado a fumar —dijo Carrie, como si Kate le debiera una explicación.

Como en realidad no había empezado a fumar, no podía responder aquella pregunta sin mentir. Por eso evitó contestar.

—Hay muchas cosas sobre mí que no sabes —dijo, antes de salir por la puerta.

—¿Jefe? Tengo a Les en la radio. ¿Puede venir a hablar con él?

Myra, la operadora, casi nunca lo interrumpía por llamadas de radio. Mitch tuvo la desagradable sensación de que se había producido un accidente grave, un asesinato o algo más de lo que su ayudante no

podía ocuparse. Salió de su despacho y rápidamente se acercó a la centralita.

—Tú dirás, Les.

—¿Jefe? Escuche… Tengo… tengo una situación en la gasolinera de Thompson Road… Bueno… lo que ocurre es que…

—Escúpelo, Les.

—¿Se acuerda de lo que pasó la otra noche, cuando la señorita Sutherland metió el coche en una zanja?

Al oír el nombre de Kate, el corazón le dio un vuelco. ¿Estaba herida? ¿Estaba…?

—Sí, claro que me acuerdo. Dime lo que ha ocurrido, Les —le ordenó Mitch, algo nervioso.

—Bueno, señor, pues ella está aquí, en la gasolinera, asaltando la máquina de refrescos.

—¿Quieres repetir eso otra vez? —pidió Mitch, dado que no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Ha abierto la máquina de refrescos y se los está dando a los del equipo de béisbol de Chapel Bombers, señor.

—Iré enseguida —dijo Mitch—. Asegúrate de que no se mueve hasta que yo llegue.

—Oh, no creo que eso sea un problema. Acaba de regresar para volver a empezar.

Mitch tomó uno de los coches patrulla para poder utilizar las luces de alarma y avanzar entre el tráfico. Estaba empezando a pensar que había algo muy raro en California si podía convertir a una tímida y dulce muchacha como Kate en el tipo de mujer que era capaz de abrir por la fuerza una máquina de refrescos. ¿Qué era lo que Kate estaba tramando? Al llegar a la gasolinera, la escena que contempló era demasiado cómica como para ser cierta. Tras aparcar y bajarse del coche vio que Katie, aplaudida por un grupo de muchachos de unos veinte años, hacía otra buena abolladura en la máquina de refrescos de una patada. El gerente de la estación de servicio, Bob, estaba de pie, al lado de Les, sacudiendo la cabeza. Katie no había visto a Mitch y, como no había peligro alguno para la vida de nadie, él se tomó el tiempo para contemplar lo bien que se le ajustaban los vaqueros a las caderas y los tonificados, pero muy femeninos, músculos que tenía en los brazos. Además, era casi tan alta como él y todo ello constituía una combinación perfecta para hacerle ponerse a sudar. Cuando se disponía a dar otra patada, Mitch se acercó y la agarró por el brazo.

—¡Eh! —exclamó ella, volviéndose para mirarlo.

Entonces, en cuanto se dio cuenta de quién era, se quedó en silencio, mirándolo con los ojos muy abiertos, como siempre le ocurría al estar frente a Mitch. Su rostro, ya muy congestionado por el ejercicio de golpear la máquina de refrescos, se sonrojó aún más y

empezó a apartarse el pelo de la cara. Parecía un ángel vengador que se hubiera vuelto loco. Mitch no podía dejar de preguntarse qué habría sido lo que la había enojado tanto.

—Kate, ¿qué es lo que estás haciendo?

—Esa máquina se tragó su dinero —respondió ella, señalando al equipo y a la maltrecha máquina de refrescos.

—¿Por qué no dejaste que Bob se lo devolviera?

—Él les dijo que se lo tendría que devolver la empresa de refrescos, ya que él no es el dueño de la máquina. ¿Cómo se les puede decir eso a estos muchachos?

—¿Y cómo se les puede enseñar a esos chicos a canalizar su enfado de este modo?

—Os dije que nunca deberíais hacer esto, ¿verdad chicos? —respondió Kate, dirigiéndose a los muchachos—. Ya sabéis que tendré que pagar esta máquina, por mucho que me cueste.

—¿Les has dicho también que podrían ir a la cárcel por vandalismo y robo? —replicó Mitch. La mayoría de los chicos dejaron de sonreír. Kate perdió algo de su rubor—. Chicos, tomad vuestras bebidas y marchaos a vuestra casa. La señorita Sutherland se ocupará de pagarlas. Les, quiero que vengas aquí y arrestes a la señorita Sutherland. Los cargos son de asalto y violencia contra una máquina de refrescos.

Todo el mundo se quedó quieto. Bob empezó a sacudir la cabeza al ver que Les se acercaba a Kate.

—¿Que vas a arrestarme? —preguntó Kate con una mezcla de conmoción y satisfacción.

—Así es.

Mitch tuvo que esforzarse mucho para no delatarse. No iba a llevarla a la cárcel, pero quería que aquellos muchachos la vieran con las esposas puestas. Sabía lo tentadores que podían resultar los robos menores para los adolescentes. Él mismo lo había hecho y no quería darles alas a aquellos chicos. Si Kate de verdad quería ayudar, tendría que cooperar.

—Oye, espera un momento. Yo nunca dije que quería que la arrestaran —intercedió Bob, un poco pálido—. Su padre es mi jefe y…

—No te preocupes, Bob —respondió Kate—, no perderás tu trabajo por esto. Ten por seguro que le diré a mi padre quién decidió arrestarme.

Mitch trató de no mirarlo a la cara, ya que su expresión de enojo la hacía todavía más atractiva. Cuando la agarró por el brazo y ella giró sobre él, en lo único en lo que pudo pensar fue en tomarla entre sus brazos y besarla, alimentar aquel fuego. Sin embargo, sabía que tenía que controlarse para evitar que ella lo convirtiera en el rebelde que todo el mundo sabía que había sido.

—Dése la vuelta, por favor, señorita —dijo Les.

Cuando ella hizo lo que le pedía, empezó a colocarle las esposas en las muñecas.

—Señor, por favor —suplicó Jamie, uno de los muchachos—, no la lleve a la cárcel. Ella solo lo hizo por defendernos.

—Sé por qué lo hizo —replicó Mitch, poniendo una mano en el hombro del muchacho—, pero cuando se toma la decisión de violar la ley, sea por la razón que sea, se tiene que pagar un precio. Estará bien, yo me encargaré de ello. Ahora, marchaos a casa.

—Estoy bien, Jamie —le aseguró Katie—. Ha sido una tontería. No debería haberme enfadado tanto.

—Ponla en el asiento trasero de mi coche patrulla —le ordenó Mitch a Les—. Muéstrale cómo debe sentarse con las esposas puestas.

Nunca se hubiera imaginado que vería a Kate Sutherland con esposas y arrestada. Mientras observaba cómo se dirigía hacia el coche patrulla se aseguró que Kate no era ese tipo de chica… hasta entonces.

Mitch esperó hasta que los chicos empezaron a dispersarse. El ayudante Les pareció tardar un tiempo interminable en meter a Kate en el coche. Además, el nerviosismo de Bob no había cesado.

—Me dijo que le mandara a su padre la factura por la máquina —dijo el gerente de la gasolinera—. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Supongo que tendrás que decirle la verdad. Si no quiere pagarlo, entonces tendrás que vértelas con la compañía de seguros. Yo me puedo ocupar de todo.

—No, ya lo haré yo. Quién lo hubiera dicho… —susurró, mientras se alejaba meneando la cabeza.

Cuando el tumulto se hubo aplacado, Mitch se dirigió lentamente hacia el coche patrulla y se sentó al volante.

—Eso ha sido una tontería, Kate.

—Lo sé, debería haberlo pensado mejor antes de hacerlo.

—¿Pero es que lo pensaste algo? —preguntó él asombrado. Entonces, se volvió a mirarla. Estaba muy callada, como si estuviera planeando algo más—. No habrás estado experimentando con las drogas allá en California, ¿verdad?

—No, claro que no. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no recuerdo que fueras de esta manera de ser. ¡Dios santo! Parece que tú y yo hubiéramos intercambiado nuestras antiguas personalidades. Era yo el que solía ser el rebelde.

Kate levantó la mirada y se frotó las muñecas con expresión algo dolorida. Mitch recordó la primera noche, cuando ella le había sonreído con lágrimas en los ojos. La mezcla de emociones hizo que sintiera un nudo en la garganta.

—¿Tienes un cigarrillo? —pidió ella. Cuando él se limitó a fruncir el ceño, Kate se encogió de hombros—. He descubierto que las

malas chicas se divierten más.

—¿Y te estás divirtiendo ahora? —preguntó Mitch, señalando las esposas y el coche patrulla.

—Claro. ¿Puedo marcharme?

—Sí.

Kate pareció estar algo desilusionada, algo que Mitch no pudo entender. Después de todo, estaba dejándola libre.

—Gracias. Estoy segura de que mi padre apreciará el favor.

Mientras contemplaba cómo ella se marchaba, Mitch sintió un deseo casi incontrolable de ir tras ella y obligarla a que le contara lo que se le estaba pasando por la cabeza. No había hablado en serio cuando mencionó lo de las drogas, pero no acababa de entender por qué Katie Sutherland parecía haber sufrido un cambio tan drástico de personalidad. Sin embargo, la fascinación que sentía era por razones puramente egoístas. La dulce y tímida Katie del instituto había sido una tentación, aunque algo a lo que podía resistirse. Aquella nueva y apasionada Kate haría que le resultara imposible mantenerse alejado de ella. Si quería convertirse en una rebelde, él podría enseñarle cómo hacerlo, aunque tal vez ninguno de los dos volviera a ser el mismo.

Capítulo 4

Kate sabía que, al día siguiente, tenía que tratar de pasar desapercibida, aunque no porque no tuviera algo planeado. Efectivamente, todavía le quedaban muchas cosas en su lista. La razón por la que decidió tratar de pasar desapercibida era porque no quería tener que volver a encontrarse con Mitch McKee. La había puesto bastante nerviosa en el ataque a la máquina de refrescos. Si no la hubiera dejado marchar, seguramente por deferencia a su padre, tal vez la hubiera impresionado. O al menos acobardado Aquel hecho reforzaba la idea de que no tenía nada que esperar de Mitch. Y no había modo alguno de predecir el papel que él podría representar en sus planes.

Le había dicho que le parecía que habían intercambiado personalidades. De repente, se le ocurrió que no sabía por qué Mitch había sido tan rebelde en su juventud. Había causado los suficientes problemas como para no pasar desapercibido, pero, de alguna manera, no le parecía que fuera atención lo que él había ido buscando. Además, no tenía un padre como el suyo contra el que querer rebelarse.

Kate sabía que él debía de haber pensado que ella se estaba comportando como una niña. Sabía que ni Mitch, ni Carrie, ni siquiera Julie, la entenderían completamente. Sin embargo, sabía que no le quedaba opción alguna. Si no se hacía completamente visible para su padre, sería mejor que desapareciera por completo de su vida.

Un semáforo en rojo la obligó a detenerse. Kate se frotó la nuca, que tenía demasiado acalorada, y añoró un poco de aire fresco de la bahía de San Francisco. Había dejado la gran ciudad y su controlada vida solo tres días antes y se sentía como si un alienígena se le hubiera metido en la piel. Seguramente, el agua de Chapel provocaba algún tipo de locura. Si sus socios hubieran visto a la fría y calculadora señorita Kate Sutherland, alta ejecutiva de Grayson, Chambers y Leontine, atacando a patadas una máquina de refrescos o con unas esposas puestas, habrían jurado que se trataba de su hermana gemela.

Kate nunca había hecho nada tan poco digno ni tan destructivo en toda su vida, aunque estaba empezando a entender a la gente que hacía tales cosas. En la furia del ataque, había sentido una gran satisfacción al poder pagar la ira que sentía contra su padre con un objeto inanimado.

Y luego estaba Mitch. Cuando él le había hecho dar la vuelta, le habría gustado golpearlo en el pecho por pura frustración. Luego, al mirarle a los ojos, ya no había visto al Mitch McKee que tanto solía intimidarla. Le habría gustado besarlo, arañarlo y morderlo.

Mitch le había hecho sentirse como una mujer a la que había que tener en cuenta, al menos hasta que se había alineado con el resto de la ciudad, que su padre controlaba completamente, y había dejado que el apellido Sutherland le hiciera cambiar de opinión. A Kate le habría gustado que la hubiera metido en la cárcel, algo de lo que se aseguraría en la siguiente ocasión. Lo único que esperaba era no tener que disparar a alguien para conseguir su atención.

Aparcó el Mercedes prestado enfrente de la casa de los Blake y vio que Julie la estaba esperando en la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

Kate se sentó con un refresco en la mano y le contó lo que había pasado en la gasolinera. Julie parecía estar muy impresionada hasta que su amiga le explicó que Mitch la había dejado marchar.

—¿Y dices que estaba muy enfadado pero que te dejó marchar? —preguntó, perpleja—. Sé que Mitch puede resultar muy intimidatorio, pero no puedo decir que le haya visto enfadado. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—No lo sé —respondió Kate, recordando las palabras que habían intercambiado en el coche—, pero estoy segura.

—Bueno, no te preocupes. Tenemos más cosas que hacer, como vestirte de un modo seductor. Hoy Cal no va a regresar hasta las siete y yo todavía puedo caminar. Vamos a Chattanooga para que te puedas comprar unos trapitos.

—Si ya tengo un vestido para la reunión —dijo Kate.

—No pienses ahora en la reunión. Tenemos… —afirmó Julie, contando con los dedos—… una, dos, tres noches hasta entonces, tiempo de sobra para conseguir que te arresten… o algo por el estilo.

—¿Y dónde voy a ponerme esas ropas tan sugerentes? —preguntó Kate, temiendo la respuesta.

—Hay un par de sitios donde podrías hacer que se volvieran a mirarte algunas cabezas, pero resulta demasiado evidente presentarte en el club de campo de tu padre. Creo que tendrás que ir a El Cuervo.

—Eres muy mala, pero ya lo sabes, ¿verdad? —replicó Kate, mirando a su amiga y preguntándose cómo podía haber sentado la cabeza.

—Sí y me estoy divirtiendo mucho más ahora de lo que lo he hecho en años. Creo que hasta mi bebé se está divirtiendo.

—Pues ya puedes esperar que no esté aprendiendo lo que tú le estás enseñando.

—Bueno, se lo diría a él como te lo estoy diciendo a ti. Mientras no se haga daño a nadie o a uno mismo, hay que hacer todo lo que uno pueda para conseguir sus metas.

Kate no pudo encontrar ningún argumento que refutara aquella lógica.

—Me gustaría hablar con el señor Sutherland, por favor —dijo Mitch, reclinándose sobre su sillón mientras esperaba que la secretaria le pasara con Terry Sutherland.

No sabía lo que iba a decir, pero sentía que tenía que sacar a colación el poco frecuente comportamiento de Kate. Quería ayudarla si podía.

—Hola, Mitch. Siento haberte hecho esperar. Es que tenía otra llamada —dijo Terry Sutherland.

—Puedo volverte a llamar más tarde si te viene mejor.

—No, no importa. Los chicos y yo podremos seguir hablando mañana en el campo de golf —replicó el hombre, echándose a reír—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno… Quería hablarte sobre Kate.

—¿Sobre Katie? ¿Qué es lo que le pasa?

—Bueno, ella… —empezó Mitch. Quería encontrar un modo de hablar sobre ella sin sentir que la estaba traicionando—… Se ha estado comportando de un modo muy diferente al habitual. Parece un poco agitada.

—¿Agitada? ¿Mi Kate? No, a mí me parece que está bien. Si te refieres a lo de llevar al viejo Henry al restaurante de Al, no te preocupes por ello. Ya le he pagado a Al por todas las molestias y él se ha olvidado de todo el asunto.

—¿Y lo de la máquina de refrescos en la gasolinera?

—De eso no sabía nada —respondió Terry después de una pausa —. ¿Qué ha pasado?

De aquellas palabras se deducía que Bob no había llamado a su jefe para que él pagara el destrozo de la máquina. Aquello no le sorprendía. No había muchas personas en la ciudad que quisieran enfrentarse con Terry Sutherland por su hija.

—¿Crees que debería llamar a Bob? —preguntó Terry.

—No, no creo que sea necesario. Ya me encargué yo de todo. ¿Cuándo viste a Kate por última vez?

—Bueno —respondió Terry, después de un silencio—, ayer estuvo en casa de Carrie y ella me dijo que parecía estar bien.

—Entonces, ¿no has hablado tú con ella?

—No, esta semana he estado hasta arriba de trabajo y lo de esa reunión del instituto fue cosa de última hora. Sabía que ella iba a venir a la ciudad, pero no nos hemos visto. Estoy seguro de que lo haré ante de que ella se marche.

De repente, Mitch sintió compasión por Kate. Su propio padre no parecía tener tiempo para verla. Aquel hombre era un tirano y un idiota. Entonces, el mal chico que Mitch llevaba dormido en su interior se despertó. Sabía que no debía consentir que aquello

ocurriera pero Kate parecía sacar todo lo que llevaba dentro.

—¿Sabes dónde se aloja? —preguntó Mitch, solo para asegurarse.

Mitch sabía muy bien dónde se alojaba Kate, porque él mismo la había llevado allí dos noches antes. Quería darle algo sobre lo que pensar a Terry Sutherland, si le importaba algo su hija.

—Bueno, creo que está con esa amiga suya, Janie o Julie. No sé su apellido.

—Creo que, si no te importa, pasaré a verla. Ya sabes que me gusta desde el instituto.

El silencio que se produjo al otro lado del aparato resultó casi insoportable. Entonces, Terry pareció sacar su sentimientos paternales.

—Sí, Kate siempre ha sido una buena chica. Sacó muy buenas notas en el instituto, consiguió un buen trabajo en California… Nunca estuvo hecha para Chapel, ni para cualquier otra ciudad tan pequeña.

Mitch estuvo a punto de echarse a reír. El padre de Kate no lo sabía, pero el barniz de buena chica estaba desapareciendo poco a poco. Ya no parecía la tímida Kate del instituto.

Nunca estuvo hecha para una ciudad pequeña… ni para los hombres de una ciudad pequeña. Aquello parecía ser lo que Terry Sutherland había querido decirle. Sin embargo, Mitch tenía la sensación de que el padre de Kate se iba a llevar una gran sorpresa, especialmente si creía que aquella tácita advertencia iba surtir efecto en alguien como él. Tal vez se había esforzado tanto por ser alguien respetable, que la gente se había olvidado de que negarle algo era como empujarlo a hacerlo. Tal vez iba siendo hora de que volviera a ser un poco rebelde para recordárselo.

—¿Sabes una cosa? Siempre he querido volver a visitar California —dijo Mitch—. No he vuelto a estar allí desde que estuve destinado en Pendleton y me encantaría volver. Bueno, le diré hola a Kate de tu parte cuando la vea —añadió antes de que Terry pudiera responder.

—Hazlo —replicó Terry Sutherland. Sin embargo, su tono benevolente había desaparecido.

Kate se dio la vuelta y se aferró a la almohada. El despertador que tenía en la mesilla de noche decía que eran la siete de la mañana, pero ya llevaba despierta una hora. Se había pasado la noche soñando hasta que por fin se había despertado. En aquel sueño, había estado esposada, vestida solo con un biquini tanga de cuero negro mientras Mitch McKee la paseaba por la ciudad. Había terminado por ir al despacho de su padre. Allí su padre, tras mirarla horrorizado, se había dado la vuelta.

Kate decidió que era todo culpa de Julie. Después de llevarla de

comprar por varias boutiques, en las que se había probado todo tipo de prendas, desde el cuero hasta el encaje, había terminado por comprarse tres conjuntos que nunca podría ponerse en público. Julie incluso la había animado para que se los pusiera delante de su marido para pedirle su opinión, algo a lo que Kate se había negado. No había sido solo por timidez. Vestirse para que la mirara el marido de otra mujer le parecía algo inapropiado, a pesar del entusiasmo de Julie.

—Cal sabe distinguir a una mala chica cuando ve una. Podrá decirte qué ponerte y qué quitarte. Si quieres más opiniones, podemos invitar a sus compañeros de póquer.

En aquel momento, Kate tuvo la sospecha de que Mitch McKee podría ser uno de esos amigos. Solo pensar que Mitch la viera con esas minúsculas prendas la hacía ruborizarse. ¿Y si no tenía parangón con las otras chicas que él hubiera conocido? Razón de más para rechazar.

Kate pensó en por qué estaba haciendo todo aquello. Por su padre. Era jueves y se iba a marchar el domingo. Había prometido llevar a Julie a su cita con él médico aquella tarde, pero eso le dejaba la mañana y la noche para continuar su plan.

El problema era que, después de enfrentarse a la desaprobación de Mitch, no tenía entusiasmo alguno por el plan que solo el día anterior le había parecido tan buena idea. Más que ponerse en evidencia, deseó que simplemente pudiera ir a hablar con su padre y hablar, decirle cómo se sentía y limar cualquier aspereza que pudiera haber entre ellos. Kate no quería interferir con su nueva familia. Ella era feliz de que su padre hubiera rehecho su vida, era solo verse excluida de esa vida lo que le resultaba tan doloroso. Su padre debería comprender que solo quería formar parte de una familia.

¿Por qué tenía que ir por la ciudad y humillarse para que aquello ocurriera? ¿Por qué no podía tomar la iniciativa e ir a ver a su padre?

Tras retirar la colcha, Kate se levantó de la cama. Si podía resolver aquella mañana su falta de comunicación, le quedaría todavía mucho tiempo para reunirse con su padre y su nueva familia antes de marcharse. Mientras se dirigía a la ducha, dio una patada a los zapatos de tacón de diez centímetros que había comprado para su actuación como mala chica. Ya no los iba a necesitar.

Al llegar a la impresionante puerta de roble del hogar de su infancia, Kate se estiró la chaqueta de su elegante traje. Instintivamente, extendió la mano para agarrar el picaporte, como lo había hecho cientos de veces cuando era pequeña. Sin embargo, rápidamente cambió de idea y apretó el timbre. Después de unos momentos, una doncella qué Kate no reconoció entreabrió la puerta.

—Hola. Soy Kate Sutherland. Sé que es muy temprano, pero he

venido a ver a mi padre.

—Por favor, espere aquí —replicó la doncella. Para sorpresa de Kate, la mujer volvió a cerrar la puerta.

«Tranquila. Es solo porque la doncella no te conoce», se dijo. Entonces, la puerta volvió a abrirse. Era su padre.

—¿Kate?

—Hola, papá —respondió ella, sonriendo. Se sentía mucho más relajada. Entonces, se dio cuenta de que él no se apartaba de la puerta para dejarla pasar.

—No esperaba… Hola Kate —dijo por fin, haciéndola pasar para luego darle un beso en la mejilla—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería verte para… —no podía decirle para qué había ido a verlo, dado que la doncella todavía estaba observándolos—. Necesito hablarte de algo—improvisó.

—Bueno, supongo que tengo unos minutos —replicó su padre, mirando el reloj y frunciendo el ceño—. Ellen —añadió, refiriéndose a la doncella—, llama al club y diles que llegaré con quince minutos de retraso. Ven por aquí, Kate.

La llevaba en dirección a su despacho. Andar por aquel vestíbulo era como un sueño para Kate. Recordaba cada losa de mármol, las molduras y la escalera, aunque el papel pintado y los muebles habían cambiado.

Su padre se sentó en el enorme sillón de piel que tenía al otro lado de la mesa e hizo que ella se sentara enfrente con la galantería de un extraño.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme? —preguntó, en cuanto se hubieron acomodado.

La pequeña llama de esperanza que Kate había estado alimentando de que su padre se alegrara de verla se esfumó enseguida. Su actitud dejaba muy claro que le daría tiempo, pero solo el que él quisiera.

—Bueno, creí que…

Horrorizada, ella sintió que se le hacía un nudo en la garganta. «No voy a llorar. No voy a llorar».

—¿Tienes algún problema? ¿Necesitas más dinero?

—No… Creí que debía venir a verte mientras estoy en la ciudad.

—Bien, estoy seguro de que podríamos pasar algún tiempo juntos. ¿Por qué no llamas a Edith para que ella nos organice una comida, o algo así?

—No quiero hablar con tu secretaria. Quiero hablar contigo.

—De acuerdo, pues aquí estoy —afirmó él, mirando de nuevo al reloj—. Me quedan otros diez minutos antes de marcharme.

Desesperada, Kate trató de encontrar algo de qué charlar con él como si de verdad fueran padre e hija. Su nueva familia le pareció un

buen comienzo.

—¿Cómo están Susan y el niño?

Para su sorpresa, su padre empezó a hablar en un soliloquio sobre la paternidad. Le explicó que el niño por fin era capaz de pasar toda la noche durmiendo y que ya tenía el aspecto de un Sutherland.

—Sé que no pasé mucho tiempo con vosotras dos cuando erais pequeñas. Si hubiera sabido lo divertido que es cuidar a un bebé, lo habría hecho mucho antes.

Al darse cuenta de la distancia que había entre ellos, Kate sintió como si un puñal le atravesara el corazón. La evidente despreocupación que él parecía sentir por sus sentimientos hizo que Kate perdiera la compostura.

—¿Tienes un cigarrillo?

La beatífica sonrisa de su padre se le heló en los labios. Entonces, frunció el ceño.

—Dejé de fumar antes de que Terrence Júnior naciera. En esta casa no fuma nadie.

Como su padre pareció profundamente consternado, Kate sintió que había ganado una pequeña batalla. Sin embargo, ya no había modo alguno de salvar su plan de solucionarlo todo hablando, así que Kate se centró en el sarcasmo.

—Dado que estás disfrutando tanto de la paternidad, ¿estáis pensando tener más hijos?

Sin pensárselo ni un segundo, su padre respondió, partiéndole el alma en dos.

—No. Con un heredero es suficiente.

—Nunca pensé que irías a El Cuervo sola —dijo Julie, mientras Kate se ponía una minifalda negra de cuero.

—He hecho muchas cosas sola —replicó Kate. Sin embargo, estaba muy preocupada por la estrechez de aquella falda. Apenas si le cubría el trasero y le estaba tan apretada, que no sabía cómo iba a sentarse.

—Pero a ese bar…

Si Kate se había sentido algo intranquila por sus otros intentos de ser una mala chica, se quedó completamente perpleja al ver a la mujer que la miraba desde el otro lado del espejo. ¿Sexy? Suponía que a los hombres les gustaría, pero ella nunca había salido de la casa con tan poca ropa. Aquella noche lo haría y trataría por todos los medios de hacer mella en su reputación y, por añadidura, en la de su padre. Le mostraría lo que realmente significaba la familia.

—No intentes hacerme cambiar de opinión ahora. Todo esto fue idea tuya.

La mirada de Julie se deslizó desde los zapatos de tacón

altísimo, las piernas embutidas en unas medias, la falda, hasta la camiseta sin tirantes con diseño de piel de serpiente. Luego, su amiga tragó saliva.

—Te pareces a Heather Locklear vestida para romper corazones.

Incapaz de decidir si aquello era bueno o malo, Kate se volvió a mirar en el espejo.

—Eso es lo que vamos a tratar que ocurra esta noche, ¿no?

—Creo que Cal debería ir contigo…

—¿No hablarás en serio? Estoy segura de que Cal no te llevaría a ti a un sitio como ese.

—No tal como estoy, pero te llevaría a ti si yo se lo pidiera.

Un emocionado sentimiento se apoderó de Kate. Se sentó al lado de su amiga, sobre la cama, y le agarró la mano.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó Julie.

—Eres lo mejor que he encontrado en esta ciudad y la mejor amiga que podré tener nunca. Y eso incluye a mi propia hermana —dijo Kate, abrazándola—, pero no permitiré que me prestes a tu marido. Piensa en lo que diría la gente.

—A mí no me importa lo que diga la gente.

—Pues a mí sí —concluyó Kate.

Diez minutos más tarde, Kate se acomodó en su Mercedes. Enseguida, empezó a sentirse algo nerviosa, pero estaba decidida a hacer aquello, sobre todo después de la visita que le había hecho a su padre. En aquel momento, su mayor temor era que aquel bar la desilusionara. Durante años, aquel lugar había sido un tugurio en el que mayor parte de las cosas que pasaban eran cuestionables.

Su segundo mayor temor era que se metiera en el lugar de peor reputación de la ciudad y que nadie le prestara atención. Estaba segura de que habría muchas mujeres con minifaldas y demasiado maquillaje. ¿Y si, incluso con aquellas provocativas ropas, los hombres la encontraban tan poco atractiva como en el instituto?

Armándose de valor, siguió las indicaciones de Julie y se dirigió al centro de Chapel, pero no había mucho que ver a las diez de la noche. Vio que había tres coches patrulla aparcados delante de la prisión. Kate tragó saliva y se sintió algo más nerviosa. Si conseguía completar su misión, estaría encerrada en una de aquellas celdas una hora después. Se preguntó quién sería el oficial que la arrestaría. ¿El agradable oficial que le había hecho la prueba de alcoholemia o Mitch?

Decidió que aquella noche sería una mujer que no pasaría desapercibida. Desafiaría a todos los hombres de aquella ciudad, incluso a Mitch McKee si era necesario. Kate estaba decidida a portarse mal y a hacer trizas su buena reputación. Había probado todo

lo que había podido para hacer que su padre sintiera algo más que obligación por ella. Aquella noche, sería alguien completamente diferente. Y renovaría su relación con él o la cortaría para siempre.

Mitch apoyó los pies en la mesita de café y volvió a revisar los canales del televisor. No había absolutamente nada en la televisión. Llevaba en su casa más o menos una hora después de recoger su cena en un restaurante de comida para llevar. Había cenado, se había puesto ropa cómoda y tenía un sofá lo suficientemente largo como para poder estirarse en él. Entonces, ¿por qué estaba tan inquieto?

¿Podría ser porque Kate Sutherland había vuelto a la ciudad y lo había alterado todo? Al menos, lo había alterado a él con su actitud rebelde. La Katie del pasado siempre había sido una criatura necesitada de protección y él había sabido guardar las distancias. Sin embargo, aquella mujer pelirroja que se hacía llamar Kate necesitaba algo más. En cuanto se diera cuenta de lo que era, tal vez la complaciera.

En lo que a él se refería, el regreso de Kate Sutherland había sido, con mucho, el acontecimiento más interesante que había ocurrido en Chapel en años, si no se tenía en cuenta cuando Cal había ganado el concurso de pesca de róbalo. De nuevo, tal vez fuera él el único que se había dado cuenta de la importancia de aquel hecho. Tal vez demasiada cuenta. Quizá al día siguiente debiera llamar a Sherry e ir a Chattanooga y pasar una buena noche con ella. Hacía semanas que no la veía. Sin embargo, aquel plan no le servía para aquella noche. Estaba repasando una vez más los canales de televisión cuando sonó el teléfono. Teóricamente, siempre estaba de guardia. Tal vez, por fin, algo emocionante había ocurrido en la tranquila ciudad de Chapel.

—¿Sí?

—Hola, Mitch —dijo Cal Blake.

—Hola, amigo. ¿Qué es lo que pasa?

—Bueno, es… Julie y yo…

Mitch esperó. Le parecía oír la voz de Julie al fondo.

—Julie y yo tenemos un pequeño… desacuerdo —prosiguió Cal —. Pensé que me vendría bien ir a tomarme una cerveza y dejarla que se calme. ¿Te apetece venir conmigo?

Sorprendido por el anuncio de su amigo, dado que recordaba que Julie y Cal casi nunca se peleaban, Mitch no pudo evitar preguntar:

—¿Quieres decir que has discutido con una mujer embarazada y que ahora vas a dejarla sola?

Aquello parecía bastante peligroso, no para Julie sino para Cal. Pensaba que, si su mujer estaba enfadada, a la vuelta podría recibirlo

con algo desagradable. Como una pistola.

—Bueno, es que ella me ha pedido que me marche… unas horas —dijo Cal, tras aclararse la garganta—. ¿Quieres reunirte conmigo en El Cuervo?

La perspectiva de una cerveza fría y una partida de billar en vez de mirar la televisión atraía a Mitch. Tal vez fuera suficiente para aplacar su lado rebelde.

—Sí, te veré allí —respondió Mitch.

—Oh, y tráete la pistola —dijo Cal.

—¿Cómo?

—Nada, nada, nada —replicó Cal, sonando poco convincente—. Solo era una broma.

Capítulo 5

Cal Blake, el compañero de pesca y de póquer de Mitch, era un tipo muy alto. Con más de un metro noventa de estatura, era uno de los pocos hombres que sobrepasaban a Mitch en estatura.

Cada vez que miraba a Cal aquella noche, Mitch se daba cuenta de que no apartaba la vista de la puerta de El Cuervo. No parecía importarle que aquella noche hubiera concurso para futuras bailarinas de *Strip-tease*. Cal parecía nervioso y aquello hacía que Mitch se sintiera también nervioso.

—¿Te preocupa que Julie vaya a presentarse aquí? —preguntó Mitch mientras esperaba que Cal tomara su turno al billar.

—No, ella sabe que estoy aquí —respondió Cal, jugando automáticamente para enseguida volver su atención a la puerta.

—Te puedo asegurar que no va a haber una redada —dijo Mitch, mientras untaba de tiza la punta de su taco… porque soy el jefe de policía.

Sin embargo, su amigo no le escuchaba. En aquel momento, Cal se irguió de la posición que había adoptado para hacer su jugada y dijo:

—¡Santo cielo…!

A Mitch no le quedó más remedio que volverse a mirar. Acababa de entrar una mujer que se parecía mucho a Kate Sutherland. Durante un momento, pareció algo cegada por la tenue luz de la sala y se detuvo hasta que los ojos se acostumbraron a la escasez de luz.

Lo que Mitch vio le hizo sentirse como si alguien lo hubiera golpeado en el pecho con el taco del billar. Efectivamente, era Kate Sutherland.

—Maldita sea…

Kate levantó la cabeza como si le hubiera oído. Luego, empezó a moverse como una gata, irguiendo la espalda. Mitch sintió que algo muy íntimo se despertaba dentro de él. Había visto las piernas de Kate mucho antes y había comprobado cómo las empleaba contra la máquina de refrescos. Sin embargo, aquella mujer era una desconocida, un peligro que había que tener en cuenta y al que habría que rendirse. Estaba seguro de que todos los hombres de aquel bar se habían percatado de aquellas increíbles piernas cubiertas por medias negras y aquel estupendo trasero tapado apenas con un trozo de cuero negro. No obstante, no podía fijarse en sus reacciones, ya que no podía apartar los ojos de Kate.

—Esto va a ser mucho más difícil de lo que había pensado —susurró Cal, contemplando cómo Kate se movía hacia la barra.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mitch, percatándose algo

tardíamente de lo que había dicho su amigo.

—He venido aquí para cuidar de ella.

—Entonces, ¿ella sabía que los dos íbamos a estar aquí, haciendo de hermanos mayores? ¿Por eso por lo que se ha vestido de esa manera?

—No —respondió Cal, haciéndole indicaciones para que se centraran en el juego—. La única que lo sabe es quien me ha enviado, Julie. Y ahora tú.

—¿Y solo me has llamado para esto?

—Bueno… Julie dijo que parecería todo más convincente si venía contigo.

Mitch miró a Kate mientras el camarero le ponía un martini. Dado el tipo de lugar que era aquel tugurio, le sorprendió que alguien supiera cómo preparar aquella bebida.

Decidió que no podía quejarse. Había deseado alguna emoción fuerte y había querido ver a Kate Sutherland. Todos sus deseos se habían cumplido. Entonces, ¿por qué estaba tan seguro de que aquella velada iba a ser un desastre? Tal vez porque se lo decía su instinto de policía. Fuera lo que fuera, sospechaba que Kate estaba tramando algo. No iba armada, por lo que se veía, ni tampoco estaba detrás del volante de un coche.

Kate se había puesto de lado sobre un taburete, mostrando aquellas impresionantes piernas. A Mitch no le quedó más remedio que admirarlas, desde el trozo de cuero que hacía de falda hasta unos tobillos que estaba seguro podría abarcar con una mano. Fue entonces cuando se dio cuenta de los ridículos zapatos de tacón que llevaba puestos. De repente, las palabras que ella había pronunciado la primera noche empezaron a retumbarle en la cabeza. «Ten cuidado con lo que deseas». Sintió que algo se cernía sobre él. Tal vez debería haber llevado la pistola.

Los ojos de Kate estaban empezando a acostumbrarse a la oscuridad. Todavía no distinguía con claridad a los otros clientes del bar, pero sabía que eran en su mayoría hombres, unos veinte aproximadamente, posiblemente más, dado que acababa de ver una puerta que llevaba a otra sala. El corazón le latía tan fuertemente que estaba segura de que se oiría por encima del estruendo de la música. Intentando hacer todo lo posible para actuar como si se vistiera de aquel modo y visitara bares de mala reputación todas las noches, tomó su martini y se le dio un buen trago. Tras resistir a duras penas el ataque de tos que sintió, acabó con lágrimas en los ojos. Entonces, parpadeó y respiró profundamente para poder superar la quemazón del alcohol.

Sin embargo, el martini tuvo el efecto de empezar a calentarla

por dentro. Hacía frío en aquel bar o tal vez fuera porque estaba acostumbrada a llevar más ropa de la que llevaba puesta en aquel momento. Fuera lo que fuera, tenía la piel de gallina y, sin mirar, sabía que los pezones se habían tensado bajo la fina tela elástica. Deseando entrar en calor, tomó otro sorbo del martini y se dedicó a revisar la sala en busca de alguien que la ayudara a que la arrestaran o a algo por el estilo.

Entonces, vio a Mitch McKee.

—Maldito sea…

—¿Ocurre algo? —le preguntó el camarero.

Impresionada por la inmediata respuesta que había provocado su cambio de personalidad, le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Creo que necesito otro martini. Acabo de ver a alguien que no me cae bien.

—Puedo hacer que lo echen a patadas si es eso lo que quieres.

«Vaya, esto realmente funciona», pensó ella, incrédula. Se dio cuenta de que se había perdido una parte de la vida siendo la chica buena todo el tiempo. Resistiéndose a utilizar su recién encontrado poder, movió una mano, como si la cosa no tuviera importancia.

—Oh, no te preocupes. No creo que me moleste —respondió con otra sonrisa—. Si lo hace, te lo diré.

Mientras el camarero iba a prepararle otra bebida, Kate miró en dirección a Mitch, quien le devolvió la mirada a través de la sala. Estaba apoyado sobre la mesa de billar, sujetando un taco con una mano, completamente a gusto en aquel lugar de tan mala reputación. Durante un momento, se acordó de él en el instituto.

Una tarde, después de clase, uno de los jugadores de fútbol había iniciado una pelea con uno de los amigos de Mitch. Después de dejar destrozado a su amigo, el jugador de fútbol siguió pegando, por lo que Mitch intervino para hacerle parar.

Kate había observado la pelea desde la distancia, con el corazón a punto de salírsele del pecho, temerosa de acercarse demasiado. Cuando hubo terminado todo y al jugador de fútbol ya no le quedaron más ganas de pelear, Mitch había pasado a su lado, seguido de todos sus amigos. Se había quitado la camiseta para pelear. Estaba cubierto de sudor, tierra y trozos de hierba. Tenía el labio herido y otra mancha de sangre, probablemente del jugador de fútbol, le decoraba el pecho como si fuera una pintura de guerra.

Como siempre, a Kate le había resultado imposible hablar. Mitch no le había dicho nada al pasar. Se había limitado a guiñarle un ojo y ella había tenido que apoyarse contra la pared para sujetarse.

Más de diez años después, el nuevo Mitch la miraba sin sonreír pero, por el modo en que apretaba la mandíbula, le recordaba al de antaño. Si le hubiera guiñado un ojo, no habría podido reprimir un

grito.

No quería tener más problemas con Mitch. De todas las personas con las que podría haberse encontrado en aquel bar, ¿por qué había tenido que ser él, el único hombre que podría estropearle sus planes? Cuando él se giró para seguir jugando al billar, Kate no pudo evitar mirar cómo los vaqueros le apretaban el trasero al inclinarse sobre la mesa. Entonces, algo avergonzada por aquella observación, se concentró en el hombre que había al otro lado de la mesa.

Era Cal Blake. Kate sintió deseos de asesinar a Julie y de abrazarla al mismo tiempo. Le había enviado a su marido de todos modos para asegurarse de que ella estuviera bien. Bueno, pues les demostraría a todos, incluso a Mitch McKee, que podía ser la chica más rebelde de todas.

Cuando el camarero regresó con el segundo martini, Kate se acabó el primero de un trago. Aquella vez no tosió. Estaba mejorando.

—Bueno, ¿has venido para el concurso de aficionadas?

—¿Cómo dices? —preguntó ella, dedicándole la mejor de sus sonrisas.

—El concurso de bailarinas de *Strip-tease* aficionadas.

—Ah, eso. Tal vez —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Cuándo es?

—A medianoche. Ahora son las once menos cuarto —replicó el camarero, tras consultar el reloj—. Bueno, tengo que volver a mi trabajo, pero espero verte más tarde. Eso haría que esta noche fuera muy especial.

Al quedarse sola, Kate no pudo reprimir una sonrisa. «Kate Sutherland, bailarina de *Strip-tease* aficionada». Aquel título no dejaba de brillar en su mente como si fuera un anuncio de neón. ¿Era aquella la oportunidad de oro que estaba buscando para llamar la atención de su padre?

Al recorrer la sala con la mirada, vio que habría unos veinte hombres y cinco mujeres. Dado que de la otra sala no salía ruido, dio por sentado que estaba vacía. ¿Sería capaz de quitarse la ropa delante de todos aquellos desconocidos?

Trató de imaginarse el rostro de su padre cuando se enterara de las noticias. Nadie de su familia había hecho nunca nada tan escandaloso. Tal vez su padre la echara de la ciudad. Al menos, en aquel supuesto, no habría ninguna duda en cuanto al lugar que ella ocupaba en la familia. Sería la oveja negra y aparecería siempre en un extremo de las fotos familiares.

Estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios, por lo que agarró su martini. Necesitaba pensar, tranquilizarse. Desgraciadamente, fue entonces cuando Mitch decidió acercarse a ella.

—Hola —dijo él, como si no le sorprendiera en absoluto verla vestida de aquella manera.

El alcohol solo pareció intensificar la reacción que Mitch produjo en ella. Desgraciadamente, sus pezones se le endurecieron y el rostro y el cuello se le ruborizaron por completo. Al ver que no contestaba, él se apoyó en la barra.

—¿Eres Kate Sutherland o me lo estoy imaginando?

—Si te digo que te lo estás imaginando, ¿te marcharás? —replicó ella, desafiante.

—Nunca te habría imaginado vestida de esta manera —dijo él, mirándola de arriba abajo—, pero no me quejo. Y, como respuesta a tu pregunta, aunque me estuviera imaginando esto, no me movería de aquí por nada del mundo.

El modo en que él la miraba la ponía muy nerviosa. Nunca la había contemplado de aquella manera.

—Creo que… —empezó ella, pero el camarero la interrumpió.

—¿Qué le pongo, jefe?

Tras mirar a la copa de Kate y ver que la tenía todavía llena, Mitch pidió sus copas.

—Dos cervezas más y una copa de bourbon. ¿Qué es lo que crees? —añadió cuando el camarero se hubo marchado.

—Creo que deberías volver a tu partida de billar. Puedes seguir imaginando igual de bien desde el otro lado del bar.

—¿Es que estás esperando a alguien? —preguntó Mitch sin moverse.

Kate pensó todo lo rápidamente que se lo permitieron sus dos martinis. Si le decía que estaba esperando a alguien, seguramente la dejaría tranquila. Pero, si luego se pasaba la mayor parte de la noche sola, parecía que la habían dejado plantada. Su orgullo no le permitía que Mitch pensara aquello.

—Quería salir a tomar algo y alguien me recomendó este lugar. Por eso estoy aquí.

—¿Y te estás divirtiendo?

Kate se dio cuenta de que, en aquel momento, se había terminado la música. En vez de explicar sus motivos, se levantó cuidadosamente del taburete y se enfrentó con él antes de recoger su bolso.

—Me divertiría mucho más con música —dijo, antes de alejarse en dirección a la máquina.

Para cuando Mitch regresó a la mesa de billar con Cal, ya había dos hombres, uno a cada lado de Kate, tratando de ayudarla a elegir las canciones. No hacían más que sacarse monedas de los bolsillos y ponérselas a ella en las manos. Hubo un momento en que Kate dejó caer una al suelo y se organizó un verdadero tumulto a sus pies.

Mitch se dio cuenta de que estaba apretando los dientes. Se acercó a donde tenía su copa de bourbon y la vació de un trago y luego se tomó lo que le quedaba de cerveza. Aquello no lo ayudó, pero sí le recordó que no podía beber más. Ante todo, era el jefe de policía de aquella ciudad. La bebida era una de las cosas que su reputación no se podía permitir y trató de mantenerse tranquilo, por mucho que le costara.

Perdió las dos siguientes partidas de billar. Cal se había relajado. Parecía contento de ver que Kate estuviera a sus anchas en el bar. En aquel momento, la rodeaban cuatro hombres, todos luchando por ser el primero en invitarla a una copa.

—¿Ves? —le dijo a Mitch—. Todo va a salir bien. Ella se va a divertir y luego yo la podré seguir para asegurarme de que llega bien a casa.

Mitch se asombró de la ingenuidad de su amigo.

—Cal, ¿ves alguna vez los documentales de cosas de la naturaleza?

—¿Te refieres a los de pesca? Sí, claro.

—No —replicó él, colocando las bolas para otra partida—. Quiero decir los que hablar de la biología de los animales, de cómo viven, de cómo se reproducen… Bueno, para no aburrirte con todos los detalles, lo que habitualmente ocurre es que un puñado de machos… digamos, leones marinos, rodean a las hembras. Como esos tipos de ahí —añadió, señalando hacia dónde estaba Kate—. Y no les va nada mal hasta que la hembra elige solo a uno.

—¿Sí y…?

—Bueno, entonces empiezan a pelearse.

—¿A pelearse? —repitió Cal.

—Venga, hombre, ya sabes de lo que estoy hablando. ¿Cuántas peleas has visto que se iniciaran por una mujer?

—En el instituto, bastantes.

—Entonces, confía en mí. Si hay algo que he aprendido en el ejército y en la policía, es que la mayoría de las personas no cambian mucho desde el instituto. Lo único es que elegimos nuevas aficiones.

Durante los siguientes treinta minutos, Mitch pudo ganar un juego de tres. Las mesas del bar se iban llenando de hombres que acudían a ver el concurso que iba a tener lugar a medianoche. Algunos habían llevado a sus novias y un par de ellos a sus esposas para competir por el premio de doscientos dólares que se le entregaba a la mejor bailarina de *Strip-tease*. Mitch estaba empezando a tener malos presagios.

Como había hecho durante toda la noche, miró en dirección a Kate. Y lo que vio hizo que se pusiera alerta. Uno de los hombres, que había estado prestando demasiada atención a Kate y que parecía ser el

más aventajado en la carrera biológica, había hecho que Kate se pusiera de pie e iba tirando de ella por toda la sala. Otro hombre iba detrás y les llevaba las copas. Se dirigían todos a la sala adyacente, donde se iba a celebrar el concurso. Mitch no pudo contenerse. Cuando se acercaron a las mesas de billar, les interceptó el paso.

Durante un momento, el hombre, que era casi tan algo como Cal, pareció estar a punto de decirle que se apartara. Entonces, se dio cuenta de a quién tenía delante.

—Hola, jefe —dijo.

—¿Te estás divirtiendo, Kate? —preguntó Mitch, tras saludar al hombre con un gesto. En aquel momento, vio que ella tenía el pánico reflejado en los ojos, pero parpadeó y sonrió de un modo que a él le pareció algo falso.

—Me lo estoy pasando estupendamente, ¿verdad…?

—Sandy —dijo el hombre.

Kate volvió a mirar a Mitch y se lamió los labios. Luego, se echó a reír. Mitch se dio cuenta de que nunca había oído reír a Kate. Entonces, se dio cuenta de que estaba completamente borracha. No se le había ocurrido contar las copas que se había tomado, pero seguro que habían sido bastantes con todos los hombres que se habían ofrecido a invitarla.

—Creo que ya va siendo hora de que te marches a casa. Cal puede llevarte.

Sin embargo, Kate negó con la cabeza y luego se echó a reír otra vez.

—Voy a hacer un *Strip-tease* —dijo ella, farfullando las palabras. Luego, extendió una mano y deslizó la uña por la abertura del cuello de la camisa de Mitch. Era la primera vez que ella lo tocaba voluntariamente y el efecto fue electrizante.

—Y creo que tiene muchas posibilidades de ganar —comentó Sandy—. Es mejor que haga sus apuestas.

Luego, con Kate todavía entre los brazos, Sandy siguió avanzando, dejando a Mitch triste y silencioso. Por un lado, sabía que no iba a poder mantenerse al margen y ver cómo Kate Sutherland se desnudaba en un bar delante de un montón de hombres. Por otro lado, la idea de ver cómo ella se deslizaba aquella falda de cuero por sus interminables piernas era demasiado irresistible. El deseo que acompañó a aquella imagen le dejó asombrado. Casi podía sentir todavía el roce de su uña.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cal—. Julie me dijo que permitiera que se divirtiera, pero no sé… Tal vez debería llamar a Julie y pedirle su opinión sobre todo esto.

Mitch no contestó. Estaba intentando imaginarse por qué Kate se estaba comportando de aquel modo. La conocía bien o, al menos, eso

pensaba. Era imposible que fuera tan diferente de lo que él recordaba.

—No creo que lo haga —dijo Mitch.

—¿No? Pues a mí me pareció que estaba dispuesta a hacerlo.

A Mitch le había parecido lo mismo, aunque animada por los martinis y por la razón que la impulsaba a comportarse de aquel modo. Sin embargo, esperaba hacerle cambiar de opinión. No iba a permitir que aquello siguiera adelante. Si ella hubiera estado sobria, podría haber hecho lo que hubiera querido con su bendición.

—Se va a achantar —insistió Mitch, esperando creerse él mismo aquellas palabras.

En aquel momento, empezó a sonar la música al fondo de la otra sala.

—Bienvenidos a nuestro concurso semanal para las encantadoras señoritas que quieren despojarse de su ropa…

Mitch miró a Cal y este se encogió de hombros. Entonces, ambos se dispusieron a seguir a los demás.

Capítulo 6

Kate estaba a punto de echarse atrás. Se lo había estado pensando toda la noche, pero tres martinis la habían ayudado a resolver el problema. En aquel momento, al mirar la sala llena de humo, repleta de hombres ansiosos y de mujeres burlonas, sintió que la poca rebeldía que había logrado reunir estaba empezando a disolverse en el aire. Miró a… como se llamara quien la había acompañado a la sala e intentó pensar. Ver cómo unos hombres apostaban por ella con los de la mesa de al lado no la hizo sentirse mejor. Necesitaba a alguien que la ayudara a tranquilizar sus nervios.

Mitch.

Como alguien que se estuviera hundiendo en arenas movedizas, registró la sala para tratar de encontrar el único rostro que conocía. La verdad era que unos momentos antes no se había mostrado muy simpático con ella, pero eso no importaba. Muy dentro de ella, sabía que Mitch McKee la ayudaría, aunque solo fuera para llevarla a la cárcel. Entonces, se acordó de que Cal, el marido de Julie, también estaba allí. Sin embargo, no podía ver a ninguno de los dos. Era una sala casi a oscuras y llena de hombres, resultaba muy difícil distinguir a unos de otros.

De repente, se dio cuenta de que, tal vez, aquella oscuridad fuera una bendición. La idea de desnudarse delante del marido de Julie era horrible, pero hacerlo delante de Mitch McKee…

—Cielo —dijo el hombre que la había llevado hasta allí—, les vas a encantar…

Kate miró a su alrededor. Había querido que aquella actuación tuviera testigos y parecía que la mitad de la población masculina de Chapel estaba allí aquella noche. Tal vez Cal y Mitch se hubieran marchado…

Entonces, una mujer se le acercó y la tocó en el brazo.

—¿Vas a concursar, querida?

Kate hizo todo lo que pudo por centrarse en la cara de la mujer. Parecía tener unos cuarenta años y era rubia y con mucho pecho. Era el tipo de mujer que podría haber sido una verdadera bailarina de *Strip-tease* en el pasado.

Atrapada en su propio plan, Kate asintió al mismo tiempo que el hombre que había sentado a su lado decía:

—Claro que lo está.

—Entonces, ven conmigo.

Kate se levantó y consiguió seguirla, aunque no fuera en una línea muy recta, recibiendo ocasionales codazos de los hombres que estaban sentados allí. Cuando consiguió subir las escaleras que

llevaban a la parte de detrás del escenario, la mujer le preguntó:

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Kate solo pudo asentir. No recordaba haberse sentido peor en toda su vida. Sin embargo, aquella noche no era Kate Sutherland. Era otra persona.

—Tenemos seis chicas. Te pondré la última para que tengas tiempo de prepararte.

Incluso una principiante como Kate hubiera reconocido que aquello era una advertencia para que tratara de recuperar la sobriedad. Dentro de unos minutos, iba a desnudarse sobre un escenario. Ni siquiera había bailado desnuda en su propio dormitorio y mucho menos delante de otra persona. No había visto la película *Strip-tease*, pero lo que recordaba de las escenas del trailer le dio alguna idea de lo que necesitaba hacer. Nunca tendría el aspecto de Demi Moore, ni bailaría como ella, por lo que era muy sencillo lo que tenía que hacer: quitarse la ropa sin caerse o sin morirse de la vergüenza.

Todas las participantes pudieron escoger su propia música de una lista, tenía que quedarse en el escenario durante la actuación y tenía que acabar con las braguitas puestas. De otro modo, les avisaron que podrían ser arrestadas por exhibición indecente.

Arrestada por exhibición indecente. La parte de Kate que seguía furiosa con su padre abrazó con calor aquella idea. La hermana mayor del heredero de la fortuna de los Sutherland arrestada por desnudarse delante de unos espectadores. Sin embargo, el resto de ella se sentía abrumado. Los sentimientos encontrados la llevaban de reírse nerviosamente a estar a punto de ponerse a llorar. Tenía que dejar de estar borracha. Le había asegurado a Julie, como lo había hecho a sí misma, que podría hacer algo lo suficientemente escandaloso como para que su padre se desmayara del susto. Además, ponerse a llorar solo le estropearía el maquillaje.

Cuando la música empezó para la primera bailarina, Kate no pudo contenerse y siguió a las otras chicas al borde del escenario para mirar. Aquella chica no podía tener más de veintidós años. Tenía un precioso cuerpo, construido más como si fuera una gimnasta que como una bailarina. Trabajaba en el escenario más que actuar sobre él. Cuando se abrió de piernas, Kate hizo un gesto de dolor.

Ella casi no había podido subir las escaleras.

Las rodillas le temblaban. Una cosa era ser rebelde y sexy y otra muy distinta estar borracha y ser una inútil. Siempre había tratado de ser la mejor en todo lo que hacía. Aunque ser bailarina de *Strip-tease* nunca había sido una de sus metas, odiaba la idea de recibir más compasión que aplausos. Luego, miró a los hombres que había cerca del escenario. No estaban sonriendo, solo observaban. Sin saber lo que

aquello significaba, Kate observó también.

Entonces, la chica empezó a quitarse prendas y los hombres se volvieron locos. Evidentemente, no habían ido allí a ver gimnasia o baile. Aquellos hombres, que eran los jueces, habían ido allí a ver piel.

Kate se tocó el pecho, por encima de su camiseta. Piel. Piernas, vientre y pechos… ¿Cómo se le había ocurrido alguna vez que ella iba a ser capaz de hacer aquello? Kate miró al escenario mientras la chica terminaba su actuación y buscó un modo de escapar. A menos que quisiera saltar del escenario, parecía que tendría que marcharse por el mismo lugar por el que había entrado: las escaleras. Acababa de dar la vuelta a la esquina cuando oyó voces.

—Laura, no me importa cuáles sean tus reglas. Quiero ver a una de las chicas.

Kate se asomó y vio a Mitch McKee, combatiendo verbalmente con la mujer que parecía estar a cargo del concurso.

—Ya sabes que no puedo permitir que ningún hombre moleste a las chicas.

—Yo no estoy molestando a nadie. Solo quiero hablar con ella.

—No. Este concurso es completamente legal. Aunque tú seas la ley, no puedo darte privilegios especiales. De otro modo, tendría que tener un gorila aquí todo el tiempo.

Dado que no había modo de escaparse, Kate decidió hacerlo con dignidad y empezó a bajar las escaleras. Simplemente, pensaba pedirle a Cal que la llevara a casa. Eso si podía encontrarlo. Cuando Mitch la vio, se enfureció mucho.

—¡Kate! ¡No vas a hacer nada de esto!

Hubiera podido estar de acuerdo con él porque había llegado a la misma conclusión, pero, por fuerzas que no estaban bajo su control, tal vez por los martinis o por la rebeldía que tanto había luchado por sacar a flote, le espetó:

—¿Qué quieres decir con eso?

Mitch intentó apartar a Laura, pero ella lo contuvo y llamó a uno de los camareros para que se acercara.

—He dicho que te marchas, ¡ya! —prosiguió Mitch—. Cal te llevará a casa. No te permitiré que hagas esto. ¡Es una locura!

—¿Qué quieres decir con eso de que no me lo vas a permitir? —preguntó ella, dejando que la rebeldía se adueñara de ella—. ¿Estás hablando por ti mismo o por mi padre?

—Yo no infrinjo la ley —interrumpió Laura—. Deja a mis chicas en paz.

—Ella no es una de tus chicas, Laura —replicó Mitch—. Esta es Kate Sutherland, la hija de Terrence Sutherland.

Tanto Laura como el camarero se volvieron a mirar a Kate. El camarero no pudo reprimir un silbido.

—¿Y qué? —dijo Kate, con una voz que recordaba a la de una niña que ha visto que no va a poderse salir con la suya—. Tengo la intención de ganar este concurso —añadió, más serena, mirando a Laura—. Por favor, asegúrate de que ese hombre se mantiene alejado de mí. No es mi padre, ni mi marido ni mi amigo.

—¿Estás segura, querida? —preguntó Laura, menos convencida de aquello desde que sabía que estaba hablando con la hija de Terrence Sutherland.

—No te preocupes. Mi padre no pensará que tú eres la responsable de lo que yo haga. Ya no vivo con él y tengo más de veintiún años.

—Entonces, ¿por qué no te comportas como una mujer de tu edad? —intervino Mitch, gritando para que ella pudiera oírle por encima de la música.

—Eso es lo que tengo la intención de hacer —replicó ella, con la más picara de sus sonrisas, antes de darse la vuelta y volver a subir por la escalera.

—Mitch, ¿por qué no vas a tomarte una cerveza y te calmas? No creo haberte visto nunca tan agitado —dijo Laura. Luego, se volvió al camarero—. Larry, tú quédate en esta puerta. Por aquí no puede entrar nadie. Yo voy a invitar a Mitch a una cerveza.

—No necesito ninguna cerveza —replicó Mitch, antes de darse la vuelta e ir en busca de su amigo Cal.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Cal cuando se reunió con él.

—Sí, más o menos —respondió él. Cal dio un sorbo a su cerveza y esperó—. Estoy seguro de que no lo hará —añadió, muy seguro de sí mismo.

La mujer que había en el escenario había hecho su baile preliminar a ritmo de rock y había empezado ya a quitarse la ropa. Tras hacer girar en el aire cada prenda, esperó hasta que los hombres se pusieron a dar puñetazos encima de la mesa y a animarla para que se fuera quitando más.

Mitch lo observaba todo como si aquello no fuera con él. No hacía más que pensar en el rostro desafiante de Kate. No podía entender lo que estaba tramando. Podía tener a cualquiera de aquellos hombres a sus pies sin necesidad de hacer un *Strip-tease*, incluso a él mismo.

Tal vez el problema era de sí mismo. ¿Por qué creía que la tenía que salvar de aquella situación? Tal vez aquella fuera la verdadera Kate, la mujer en la que se había convertido después de pasar muchos años alejada de su casa, aunque dudaba que pudiera tener un trabajo tan importante en San Francisco montando numeritos como aquel. Sin embargo, ¿quién sabía lo que pasaba en California?

A pesar de todo, había algo sobre Kate que hacía que aquello no pareciera del todo creíble. Había en ella una cierta desesperación que no concordaba con sus actos. Su instinto de policía le decía que no podía creerse aquella faceta de Kate Sutherland.

Sabía que había estado bebiendo. Minutos antes, cuando la había visto en brazos de aquel hombre, le había parecido que estaba completamente ebria, aunque en la escalera hubiera jurado que estaba completamente sobria.

La tercera bailarina salió al escenario, algo que relajó temporalmente a Mitch. Había temido que Kate se subiera inmediatamente solo para dejarle bien claro que lo quería hacer.

—No lo hará —dijo Mitch.

Cal se limitó a asentir.

—¿Qué clase de música quieres? —le preguntó el DJ mientras entregaba a Kate una lista de canciones.

—Escoge tú algo por mí —respondió ella, devolviéndole el papel. La mano no dejaba de temblarle.

—¿Con qué tipo de música te gusta bailar?

—No se me da bien bailar.

—Entonces, te pondré algo lento, para que te dejes llevar.

A Kate le hubiera gustado decirle que ella nunca se había dejado llevar, pero el chico se marchó, dejándola a solas con Laura, que tenía el ceño fruncido.

—No tienes mucho que quitarte —dijo, mirando la falda y la camiseta de Kate—. ¿Qué tienes debajo de la falda?

Obedientemente, Kate se la levantó y le mostró un liguero a juego con un tanga negro.

—¡Cielos, muchacha! —dijo Laura—. Creo que esta noche vamos a tener una pelea. Bueno, te daré un consejo. Quítate primero la falda, pero no lo hagas demasiado rápido. Entonces, haz lo mismo con los zapatos, el liguero y las medias. Yo me quitaría la camiseta en último lugar. ¿De acuerdo?

—Nunca he hecho esto antes —confesó Laura.

Estaba empezando a darse cuenta de que, aunque el concurso era solo para aficionadas, varias de las chicas tenían experiencia, o por lo menos habían practicado muchas horas.

—Te diré un secreto que la mayor parte de estas chicas no conocen —musitó Laura—. Las mejores bailarinas de *Strip-tease* escogen a un hombre de entre el público y juegan con él. Desnúdate para él como si fuera tu amante. Te olvidarás de que estás nerviosa. Confía en mí. Ese es el modo en que tienes que hacerlo.

La quinta bailarina había acabado unos minutos antes y los hombres estaban impacientes, golpeando la mesa con los puños.

Querían que Kate saliera. Parecían creer que la habían dejado para el último lugar porque era la mejor. Kate pensó en la desilusión que se iban a llevar mientras trataba de tranquilizarse.

—¿Estás lista? —le preguntó Laura.

Kate asintió. Entonces, Laura le hizo una señal al camarero, que había estado hasta entonces guardando las escaleras, para que empezara con el plan.

—No va a hacerlo.

Mitch tenía ganas de rezar para que se acobardara. Aunque en la escalera le había demostrado tener agallas, él confiaba que se volviera a convertir en la chica tímida que había sido en el instituto, la que lo había atraído durante dos años y a la que, sin embargo, nunca había tocado.

Entonces, las cortinas se abrieron y el corazón empezó a palpitarle. Era solo el camarero, con una silla. Tal vez solo fuera a sentarse y a hablar o a cantar… En cuanto Kate salió de detrás de las cortinas, los hombres se volvieron locos.

—Pues parece que va a hacerlo —dijo Cal, gritando por encima del bullicio.

—Ve al teléfono y pide que vengan un par de oficiales de policía. Diles que yo he dicho que habrá paga extra.

—Pero…

Cal trato de mostrar su desacuerdo, pero la mirada que Mitch le dirigió debió de hacerle cambiar de opinión. Dejó la cerveza y se marchó en dirección a la barra.

Entonces, Mitch se volvió a mirar a Kate. Aquello fue un grave error. La mirada de ella se cruzó con la suya. Entonces, ella le dedicó una ardiente sonrisa. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Se sentó en la silla y cruzó aquellas maravillosas piernas, mostrando los broches de un liguero. La luz del escenario transformó el color de su cabello en un halo rojizo y dorado que le iluminó la cara. Parecía Lucifer en persona y la sala se quedó completamente en silencio. Entonces, empezó la música.

Kate lo aprisionó con la mirada mientras Mitch rezaba por recuperar el autocontrol. «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores…». Aunque ella todavía no había hecho nada, se sentía indefenso. Caliente. Desatado. Justo lo que suponía que ella quería que sintiera.

Observando su reacción, Kate descruzó las piernas y las extendió para que todos los hombres pudieran ver el tanga negro que llevaba bajo la falda. Luego, siguiendo el ritmo de la música, levantó una pierna y se la acarició, desde el tobillo hasta el muslo. Hizo lo mismo con la otra y, sin haberse quitado ni una sola prenda ni haber dejado

de mirar a Mitch, hizo que todos los hombres empezaran a babear encima de sus cervezas.

Mitch empezó a sudar. Kate parecía empeñada en liarlo en todas las maneras posibles. Era su modo de vengarse pero, en aquel momento, estaba demasiado absorto como para poder luchar contra esa sensación. La muchacha con la que había fantaseado se había convertido en toda una tentación de mujer. Con aquellos suaves movimientos, lo mantenía pegado al suelo con el seductor desafío de sus ojos.

Kate movía las caderas lentamente, con movimientos circulares, invitándolo, llevándose las manos de las caderas a los muslos. Cuando ella colocó la falda entre las piernas, los ojos no dejaban de observarla y las manos de sudar.

Al ritmo de la música, Mitch observó que las manos de Kate desaparecían detrás de ella. Entonces, fue la lengua lo que capturó su atención. El modo en que acariciaba los labios húmedos era como para parar el tráfico. El instinto de protección que Mitch siempre había sentido por Kate empezó a flaquear. Aquella nueva Kate, que bailaba seductoramente delante de él, había despertado algo nuevo en él. No había perdido el control desde sus días rebeldes y, además, creía que aquella parte de él había desaparecido. Sin embargo, en aquellos momentos, con el desafío al que le estaba sometiendo Kate, sentía la tentación de olvidar su bien ganada reputación y tomar lo que ella le ofrecía. Deseaba a Kate, tumbada y gritando su nombre de placer. Ya no le importaba quién fuera su padre.

Cuando ella empezó a quitarse la falda, Mitch no pudo evitar acercarse al escenario. Los hombres parecían haberse quedado mudos o como si se hubieran convertido en estatuas de piedra. Había muy poca participación del público hasta que, tres notas después, la falda cayó al suelo. Entonces, empezaron los gritos, los silbidos y las súplicas para que continuara.

La imagen de Kate con la falda alrededor de los tobillos era lo que siempre se había imaginado. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que llevaba solo un tanga y el liguero, se dio cuenta de que había sido demasiado conservador con lo que había soñado. Nunca se habría imaginado a Kate con aquel tipo de prendas. Si lo hubiera hecho, no habría permitido que ella se exhibiera delante de nadie más.

Utilizando la silla como apoyo, ella se sacó la falda de los pies. Para ello, se inclinó, desabrochando una de las ligas al mismo tiempo. En aquel momento, el corazón de Mitch empezó a latir al doble de velocidad. Esperaba no tener un ataque al corazón ante de poder bajarla de aquel escenario o, al menos, poder ponerle las manos encima.

Kate tenía las manos muy frías. Sin embargo, el resto de su

cuerpo estaba empezando a entrar en calor, no solo por la vergüenza que estaba pasando, sino también por lo que parecía estar ocurriendo entre Mitch y ella. Había decidido seguir los consejos de Laura y bailaba solo para él, como para desafiarlo por haber querido controlarla, aunque algo más parecía haber ocurrido. Antes, se había dirigido a ella muy enfadado y agresivo. En aquellos momentos, mientras ella se bajaba la media por el muslo, no pudo evitar sonreír. Él no le quitaba los ojos de encima. Sentía la mirada de Mitch sobre su piel como si fuera una caricia. Aquello le hizo sonrojarse, pero su centro se encendió de deseo, como si solo sus manos pudieran calmar aquella ansia.

Se había olvidado de su nerviosismo. De vez en cuando, se daba cuenta de que había otros hombres en la sala, oía súplicas para que se quitara más, pero el mundo de Kate consistía solo en aquella música, en el fuego que le ardía bajo la piel… y sobre todo en Mitch McKee.

De alguna manera, todos los anhelos que había sentido de niña habían cristalizado y se habían profundizado. Lo que estaba experimentando en aquellos momentos era mucho más fuerte que todo aquello. Más peligroso. No tenía que encontrar las palabras adecuadas para describirlo porque lo venía en los ojos de Mitch y dejó que su cuerpo fuera el que hablara.

Cuando se bajó la otra media, Mitch se acercó todavía más al escenario y alguno de los hombres del público empezaron a notar lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Cuando casi había acabado la música, Kate supo que era el momento de quitarse la camiseta. Concentrándose en Mitch más que nunca, no prestó atención a los gritos de los hombres y se fijó solo en el único hombre de aquella sala para el que de verdad quería desnudarse. Sus manos parecían pertenecer a otra persona cuando se acarició el vientre con ellas y agarró el borde de la camiseta. Armándose de valor, miró a Mitch por última vez y tiró de la tela, entre los gritos de los hombres. Entonces, empezó la pelea.

De repente, Kate se encontró entre los brazos de Mitch, con toda su ropa encima. Alguien había empezado a dar puñetazos. Mitch se la colocó encima del hombro y salió corriendo con ella. A Kate le pareció que había visto a Cal agarrar a un hombre y darle un puñetazo que lanzó a este último sobre la mesa del jurado.

El fresco aire de la noche le acarició la piel mientras Mitch la sacaba por la puerta de emergencia. Casi se chocaron contra los dos ayudantes que Mitch había mandado llamar, pero aquello no detuvo a Mitch.

—Sacad a Cal Blake de ahí dentro antes de que lo maten. Si alguien quiere protestar al respecto, arrestadlo. Ya lo calmaremos en la cárcel.

La vergüenza de Kate fue aumentando cuando sintió que Mitch la iba a poner en el suelo del aparcamiento. Cuando lo hubo hecho, le dio la falda y los zapatos.

—Toma, vístete —dijo él, entregándole también las medias y el liguero—. Ponte lo que puedas.

Incapaz de mirarlo después de lo que había ocurrido entre ellos mientras ella había estado en el escenario, Kate se limitó a ponerse los zapatos. Cuando se incorporó, él la agarró por los brazos.

—Kate, ¿qué diablos estabas intentando hacer ahí dentro?

Al ver que tenía el ceño fruncido, Kate guardó silencio. Sin embargo, algo parecía haber cambiado entre ellos. Durante un momento, se metió mentalmente en la piel que lo había seducido desde el escenario delante de un montón de hombres. Quería probarlo otra vez, mucho más íntimamente. Entonces, lo miró a los ojos, imaginándoselo todo de nuevo. El efecto fue rápido y apasionado.

Con un suspiro de rendición, o tal vez de incredulidad, Mitch capturó la boca de Kate con la suya con un beso que cumplió todos los sueños que ella había conjurado durante mucho tiempo. No lo hizo con suavidad. Le sorbió los labios y luego le mordisqueó el inferior, pidiendo que ella participara, algo que Kate hizo lo mejor que pudo. Se aferró a él llena de necesidad, tratando de evocar las sensaciones que había experimentado cuando Mitch la había devorado con los ojos. Se sorprendió mucho al notar lo agradable que era tocar y ser tocada. Nunca había deseado a otro hombre más. Cuando él empezó a acariciarle los pechos, Kate se arqueó contra él, ofreciéndosele. Sin embargo, en vez de darle lo que ella deseaba, Mitch se apartó de ella lo suficiente para poder hablar.

—Si vuelves a intentar quitarte la ropa en público para los hombres de esta ciudad, te juro que te esposaré y te llevaré a San Francisco personalmente —susurró, antes de volver a besarla.

Como no tuvo oportunidad de responder, Kate se ahorró sus comentarios para otra ocasión. Se sentía ardiendo, puro fuego, y quería apagarlo con Mitch.

—Perdóneme, jefe.

Al oír la voz de Les desde la distancia, Mitch hizo todo lo posible física y mentalmente para apartarse de la mujer que tenía entre sus brazos. Lo consiguió con gran esfuerzo, aunque no soltó completamente a Kate. Cuando se volvió para contestar a su subordinado, vio la sorpresa de Les al verla vestida solo con un tanga, unos zapatos de tacón y una camiseta mal colocada. Al menos, su ayudante tuvo la decencia de sonrojarse.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mitch, inclinándose para recoger la falda de Kate, que estaba en el suelo. Luego, se la dio a ella para que se la pusiera.

—Es Cal Blake —respondió Les—. Tiene un corte encima del ojo y, además, se le está empezando a poner morado. Quería pedirle una ambulancia, pero no me ha dejado. Creo que debería ir a verlo, señor.

—¿Qué Cal está herido? —preguntó Kate mientras se abrochaba la falda—. ¿Dónde está?

—No, no, tú no entras ahí —dijo Mitch, al ver que ella quería volver a entrar en el bar—. No vas a entrar ahí porque tú fuiste la causa de esa pelea. Si vuelves a entrar, probablemente volverá a comenzar.

—¿Yo?

—Bueno, tú y yo. Tú decidiste excitarlos y yo decidí detener el espectáculo. Eso suele hacer que los hombres se peleen, sobre todo cuando han apostado dinero.

—Oh —dijo ella.

—Tú espera aquí —le ordenó él, abriendo la puerta trasera del coche patrulla—. Todavía no he terminado contigo.

Kate le sorprendió haciendo exactamente lo que él le había pedido, pero antes de meterse en el coche, le tocó la mano.

—Por favor, dile a Cal que lo siento. Nunca quise que resultara herido.

—Lo haré. Ahora, quédate aquí, ¿de acuerdo?

Mitch tardó más de cuarenta y cinco minutos en conseguir que todos los hombres que había en el club se calmaran y en sacar a Cal. Cuando regresó por fin al coche patrulla, donde había dejado a Kate, casi esperaba que ella se hubiera marchado. Esperaba que ella le explicara por fin su comportamiento para, luego, tal vez, poder explicarle el suyo, aunque no estaba seguro de que pudiera hacerlo.

—Vamos, te llevaré a tu casa —dijo él.

—¿Es que no vas a arrestarme? —preguntó ella, muy sorprendida.

—¿Quieres que te arreste? —replicó él, con curiosidad, dispuesto a llegar al fondo de aquel asunto.

—Bueno… yo creí…

—Venga, vamos a mi coche. Ya hablaremos en el camino de vuelta a la casa de Cal y Julie —afirmó él, ayudándola a bajarse del coche patrulla y acompañándola hasta su todo terreno—. ¿Estás ya sobria?

—Sí, creo que sí.

Después de acomodarla en el asiento y montarse él, Mitch la miró de reojo. De repente, le recordó a la chica que había conocido en el instituto. Estaba mirando por la ventanilla, como si lo hubiera perdido todo y pudiera encontrarlo en la oscuridad de la noche. La ropa, el color del pelo eran diferentes, pero no la expresión de sus ojos, una expresión que él había visto antes.

—¿Te importa decirme lo que quieres conseguir comportándote como si no tuvieras juicio?

—No sé de qué estás hablando —respondió ella, irguiéndose en el asiento—. ¿Tienes un cigarrillo?

—¿Un cigarrillo? —exclamó Mitch, parando el coche enseguida y echándose a un lado de la carretera—. No, lo dejé hace cinco años. Ahora, quiero que me mires a los ojos. Si vas a mentir, quiero ponértelo todo lo difícil que pueda. ¿Fumas habitualmente, señorita Sutherland? —añadió, cuando ella se volvió para mirarlo.

—Eso depende de a lo que tú te refieras por habitualmente.

—Kate, ¿fumas?

Ella recordó que no había fumado ni un solo cigarrillo en toda la noche. Había tenido que concentrarse en muchas otras cosas, como los hombres, lo martinis y Mitch. Siempre se le había dado muy mal mentir, así que había dejado de hacerlo cuando todavía era muy pequeña. Al mirar a los ojos de Mitch, supo que no podía decirle otra cosa que no fuera la verdad.

—No, pero estoy aprendiendo —dijo ella, abriendo el bolso para sacar el paquete que llevaba dos días allí. Mitch se lo arrebató y lo tiró al salpicadero.

—Pues no vas a aprender en mi coche.

Kate cruzó los brazos y fingió estar enfadada. Los cigarrillos solo habían sido una estratagema. Estar a solas con Mitch, después de todas las intimidades que habían compartido, había conseguido que su coraje se esfumara completamente.

Cuando él volvió a arrancar el coche, condujo sin hablar hasta que volvieron a entrar en la ciudad. Kate no hacía más que preguntarse lo que él estaría pensando. Estaba empezando a creer que el silencio era peor que el tercer grado cuando pasaron por delante del desvío que llevaba a casa de Cal y Julie y él lo dejó atrás.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, incapaz de soportar aquel silencio ni un momento más.

—Te llevo a la cárcel. ¿Acaso no era eso lo que tú querías?

Capítulo 7

El hombre que se encargaba de la centralita levantó la mirada cuando Mitch entró con ella pisándole los talones. El aire acondicionado hizo que se le pusiera carne de gallina, pero fue la mirada de aquel hombre lo que le hizo darse cuenta de que había otras zonas de su cuerpo que también habían reaccionado al frío. Aquel tipo no dejaba de mirarle el pecho.

—Buenas noches, jefe —dijo el hombre—. ¿Necesita ayuda?

Mitch se limitó a responder sacudiendo la cabeza, pero la expresión de su rostro debió dejar bien claro lo que pensaba porque el hombre volvió a concentrar su atención en los papeles que tenía en el escritorio.

—¿Dónde me llevas? ¿Es que ni siquiera me vas a dejar llamar por teléfono? —preguntó Kate, a duras penas.

—Esto es una sala de interrogación —respondió él, abriendo la puerta para hacerla pasar—. Quiero que te sientes porque vamos a tener una pequeña charla.

—Pero yo no quiero hablar. Quiero que me arrestes o que me dejes ir a mi casa.

—Kate, siéntate —insistió él.

Intentando recobrar su dignidad, a pesar de que estaba a medio vestir y a punto de llorar, dejó el bolso sobre la mesa y se sentó.

—¿Cómo te gusta el café? —preguntó él.

—No suelo tomar café en la… Con leche y azúcar, por favor —dijo ella, cambiando de opinión al ver la expresión de Mitch.

Mientras él salía de la sala para ir a preparar el café, tomó unas cuantas decisiones sobre Kate. La había llevado a la sala de interrogatorios en vez de llevarla a su despacho porque tenía la intención de llegar al fondo de las razones que la habían llevado a actuar de una forma tan extraña los últimos días. Si tenía que arrestarla, lo haría. No iba a permitir que Kate se marchara de allí hasta que hubiera explicado su actitud y él hubiera quedado satisfecho.

No pudo evitar pensar que tal vez la causa fuera otro hombre. Tal vez algún tipo de California que le había roto el corazón y que la había hecho pensar que tenía que comportarse de un modo diferente para obtener su atención. Si aquel tipo se presentaba por Chapel, Mitch estaría encantado de tener unos momentos a solas con él. Y no serían corazones lo que acabarían rompiéndose.

Armado con café y una determinación de hierro, Mitch regresó a la sala de interrogatorios. Esperó encontrar desafío, amenazas y testarudez. Con aquello podría enfrentarse. Sin embargo, cuando abrió

la puerta, la encontró llorando.

Kate trató de limpiarse la cara aunque inútilmente mientras él dejaba las tazas de café encima de la mesa. Mitch le entregó las servilletas que había llevado.

—No tenemos pañuelos de papel en la sala de interrogatorios. Normalmente, los detenidos no lloran.

—Qué gracioso.

—Bueno, ¿estás preparada para contármelo todo?

Kate se tomó su tiempo para limpiarse los ojos y la nariz.

—¿Sobre que? —preguntó ella, inocentemente, como si lo que había hecho hubiera sido completamente normal en su vida.

—Tengo toda la noche y gran cantidad de café. Estás esforzándote mucho en conseguir mala reputación en esta ciudad. Tal vez con lo de esta noche lo hayas conseguido. Y quiero saber por qué.

—¿Y si te digo que no es asunto tuyo?

—Esta noche has hecho que lo sea.

—¿Por qué?

—Estás cambiando de tema. Ya hablaremos sobre mí en otra ocasión. Ahora estamos hablando sobre ti.

En aquel momento, Kate se levantó, furiosa y se fue hasta el rincón más apartado de la sala. Después de estar un momento mirando la pared, habló por fin.

—Esta noche he hecho lo que quería hacer. Creo que este es un país libre.

Mitch se levantó y se acercó a ella.

—Sé cuáles son tus derechos. Lo que estoy tratando de entender es lo que esperabas ganar de lo que has hecho esta noche. ¿Qué razón había?

—Fue divertido —replicó ella, todavía mirando a la pared.

—Pues a mí no me pareció que te estuvieras divirtiendo —insistió él, dándole la vuelta.

—Así era cuando estaba bailando para ti.

—No… No cambies de tema.

Sin embargo, las manos de Kate se empezaron a deslizar por la camisa de él. Luego, a medida que iba acercando su boca a la de él, fue cerrando los ojos.

Un hombre habría tenido que estar muerto para rechazarla y él estaba muy vivo. Kate abrió la boca para que él pudiera explorarla con la lengua. Fue un movimiento lento, sensual y probablemente fue uno de los besos más eróticos que Mitch había experimentado nunca. ¿Dónde diablos había aprendido a besar de ese modo?

Kate le besó como si necesitara su boca más que el aire para respirar. Cuando apretó su cuerpo contra él, Mitch sintió una rápida erección. La deseaba tanto… Llevaba deseándola desde que tenía

diecisiete años y ella solo quince, cuando la vio en la biblioteca del instituto haciendo como si estudiara. Por aquel entonces, ella había estado completamente fuera de su alcance. Años después, estaba medio desnuda entre sus brazos. Lo único que tenía que hacer era extender las manos y tomar lo que ella le ofrecía.

Levantó una mano hasta llegar a uno de sus senos. Resultó muy fácil deslizar la mano debajo de la tela elástica de la camiseta. Al sentir sus caricias, Kate sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, pero en vez de retirarse, se apretó más contra él. Él aceptó aquella rendición y gozó con aquella piel sedosa, haciendo que el pezón se le irguiera entre los dedos.

Mitch sabía que había mil razones para detenerse y cien cosas que debería decir. Sin embargo, quería pasar un momento más antes de hacerlo. Profundizó el beso, tomando su boca de una manera que no dejaba duda alguna de cómo tomaría el resto de su cuerpo cuando llegara la hora. Y, después de aquella noche, no tenía duda alguna de que ese momento llegaría. Le acarició la lengua con la suya, saboreándola y estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Entonces, se detuvo. Primero necesitaba saber el porqué de aquella noche. Después, podrían dedicarse a ellos. Sin soltarla, volvió a colocarle la camiseta. Luego, le acarició los brazos y la apartó.

Kate se sintió completamente confundida. Era la primera vez que su cuerpo anhelaba algo que su mente no había decidido primero, al menos desde los años del instituto. La ardiente pasión que había parecido haber siempre entre ellos no era ya producto de su imaginación, ni tampoco la continuación de un amorío de instituto. Era algo real y elemental. Y quería más. Por ello, trató de acercarlo una vez más a ella.

—Kate, tenemos que hablar…

—No quiero hablar, quiero… Quiero que me toques, que…

—¡Kate! —exclamó él, mostrándole la cámara que había montada en una esquina, con la luz roja parpadeando como un ojo malvado.

Kate se quedó atónita y luego se sonrojó hasta la raíz del pelo. Una cosa era hacer un *Strip-tease* y otra permitir que alguien compartiera sus momentos más íntimos con un hombre.

—Venga, siéntate —dijo Mitch, llevándola de nuevo hacia la mesa para que volviera a sentarse.

Allí, ella tomó la taza y dio un sorbo de café, ya algo frío, mientras Mitch se sentaba enfrente de ella.

—Quiero ayudarte, Kate —le aseguró él, cubriéndole las manos con las suyas después de que ella dejara el café encima de la mesa—. Por favor, cuéntame lo que te está pasando.

Habló con una voz muy tranquila. Kate sentía que se había

puesto en ridículo, no solo en el bar, sino también allí mismo. En vez de tratarla como se merecía, él seguía tratándola como si fuera su hermana pequeña, aunque el beso que habían compartido no había tenido nada de fraternal.

—¿Qué es lo que tiene que hacer una chica por aquí para que la arresten?

La actitud tranquila de Mitch desapareció. Su mirada se hizo más dura, lo que hizo que Kate sintiera remordimientos por lo que había dicho. Prefería al Mitch amable que al duro policía.

—¿Estás tomando alguna medicación o estás bajo cuidados médicos?

—No, no estoy tomando medicación alguna —respondió ella, algo dolida por la implicación de aquella pregunta. Nunca había querido que la gente se pensara que estaba loca.

—Pues tal vez debieras estarlo.

Aquello le dolió aún más.

—Solo soy… —empezó Kate, pero se detuvo. ¿Qué era lo que ella era? ¿Una niña mimada que desea la atención de su padre? Aquello era básicamente la verdad, pero para ella era mucho más que eso—. Estoy cansada de que todo el mundo me trate como si siguiera siendo la pequeña Katie Sutherland. Quería mostrarle a todo el mundo que he cambiado.

—Bueno, pues después de lo que has hecho esta noche, nadie va a tener ninguna duda al respecto. Pero todavía quiero saber por qué.

Kate lo miró a los ojos y, de nuevo, sintió ganas de llorar. Al ver que ella no respondía. Mitch prosiguió hablando.

—Hable con tu padre y me dijo que estabas bien. Nada de lo que preocuparse.

¿Nada de lo que preocuparse? Kate se sintió completamente anonadada. Toda aquella aventura tan humillante, por su padre, y a él le parecía que todo iba bien. Kate reunió las defensas que había perfeccionado para tratar con su madre. Tal vez su hija no le importara, pero el apellido que su hijo recién nacido iba a representar seguramente sí que le importaba mucho.

—Tal vez se preocupara si me metieras en la cárcel.

—No voy a hacerlo.

—Pero…

—No has hecho nada ilegal. Tal vez sí inmoral, aunque ni siquiera estoy convencido de eso.

—Pero si me quité la ropa en un lugar público y empecé una pelea. El pobre Cal…

—En realidad, la pelea la empecé yo —replicó Mitch, no demasiado orgulloso—. Y estoy en deuda con Cal por llevarse la peor parte.

—No vi que pegaras a nadie. Estabas…

Kate se interrumpió al recordar que la estaba tapando a ella, escondiéndola, tratando de sacarla del escenario. Su memoria volvió a recordar los hechos de la noche. Durante los últimos momentos de su *Strip-tease*, había, estado absorta en la conversación visual que tenía con Mitch mientras trataba de conseguir el valor suficiente para quitarse la camiseta. Él estaba cerca del escenario, ella se había subido la camiseta y entonces…

—Yo empecé la pelea cuando te impedí que siguieras —admitió él—. Varios de tus admiradores pensaron que aquel era un gesto algo egoísta y las cosas se me escaparon de las manos. Si no hubiera tenido a Cal para que me ayudara, hubiera sido yo el que hubiera terminado con el ojo morado y tú probablemente hubieras ganado ese concurso.

—Entonces, ¿por qué me detuviste? —preguntó ella, al notar que aquello era casi una disculpa.

—Mira, Kate, sé que no tengo ningún derecho a interferir en tu vida. No soy ningún ángel y ninguno de los dos somos los mismos que éramos en el instituto pero, no sé, tengo la sensación de que, si hablaras conmigo, te podría ayudar. No me puedo creer que te fueras a San Francisco para aprender a hacer *Strip-tease*. ¿Tiene todo esto que ver con un hombre?

—Sí —dijo ella, contando la verdad a medias. Todavía no estaba dispuesta a contarle que era por su padre, dado que Mitch trabajaba prácticamente para él.

—Me lo había imaginado. ¿Sabes una cosa? Lo mejor para curar un corazón roto es…

—No ha roto mi corazón. Al menos todavía. Sigo creyendo que todavía hay una posibilidad de que podamos solucionarlo todo.

Cuando fueron a casa de Cal y de Julie, lo hicieron en silencio. Mitch parecía estar absorto con sus propios pensamientos y Kate estaba demasiado cansada como para discutir. Aquella noche, había bailado, casi literalmente, por la cuerda floja en aquel bar y con Mitch. Mentalmente, había conseguido alejarse de él, pero físicamente todavía sentía la atracción magnética que había entre ellos.

Casi habían hecho el amor sobre aquel escritorio de la sala de interrogatorios. Después de decirle que había otro hombre, lo único que probaba el fuego que había habido entre ellos había sido cuando Mitch, después de salir de la sala de interrogatorios, le había dicho a uno de sus ayudantes que quitara la cinta de vídeo de la cámara, y se la entregara.

Aquella era la prueba de que su vida estaba completamente fuera de control. ¿Cómo podía haber ocurrido todo aquello en solo cuatro días?

Cuando llegaron a casa de los Blake, las luces estaban todavía encendidas. Mitch se bajó del coche y le abrió la puerta.

—No tienes por qué acompañarme dentro —dijo ella, tratando de adoptar una postura digna—. Estoy bien.

—Lo sé. Solo quiero ver cómo está Cal, si sigue despierto.

—Oh —musitó ella, recordando que Cal era su mejor amigo.

Julie salió a recibirlos a la puerta y les hizo entrar. Cal, que había estado tumbado en el sofá, se incorporó con un trozo de carne cruda encima del ojo.

—¿Cómo estás, compañero? —preguntó Mitch.

—En el trabajo voy a tener que decirles que Julie me ha dado un puñetazo —respondió él, retirándose la carne del ojo.

—No, lo que tienes que decir al que te lo pregunte es que debería ver al otro tipo —comentó Julie, bromeando.

Kate vio que Cal y Julie se lo habían tomado muy bien, pero ello no hacía que ella se sintiera mejor.

—Cal, lo siento tanto… —musitó Kate.

—No tienes por qué —replicó él, volviéndose a poner la carne sobre el ojo—. Fue culpa suya —añadió, refiriéndose a Mitch.

—Bueno, ya podréis los dos discutir sobre eso —les interrumpió Julie—. ¿Te encuentras bien? —quiso saber, rodeando con el brazo a su amiga.

—Sí —susurró ella, sintiendo de nuevo ganas de llorar—. ¿Qué estás haciendo despierta a las dos de la mañana preocupándote por mí?

—Últimamente, me cuesta un poco quedarme dormida. Venga, me parece que te sentaría muy bien una ducha bien caliente. Ya hablaremos mañana.

Kate le estaba tremendamente agradecida a Julie por la preocupación que mostraba por ella. Entonces, tras mirar algo confundida a Mitch, deseó a todos las buenas noches y dejó que Julie la acompañara a su habitación.

Capítulo 8

—¿Kate?

No tenía ganas de responder, porque se sentía como si hubiera dormido solo quince minutos, así que no prestó atención a la persona que había pronunciado su nombre. Julie, que era quien la había llamado, al ver que no contestaba, se acercó y la tocó en el hombro.

—Kate, despierta. La secretaria de tu padre está al teléfono.

Entonces, ella dio un salto e inmediatamente volvió a dejarse caer sobre la almohada. Al moverse había notado que tenía la cabeza ligera y pesada al mismo tiempo, como si fuera un globo medio lleno de agua. Su sentido del equilibrio parecía haber desaparecido completamente. Entonces, se lamió los labios y recordó por qué. Martinis. Más de los que había bebido en toda su vida.

—¡Aaay! Creo que tengo una buena resaca —susurró, abriendo lentamente los ojos.

Enseguida, lamentó haberlo hecho. El mundo era demasiado brillante. Le parecía que una supernova había entrado en la habitación y se había quedado allí solo para torturarla. Una vez más, echó de menos las mañanas grises y brumosas de San Francisco.

—¿Quieres que le diga que la llamarás tú cuando puedas?

—No, yo… —musitó ella. Era tan raro que su padre se pusiera en contacto con ella, aunque fuera a través de su secretaria Edith, que no podía negarse—… dile que iré enseguida.

Julie salió del dormitorio y Kate miró al reloj. Eran las siete de la mañana. Suspiró. Normalmente, su padre se levantaba muy temprano, igual que ella, pero aquella mañana… Después de lo ocurrido la noche anterior, después de quitarse casi toda la ropa delante de un montón de hombres… después de hacer lo posible para seducir torpemente a Mitch McKee…

Mitch.

Tendría que ocuparse de Mitch en otra ocasión. En aquel momento, confiaba más en su habilidad para enfrentarse a su padre que en tener otro duelo emocional con Mitch.

Tras ponerse de pie, se pasó las manos por el pelo y se dirigió al cuarto de baño. No tenía tiempo de pensar en lo que había ocurrido la noche anterior. Le dolía la cabeza demasiado como para concentrarse en más de una humillación a la vez.

Tras lavarse un poco la cara, bajó a escuchar el mensaje que su padre le enviaba. Le sorprendía mucho que se hubiera enterado de su mala reputación tan rápidamente. Sin embargo, recordó que era el ciudadano más notable de Chapel y que todo el mundo en aquella ciudad tenía algún tipo de relación con él.

—Siento haberte tenido esperando —le dijo a Edith, con una voz que sonaba bastante firme, lo que la sorprendió. Entonces, se sentó en una silla.

—Buenos días, Kate. No me había dado cuenta de que podrías estar todavía dormida.

—No importa. Hoy se me han pegado un poco las sábanas —respondió ella, mirando a Julie. Esta hizo una imitación con su barriga de embarazada del *Strip-tease* de la noche anterior tan cómica, que Kate estuvo a punto de soltar la carcajada—. ¿De qué querías hablar conmigo?

—Tu padre me ha dicho que te invite a jugar el golf en su club con él y el alcalde. Será esta mañana. Uno de su cuarteto habitual no va a poder asistir. ¿Estás disponible para empezar a jugar a las ocho y media?

El corazón de Kate empezó a latir con fuerza. Su padre la estaba invitando a su mundo. Aunque un partido de golf no fuera una comida con su familia, era un comienzo.

—Sí, claro, allí estaré.

—Bien. Me ha dicho que, si necesitas zapatos o palos para jugar al golf, puedes ir a la tienda del club y utilizar su cuenta. Se reunirá contigo en el campo.

—Gracias —dijo Kate, para luego colgar el teléfono—. Mi padre me ha invitado a jugar al golf —añadió, refiriéndose a Julie.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Julie, sentándose enfrente de ella.

—Creo que sí —respondió Kate. La sorpresa de la invitación iba desapareciendo poco a poco, pero la resaca ya había desaparecido. Claro que aquella invitación era una buena señal—. No me pediría que fuera a jugar al golf con él y sus amigos si tuviera la intención de criticarme o desheredarme.

—Me alegro mucho por ti, Kate. Tal vez haya recobrado por fin la cordura.

Kate salió de la tienda del club con unos pantalones de color caqui, un polo, unos zapatos nuevos para jugar al golf, un guante y un palo de titanio. El resto de los palos se los llevarían al campo directamente. En San Francisco, resultaba un poco más difícil poder jugar al golf y, como consecuencia de ello, no lo había hecho durante bastante tiempo. Como de niña su padre les había pagado a ella y a su hermana unas clases, nunca se le había dado mal. De todos modos, le hubiera gustado practicar un poco antes de empezar pero, como Julie la había tenido que llevar a El Cuervo para recoger su coche, había llegado con el tiempo algo justo. Aquella mañana, no tenía intención alguna de comportarse como una rebelde.

Su dolor de cabeza casi había desaparecido, aunque tenía un golpeteo sordo en la parte de atrás del cráneo. Se tomó dos tazas de café y una tostada y luego se colocó las gafas más oscuras que había podido encontrar en su equipaje.

Su padre la saludó con la mano cuando se aproximaba a ellos. Estaba con el alcalde y con otro hombre al que no conocía.

—Me alegro de que hayas podido venir —le dijo su padre, limitándose a darle un golpecito en la espalda. Kate se recordó que nunca había esperado un abrazo. Luego, se volvió a los otros dos hombre—. Alcalde Dealey, ¿te acuerdas de mi hija Kathleen?

—Sí, claro —respondió el alcalde, sonriendo, mientras le estrechaba la mano.

—Hola —dijo Kate, con una sonrisa.

—¡Dios santo! Te has convertido en una joven muy atractiva —exclamó, sin soltarle la mano.

—Gracias —comentó ella, intentando retirar la mano, pero él se la atrapó con la otra, sujetándosela fuertemente con ambas.

—Espero verte más a menudo mientras estés en la ciudad.

Aquellas palabras hicieron que su dolor de cabeza se hiciera más fuerte. O aquello era algo natural en el alcalde o estaba tratando de decirle algo.

—Kate, este es Jeremy Radsworth —añadió su padre. Aquella interrupción le dio a Kate el respiro necesario para poder soltarse del alcalde—. Tiene el cargo equivalente en Gran Bretaña al de nuestro subdirector.

Darle la mano a Jeremy no resultó tan difícil. Parecía ser más o menos de su misma edad o tal vez un poco mayor. Iba impecablemente vestido para pasar un día en el club de campo, tanto que podría haber salido de cualquier revista.

—Hola, señor Radsworth.

—Jeremy, por favor —respondió él, estrechándole brevemente la mano.

—Bueno —dijo su padre, frotándose las manos —, ¿empezamos?

Hizo una señal a su *caddie* y dejó que Kate eligiera entre la compañía del alcalde y de Jeremy Radsworth. Y Kate nunca había sido tonta.

—Bueno, Jeremy. ¿En qué parte de Inglaterra vives?

A las nueve, Mitch ya llevaba dos horas en su despacho. Se había dicho que había decidido ir temprano para preparar la reunión semanal con el ayuntamiento, pero había estado mintiendo. No había dormido nada en absoluto por varias razones, pero la más evidente era Kate. Así que, en vez de dar vueltas en la cama, había decidido empezar a trabajar.

No estaba preparado para la tentación que lo esperaba encima de la mesa.

Mitch miró la cinta de vídeo que se había grabado durante la conversación que Kate y él habían tenido en la sala de interrogatorios la noche anterior. La había guardado en su despacho para proteger los contenidos de los ojos curiosos de los demás, pero, ¿quién los iba a proteger de él mismo? Suspiró y sacudió la cabeza. Cada vez que recordaba haber tenido en sus brazos a Kate, haberla besado y tocado… Si se sentaba a ver aquella cinta, podría hacer varias locuras, como ir a casa de los Blake a hacerle varias proposiciones indecentes a Kate. Sabía que no podía hacer eso por varias razones, siendo la principal que no estaba seguro de poder tomar un no por respuesta. Sin embargo, tenía que hacer algo. Marcó el número y esperó hasta que Julie contestó.

—¿Es que no duermes nunca? —preguntó él—. Ese niño va a nacer con ojeras si te descuidas.

—Mitch, ¿qué sabes tú de niños? Además, estaría encantada si este niño pudiera dormir durante la noche. Pero dormimos la siesta, para tu información.

—Hablando de dormir, ¿sigue nuestra bailarina estrella dormida?

—No, está en el club de campo. Su padre la ha invitado a jugar al golf.

—¿Al golf? Supondría que tendría una resaca monumental y que eso le enseñaría una lección. Solo quería gastarle alguna broma al respecto.

—Tenía un aspecto algo verdoso cuando se marchó —dijo Julie, riendo—. Pero nada hubiera podido evitar que fuera a ver a su padre.

Mitch sintió algo que no le gustó. ¿Por qué tenía que importarle tanto que ella hubiera ido a ver a su padre? Adoraba a su padre.

«Ni siquiera ha podido tomar el teléfono para llamarte».

Mitch cerró los ojos y se los frotó. Había aprendido a luchar contra sus frustraciones en el ejército. Si no hubiera sido así, se habría presentado en el club de campo. Pasara lo que pasara.

—Bueno, espero que no se haya llevado esa falda de anoche al campo de golf. Si hubiera sido así, esta vez habríamos tenido que mandar a la Guardia Nacional —dijo él, bromeando—. Saluda a Cal de mi parte.

Mitch colgó el teléfono y tomó la cinta de vídeo. Tenía la intención de volver a meterla en el cajón inferior de su escritorio. Sin embargo, en vez de eso, la metió en el vídeo que tenía conectado a una vieja televisión.

La imagen era en blanco y negro, bastante clara. Ver a Kate entre sus brazos hizo que el pulso se le acelerara. El ángulo tan alto

desde el que estaba tomada la secuencia reforzaba la excitación de ser un voyeur. Observó cómo besaba a Kate, cómo la tocaba y casi pudo saborearla. Cuando el Mitch de la imagen deslizó la mano por debajo de la camiseta de ella, sus propios dedos parecieron volver a tocarla. Había sido tan afectuosa, tan receptiva... Para cuando, acabó la cinta, se dio cuenta de lo cerca que había estado de hacerle el amor allí mismo, encima de la mesa. Demasiado cerca. ¿Cómo diablos había conseguido parar?

Rápidamente, sacó la cinta y la volvió a meter en el cajón del escritorio. Entonces, fue a su taquilla y se cambió de ropa. Su plan para mejorar su vida parecía haberse estropeado. Más bien parecía que tendría que salir corriendo en la dirección opuesta.

Kate hizo su primer lanzamiento perfectamente y terminó el primer hoyo con solo dos golpes sobre par. No estaba nada mal para alguien que no había jugado al golf durante meses.

Para cuando los cuatro llegaron al segundo hoyo, Kate sabía varias cosas. En primer lugar, su padre no sabía nada de lo que había ocurrido en El Cuervo. Estaba segura de ello porque se había dado cuenta de que estaba tratando, no muy sutilmente, de emparejarla con Jeremy Radsworth. Él había resultado ser un hombre muy agradable, pero también muy formal. No alguien que saliera con una chica rebelde.

Además, se aseguró completamente de que el alcalde lo sabía todo y que tenía la intención de utilizarlo en su propio beneficio. Aprovechaba cada oportunidad que tenía para sonreírle sugerentemente cada vez que pasaba a su lado y solía ponerse detrás de ella cada vez que ella se inclinaba para golpear la pelota.

Cuando el segundo golpe de Kate cayó fuera del campo, el alcalde se ofreció inmediatamente para ayudarle a encontrar la pelota. Kate no tenía ninguna intención de perderse entre los arbustos con el alcalde a sus espaldas y declinó su oferta con la mayor diplomacia posible. Aquello no le descorazonó, aunque provocó que Jeremy se ofreciera también a ayudarla. Entonces, los tres fueron a buscarla y la encontraron en un tiempo récord. Los siguientes cuatro tiros la pusieron muy por encima del par, lo que hizo que su padre frunciera el ceño.

—Lo siento, no sé lo que me pasa —se disculpó ella—. Suelo jugar mejor que esto.

—Tal vez sería conveniente que dieras algunas clases de perfeccionamiento.

—A mí no me importaría darte algunos consejos —se ofreció el alcalde, para desesperación de Kate.

Mientras jugaban el tercer hoyo, el alcalde le puso una mano en

la espalda. Ella pudo sentir el calor de su piel pasándole a través de la tela de su polo. Haciendo como que le estaba dando consejos para jugar al golf, se pegó más a ella.

—Creo que deberíamos hablar un poco sobre… tus actividades de tiempo libre. Te aseguro que haré todo lo que pueda para cumplir las fantasías que puedas tener. Puedo ser un hombre muy generoso… Ahora, dale a esa pelota un buen golpe hacia el centro. Voy a ponerme allí para ver si detecto el problema que tiene su *swing* —añadió, mirando a Jeremy y a su padre.

Kate sintió ganas de golpearlo a él. Al recordar cómo había pateado la máquina de refrescos, las manos le empezaron a temblar. Su padre y Jeremy se echaron atrás para darle espacio mientras que el alcalde se había colocado cerca del hoyo, con el pretexto de ayudarla en su técnica.

Apretando los dientes, Kate dio un golpe. Tenía los brazos muy tensos. En realidad, todo el cuerpo parecía habérsele convertido en alambre. Miró la pelota y se dijo que debía golpearla como si estuviera haciéndolo con la cabeza del alcalde.

Golpeó la pelota más fuerte de lo que lo había hecho antes. Desgraciadamente, no llegó cerca del hoyo. Se le fue un poco a la izquierda y golpeó al alcalde justo entre los ojos.

«Ten mucho cuidado con lo que deseas».

Kate se quedó demasiado conmocionada como para moverse al ver que el hombre se desmoronaba, pero su padre no se asustó tanto. Se volvió y le dijo a su caddie:

—Vuelve al club y diles que llamen a Emergencias.

Entonces, fue hacia el hoyo y se inclinó sobre el cuerpo inconsciente de su amigo el alcalde.

—¿Jefe? —dijo la voz de Myra a través de intercomunicador—. El número de emergencias ha recibido una llamada sobre el alcalde. Pensé que querría saberlo.

—¿Qué es lo que le ha pasado y dónde? —preguntó Mitch, apretando un botón.

—No sé si es muy grave, pero han enviado una ambulancia al club de campo. Ocurrió algo en uno de los campos de golf.

El campo de golf. Mitch sintió un extraño presentimiento. Kate.

Para cuando llegó allí, los de la ambulancia estaban colocando al alcalde en una camilla. Mitch miró a su alrededor y, entre los curiosos, vio a Kate al lado de su padre. Parecía estar muy asustada y llevaba todavía entre las manos un palo de golf. Bill Henderson, uno de sus ayudantes, estaba hablando con ella y con Terry Sutherland. Como Mitch se imaginó que el alcalde estaba en buenas manos, se acercó a Kate.

Al verlo, la expresión de su rostro se hizo más alegre. Sin embargo, cuando llegó a su lado, ella ya había vuelto a levantar sus defensas.

—¿Terry? ¿Bill? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Nadie respondió durante un momento. Mitch vio que los ojos de Kate se llenaban de lágrimas.

—Bueno, pues parece que la señorita Sutherland golpeó al alcalde con una pelota de golf —explicó Bill—. Se quedó inconsciente. Luego volvió en sí, pero lo van a llevar al hospital para asegurarse de que se encuentra bien.

—No quise golpearlo —intervino Kate, antes de apartar la mirada.

—Fue un accidente —confirmó su padre—. John le estaba dando a Kate algunos consejos de golf y… Bueno, no debería hacerse colocado tan cerca del hoyo. Kate estaba teniendo algunos problemas con su *swing*…

—Entonces, ¿no lo golpeó con el palo de golf? —preguntó Mitch sin poder resistirse.

Kate volvió la cabeza y, por el modo en que lo miró, Mitch creyó que iba a golpearlo a él con el palo. Sin embargo, luego sonrió levemente.

—Claro que no —explicó Terry—. Nadie, ni siquiera John, sería tan estúpido como para acercarse tanto, que corriera riesgo de recibir un golpe del palo de golf.

—Bueno, parece que pueden seguir con el partido —dijo el ayudante Henderson—. Y creo que nosotros tampoco hacemos falta aquí —añadió, refiriéndose a Mitch.

Cuando la gente empezó a marcharse, él cayó en la cuenta de que el joven tan bien vestido debía de estar con Kate y su padre. Una terrible posibilidad se le vino a la cabeza. ¿Sería aquel el rompecorazones de San Francisco? Parecía tener la edad correcta y, a juzgar por la ropa que llevaba puesta, debía de ganar el dinero adecuado. Sabía que aquel era el tipo de hombre adecuado para Kate, y no él.

—Ten cuidado con eso —le dijo a Kate, guiñándole un ojo. Luego, le dio la mano a Terry Sutherland—. Espero que el día mejore a partir de ahora.

Cuando se alejaba, oyó la voz de Kate. Al volverse, vio que ella estaba estrechando la mano del joven. Al verlo, sintió un gran alivio en su interior. Si fuera su amante, no le daría la mano para despedirse de él.

No le resultó muy difícil encontrar su Mercedes dorado en el aparcamiento. Mitch se limitó a apoyarse sobre la puerta del conductor y a esperar.

Capítulo 9

Un poco después, Kate entró en el aparcamiento seguida por un *caddie* que le llevaba el regalo de su padre: su nueva bolsa de palos de golf. Sentía la cabeza a punto de estallar y el corazón como si estuviera hecho pedazos. Cuando por fin había conseguido una oportunidad para demostrarle a su padre que era merecedora de su cariño, lo había echado todo por tierra. Desde el momento en que había abierto los ojos aquella mañana hasta aquel último golpe a una pelota de golf, el día entero había sido un desastre.

Hasta que vio a Mitch.

Alto y fuerte, estaba apoyado en el coche con los brazos cruzados. Parecía un chico de póster. Cuando se acercó al coche, él la saludó ligeramente con una inclinación de cabeza, pero permaneció en silencio mientras Kate abría el maletero del coche y dejaba que el caddie metiera los palos de golf. Cansada de subterfugios, se quitó las gafas de sol y las echó también dentro. Necesitaba enfrentarse al mundo como era. En cuanto el *caddie* se hubo marchado, Kate se cubrió la cara con las manos.

—No quería hacerlo —confesó—. Yo…

Cuando vio que la voz se le ahogaba en la garganta, decidió no volver a intentar hablar.

Entonces, Mitch la tomó entre sus brazos. Ella apoyó la cara sobre su hombro y dejó que él la consolara, frotándole ligeramente la espalda.

—No me importa que quisieras hacerlo o no, mientras no lo hayas matado —dijo él, en tono de broma—. Nunca me cayó bien el alcalde. Probablemente, con eso has evitado que yo mismo lo haga.

Kate sabía que él estaba tratando de consolarla, pero le pareció que no comprendía la magnitud del desastre. Después de aquel día, su padre no volvería a incluirla en su vida y mucho menos si el alcalde, para vengarse, le decía lo que su hija había hecho en El Cuervo. Kate estaba casi segura de que el alcalde buscaría venganza. Entonces, sin dudarlo, el gran Terrence Sutherland la desheredaría y terminaría con ella para siempre.

Se sentía tan cansada que, al sentir el pecho de Mitch contra su rostro, se relajó un poco. Resultaba algo agradable, familiar. No recordaba la última vez que alguien la había abrazado. Sin embargo, recordaba muy bien la última vez que Mitch la había tenido entre sus brazos. Cuando la había besado, había disfrutado mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Con un suspiro, trató de recobrar la compostura antes de revelarle todos sus secretos.

—Mi vida se ha convertido en un culebrón.

—Yo diría más bien que se parece más a un a carrera de destrucción. Venga, te llevaré a dar una vuelta en coche. Tú hablas y yo conduzco.

—¿No nos podemos quedar así un momento? —sugirió ella. Enseguida, se dio cuenta de que aquel deseo era una mala idea. En primer lugar, su padre, o uno de sus amigos, podrían verlos juntos, y ya había tenido suficiente escándalo para una semana. En segundo lugar, no quería que Mitch supiera que un gesto tan simple podía hacerla desear mucho más de él—. ¿Dónde vamos a ir? —añadió, enseguida.

—A algún sitio donde te puedas retocar el maquillaje —dijo él, con una sonrisa.

—De acuerdo, vamos —replicó ella, sin poder sonreír.

Kate se las arregló para corregirse el rímel, que se le había corrido, mientras Mitch se ponía en contacto con su despacho y les daba instrucciones para que cancelaran una cita que tenía para comer y le pasaran todas las llamadas al móvil.

Mitch siguió hablando mientras ella acababa con el maquillaje. Cuando hubo terminado, su atención se centró en el paisaje hasta que le oyó preguntar:

—¿Cuándo van a darle el alta?

Supuso que se refería al alcalde, así que el estómago se le contrajo y se preparó para recibir más noticias. Mitch la miró mientras escuchaba y luego sonrió.

—No, Myra, Kate Sutherland no golpeó al alcalde con un palo de golf. No me importa lo que te dijo Sammy Jo. Yo estaba allí. Sí, lo sé. Se lo diré cuando la vea. El alcalde ya tiene el alta—le dijo a Kate, después de colgar el teléfono—. Parece que tiene los dos ojos morados. Myra me dijo que te pidiera que, la próxima vez, le des más fuerte.

Kate quiso echarse a reír, pero no pudo por mucho que se esforzó. Entonces, sin previo aviso, Mitch giró a la izquierda por un sendero.

—¿Dónde vamos?

—A Larks Point.

Kate recordaba aquel lugar. En el instituto, había sido el lugar preferido para las parejas en un radio de treinta kilómetros. Tenía una preciosa vista panorámica y, en las noches claras, se podían ver muchas estrellas. La mitad de las chicas de Chapel habían perdido su virginidad en Larks Point. Dado que era de día, dedujo que Mitch tenía otra cosa en mente.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—¿Y si te dijera que quiero hacer contigo lo que nunca hicimos

en el instituto? ¿Desnudarnos bajo las estrellas y ver lo que pasa?

Aquellas palabras despertaron el deseo de Kate, como si hubieran podido tocarla en el centro de su feminidad. A pesar de todo, no reveló lo que sentía.

—Por si no te has dado cuenta, es de día —replicó ella—. ¿Y si yo te dijera que eso se te debía habérsete ocurrido anoche, cuando yo estaba casi desnuda, antes de que me llevaras a la cárcel para interrogarme?

—Bueno, uno de mis fallos ha sido siempre no agarrar el pájaro que tengo más a mano. En cuanto a hoy, para responder a tu pregunta, después de tu letal ronda de golf, creo que debemos escondernos en alguna parte. Mi tatarabuelo era un fabricante ilegal de bebidas alcohólicas y tenía una expresión que le gustaba mucho. «Cuando el hacha cae, no esperes a ver de quién es el cuello que hay debajo. Vete a las colinas». En este caso, en vez de hacha, tenemos palo de golf.

—¿Crees que eso es muy gracioso, ¿verdad?

—Al principio no, pero se la he ido encontrando.

Cuando llegaron a lo alto de la colina. Mitch tuvo que concentrarse más en la carretera. El asfalto dio paso a la grava. En un momento dado, el camino se bifurcaba. Ellos tomaron el de la izquierda y muy pronto llegaron a un lugar llano, con la montaña a la izquierda y un profundo barranco a la derecha. Unos enormes árboles les bloquearon la vista del valle hasta que llegaron a Larks Point.

Allí lo único que separaba la superficie de grava y el vacío eran unos pequeños postes metálicos y una pequeña valla. Como no había árboles, había una vista de ciento ochenta grados de las montañas y los valles.

—¿Sabes que el ayuntamiento pagó para que pusieran esa valla? —le preguntó él.

—¿Por qué? Esto está fuera de los límites de la ciudad.

—Saben lo que pasa aquí arriba y se imaginan que, dado que no pueden proteger a sus hijos del amor, lo único que pueden hacer es protegerlos si llegan a pisar accidentalmente el acelerador en vez del freno o cambian el coche de marcha en un momento inoportuno.

—¡Qué considerados! —dijo Kate, sintiéndose completamente dejada de lado.

A ella nunca la habían invitado a disfrutar de aquel paraje a la luz de la luna y, aunque sabía que era algo poco razonable, sintió que aquella omisión era en cierto modo culpa de Mitch. Si ella no hubiera tenido ojos solo para él, tal vez hubiera prestado más atención a otros chicos de su clase. O si Mitch se lo hubiera pedido…

—Me imagino que tú solías venir mucho por aquí en el instituto —dijo ella.

—Había muchas más fantasías en mi cerebro que en mi vida amorosa en aquellos momentos. De hecho, ese sigue siendo el caso.

—¿Por qué me has traído aquí?

—De hecho, no te he traído aquí, a Larks Point. Está solo de camino al lago. Otros diez minutos y podré ofrecerte una soda bien fría o una cerveza, lo que tú prefieras. No hay gente, ni campos de golf. Ni interrupciones.

Kate se limitó a reclinarse en el asiento y a permitir que Mitch la condujera donde él quisiera. Últimamente, siempre parecía querer llevarla en coche a alguna parte. Intentó imaginarse cómo se habría sentido si él la hubiera metido en su coche y se la hubiera llevado cuando había estado tan loca por él, pero habían pasado demasiados años. De todos modos, estaba segura de que, si él se hubiera fijado en ella, se habría llevado una gran desilusión de sus talentos como chica salvaje.

Diez minutos más tarde, el lago empezó a brillar entre los árboles. Cinco más tarde, Kate estaba sentada en una silla sobre un pequeño embarcadero. El agua azul rodeada de árboles la puso un poco más melancólica. La vista era muy hermosa, casi perfecta, y aquel momento le recordó precisamente lo imperfecta que su vida había resultado ser. Sin embargo, no quería pensar en ello. Cerró los ojos y esperó a que Mitch regresara con su soda.

Él creyó que se había dormido. Se quedó a su lado, sin querer sobresaltarla. Tenía un aspecto cansado, tenso, con bolsas bajo los ojos. En parte, aquel estado se debía a la resaca, aunque la reacción emocional que había visto antes era mucho más que eso.

A pesar de todo, él no sabía nada de mujeres, y mucho menos de aquella. Lo había aturdido desde el primer momento que la había visto y, a decir verdad, aquella era otra de las razones por las que se había mantenido alejado de ella. Kate lo asustaba.

Aquello era mucho decir para un antiguo delincuente, marine y jefe de policía en la actualidad. Lo único que podía decir era que sentía su mirada sobre él como si fuera una caricia tangible. Siempre había sabido cuándo ella estaba en una habitación y…

En aquel momento, Kate abrió los ojos. Rápidamente, él le tendió una lata de soda para que ella no se diera cuenta de que lo había sobresaltado.

—No teníamos baja en calorías.

—No importa.

Mitch se sentó en la silla que había al lado de la de ella. Aquel lugar siempre lo había tranquilizado y esperaba que tuviera el mismo efecto en Kate. Quería hablar, pero debía dejar que ella se sintiera cómoda primero.

—Tenemos unas estupendas puestas de sol —dijo él, señalando un lugar con la lata—. Por ahí está el oeste y, cuando se pone el sol, el lago parece de fuego.

—¿Por qué hablas en plural?

—Bueno, compré esta finca una de las veces que volví a casa de permiso. Nunca estuve muy seguro de dónde quería vivir o con quién quería vivir, pero siempre supe dónde quería pescar. Cal y yo arreglamos esa cabaña y la convertimos en un lugar adecuado para guardar nuestras cosas si llovía. Los dos subimos aquí para comulgar con el espíritu de la naturaleza.

—¿Por qué sigues en esta maldita ciudad? Me dijiste que tu trabajo es poco emocionante. Podrías ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa.

—Supongo que quieres decir aparte de la pesca.

—Sí, aparte de la pesca.

—Dejé en suspenso todo en mi vida cuando regresé aquí para estar con mi madre. Después de que ella muriera, sentí que Chapel representaba mi único lazo con el pasado y con mi familia, así que decidí darle otra oportunidad. Supongo que fue por razones sentimentales.

—¿Y te ha funcionado?

—¿Quieres decir aparte de querer sacar mi revolver de vez en cuando y dispararles a las rodillas a la mitad de los concejales? Bueno, ya te he mencionado cómo es mi relación con el alcalde.

—¿Y mi padre? ¿Qué piensas de él?

—Creo que es un buen hombre de negocios. Ya te he dicho que él fue el responsable de que me eligieran jefe de policía, pero…

—¿Pero?

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó él. No se quería meter entre Kate y su padre—. Creo que le vendría bien aprender algunas cosas como padre, especialmente en lo que a ti se refiere —añadió él. En aquel momento, vio que la barbilla de Kate empezaba a temblar y se dio cuenta de que estaba llorando. Rápidamente, giró la silla de manera que pudiera mirarla directamente a ella—. ¡Oh, Kate! Lo siento. No quería herir tus sentimientos.

—No eres tú. Es él —susurró ella, limpiándose las mejillas—. Y yo, supongo. Tú has dicho que dejaste en suspenso todo en tu vida por tu madre. Bien, pues yo lo aceleré todo por mi padre. Tal y como van las cosas, creo que tu elección fue más acertada. Por mucho que yo gane o consiga, mi padre se comporta como si lo diera por sentado.

—¿Por eso no has formado una familia? Es decir, eres una mujer atractiva, tiene que haber habido hombres que… —dijo él, sin poder creer que le hubiera preguntado aquello.

—Hubo hombres. Supongo que, en ese sentido, yo también

estaba buscando agradar a mi padre y buscaba la perfección en vez de buscar a un hombre que me llenara. ¿Y tú? ¿Por qué no te has casado?

—Bueno, si hay algo que pueda asegurarte, es que no tuvo nada que ver con tu padre —bromeó él.

Kate sonrió ligeramente.

—Todo esto está relacionado con lo mismo. Me preguntaste por qué estaba haciendo todas estas locuras… Pues bien, estaba tratando de conseguir la atención de mi padre.

—¿Quieres decirme que golpeaste al alcalde con una pelota de golf solo para impresionar a tu padre?

—No, no tenía intención alguna de golpear al alcalde. Fue solo mala suerte. Hoy, más que nunca, quería que todo saliera bien.

—De acuerdo, puedo entender que quisieras llevar al viejo Henry al restaurante de Al, porque él es amigo de tu padre. También puedo ver cierta relación con lo de la gasolinera, porque tu padre es el dueño. Casi puedo comprender por qué metiste el Mercedes en esa zanja pero lo que sí vas a tener que explicarme es la relación que tiene un *Strip-tease* en El Cuervo con tu padre. ¿En qué estabas pensando cuando lo hiciste?

—Todo lo que pasó en ese bar resultó ser un error, pero tiene cierta lógica. Julie y yo pensamos que, si todos estos años había hecho las cosas bien y no había conseguido impresionar a mi padre, tal vez si hacía las que no debía conseguiría al menos que él reaccionara. Hasta ahora, la única reacción que he conseguido ha sido la del alcalde y la tuya. Nunca podría haberlo hecho si tú no hubieras estado allí —añadió, mirándolo de reojo.

—¿Qué es lo que quieres decir? Si me pasé todo el tiempo tratando de que no lo hicieras.

—Sí, pero cuando me subí a ese escenario, estaba aterrorizada. Entonces, te descubrí entre el público y bailé para ti.

Las reacciones que aquellas palabras provocaron en Mitch fueron varias. Una de ellas, fue pura adrenalina sexual al pensar que ella había estado bailando solo para él. Sin embargo, su cerebro le pidió que tratara de examinar más cuidadosamente aquellas palabras.

—Por favor, no me digas que estabas bailando para mí, pero pensando en tu padre.

Para su sorpresa, Kate se echó a reír y extendió una mano para apretarle una de las suyas.

—Créeme. En aquellos momentos, cuando me estaba quitando la ropa sin dejar de mirarte a los ojos, se me había olvidado que tenía padre. En realidad, fue agradable.

—Sí, a mí también me lo pareció —respondió él, recordando aquellas maravillosas piernas. Sin embargo, le parecía igual de atractiva con la ropa que llevaba en esos momentos que con la falda

de cuero—. Casi conseguiste que me diera un ataque al corazón. ¿Y qué más tienes planeado?

—Creo que va siendo hora de dejarlo. Me he quedado sin ideas.

—¡Diablos, Kate! ¿Por qué no vas a su casa y le dices lo que piensas? ¿Lo que quieres?

—Lo he intentado, de verdad y, o no sé expresarme bien, o no me escucha. Además, estoy empezando a pensar que ya va siendo hora de que vaya creciendo. Soy una mujer de éxito, que lleva viviendo sola durante los últimos cinco años. ¿Para qué necesitó un padre?

Mitch, que hubiera dado cualquier cosa por tener padre después de que el suyo los hubiera abandonado, dijo lo único sincero que pudo pensar.

—Supongo que a mí me ha ido bien sin tenerlo. Y a ti te pasará lo mismo.

Justo entonces, se produjo un ruido entre los juncos que había a un lado del lago. Mitch miró hacia el lugar de donde había venido el sonido y sacudió la cabeza.

—Ese es el Abuelo Róbalo, recordándome que todavía no lo he pescado. Y, tal y como van las cosas, tal vez no lo consiga nunca. ¿Qué tal va la resaca?

—Creo que mejor. El dolor de cabeza que tengo en estos momentos es porque me siento como una idiota.

—Conozco una vieja cura cherokee. ¿Quieres probarla?

—¿No me irás a hacer que me coma anzuelos o que me coma huevos crudos?

—No, te lo prometo. Primero, tenemos que ponerte muy cómoda —dijo él, quitándole los zapatos. Luego, se puso de pie y le ofreció una mano—. Ahora, ponte de pie —añadió. Ella, aunque algo perpleja, hizo todo lo que él le pedía—. ¡Vaya! Ese es un bonito reloj. Probablemente te haya costado más de lo que yo gano en un mes.

Rápidamente, le deslizó el reloj por la muñeca. Kate frunció el ceño. Tras meterse el reloj en el bolsillo, Mitch la tomó en brazos, algo a lo que ella no se resistió. Durante un momento, estuvo a punto de llevarla a la cabaña, encontrar un saco de dormir y… Tentador, muy tentador.

Sin embargo, siguió con su plan y la llevó hasta el final del muelle. Entonces, la tiró al lago. Cuando cayó al agua, ella lanzó un grito. Antes de que Kate volviera a salir a la superficie, él se había desabrochado la camisa. Mientras ella se apartaba el pelo mojado de la cara, él se quitaba los zapatos.

Aparte de la sorpresa, el agua fría le había provocado un ataque de furia. Kate no podía creer que Mitch la hubiera tirado al lago, después de la mañana tan desastrosa que había tenido y de todas sus confesiones. Decidió que, en cuanto saliera del agua, agarraría un palo

y le pegaría con él. Al recordar sus palos de golf, deseó que hubieran ido en su coche al lago en vez de en el de Mitch.

—¡Eres una rata! —gritó, escupiendo agua mientras, poco a poco, conseguía hacer pie en el suelo del lago. El agua le llegaba por la barbilla.

—¿Qué tal tu dolor de cabeza? —preguntó él mientras se quitaba la camisa.

Kate se dio cuenta de que se había olvidado del dolor de cabeza. Había sido como si el agua fría se lo hubiera llevado al fondo del lago.

—Está mejor, pero, ¿no te parece que esta cura es un poco drástica?

Mitch se sacó la cartera del bolsillo trasero y el reloj del delantero, junto con sus monedas, y lo dejó todo metido en sus zapatos.

—Para un indio no —dijo él. Luego, se acercó al borde del muelle y se lanzó al agua.

Kate sintió sus manos antes de poder verlo. Algo asustada, no tuvo tiempo más que para tomar un poco de aire antes de que la cabeza le desapareciera por debajo del agua. Luego, tan rápidamente como la había sumergido, la volvió a sacar a la superficie.

—¿Por qué no te comportas como alguien de tu edad? —preguntó ella, moviendo los pies, ya que la había llevado a aguas más profundas.

Mitch tomó una bocanada de agua y la escupió en su dirección, más para jugar que para darle de verdad.

—Creo que ese es el problema que tiene la mayoría de la gente. Crecen y se olvidan de cómo jugar.

—¡Creo que tienes razón! —exclamó ella, golpeando el agua con la mano para salpicarlo.

Luego, empezó a nadar rápidamente hacia la orilla. Sin embargo, él la agarró enseguida por el tobillo y tiró de ella. Antes de que pudiera darse cuenta, la tenía entre sus brazos, por lo que no le quedó más remedio que mirarlo a los ojos, que eran casi como el color del whisky.

Kate intentó echarse a reír para poder apartarse, pero algo que vio en la mirada de Mitch se lo impidió. El agua del lago se había calmado a su alrededor. Kate vio que unas gotas de agua le rodaban por la cara desde el pelo. Tenía las pestañas empapadas y los labios tan cerca de ella, que sintió la tentación de acercarse un poco más y lamerle las gotas de agua de la boca.

—¿Significa eso que quieres jugar? —susurró él.

—Tal vez. ¿Cuáles son las reglas?

—La única es que tienes que volver a tener diecisiete años. Ni coches lujosos, ni trabajos muy importantes, ni *Strip-tease*, ni clubes de

golf. Solo tú y yo, como si estuviéramos en el instituto y nos hubiéramos escapado al lago para estar solos.

Kate sintió que sus sentidos se despertaban al escuchar aquellas palabras. Al ver cómo se alejaba un poco de ella, experimentó toda clase de sensaciones que nunca había experimentado antes. El lánguido movimiento de la ropa contra su cuerpo, la cálida brisa sobre su rostro, el calor del sol, el canto de los pájaros… Y, además, estaba Mitch.

—De acuerdo —susurró ella.

Entonces, él volvió a acercarse a su lado, muy lentamente. Deseó recordar más sobre los sentimientos que se experimentaban a los diecisiete años. Recordó la ira y el deseo, recordó querer que la triste Katie sonriera, pero no saber ni cómo empezar para conseguirlo.

Recordó también que, a los diecisiete años, nunca había llamado «hacer el amor» a lo que hacía. Sin embargo, aquel día, haría el amor con Kate, del modo en que había deseado hacerlo tantos años atrás.

Se acercó a ella y le acarició suavemente los brazos. Durante un largo momento, lo miró a los ojos, tratando de ver en ellos rechazo o pasión. Kate levantó ligeramente la barbilla, pero Mitch no estaba dispuesto a besarla todavía. Una de las cosas más exasperantes y más emocionantes de ser adolescente tenía que haber sido la espera. El sí, el no, el tal vez…

Con los ojos, Kate le decía que sí, pero Mitch quería hacerles esperar a los dos un poco más. Frotó su mejilla contra la de ella. Por puro instinto, Kate giró la cara, buscando lo que deseaba hacer, pero él le besó la mejilla, en vez de la boca. Luego, fue besándole las mejillas, la barbilla, la nariz… sin sucumbir a la tentación de la boca. Ella se quedó perfectamente quieta, después de comprender lo que él deseaba. Sin embargo, empezó a mover las manos por encima del torso y del vientre de Mitch, algo que lo volvió loco. Finalmente, incapaz de contenerse más, Mitch empezó a besarla suavemente, como si nunca la hubieran besado y él tuviera que enseñarle cómo hacerlo.

El agua les lamía los hombros mientras Mitch rozaba sus labios contra los de ella. Muy pronto, Kate estuvo bajo el poder su boca. Ella agarró sus brazos. Antes de entregarle la lengua, él le tomó la cara entre las manos.

Entonces, lenta, muy lentamente, la besó, saboreando la dulzura de sus labios. La besó hasta que él mismo necesitó parar o cambiar a otro tipo de tortura. Luego, volvió a besarla. Cuando acabó por fin, estaba terriblemente excitado. Kate estaba temblando.

—¿Te encuentras bien? —susurró él.

—Mmm.

—¿Tienes frío?

—¿Estás bromeando?

Con aquellas palabras, Mitch comprendió que Kate estaba donde él había querido llevarla. Era el momento de ir a la cabaña.

—Ven conmigo —dijo él, rodeándola con el brazo para llevarla a la orilla.

Capítulo 10

Mientras Mitch desenrollaba dos sacos de dormir, Kate se quedó en la puerta, ya que estaba chorreando. Él ya había abierto las ventanas de la cabaña para que entrara la brisa del lago. Cuando hubo terminado de preparar las cosas, extendió la mano para que ella entrara.

Sin dudarlo, Kate se perdió entre sus brazos. La anticipación de lo que iba a ocurrir entre ellos le produjo escalofríos.

Mitch sentía que llevaba esperándola toda su vida. Entonces, recordó que, efectivamente, así había sido. Tal dulcemente como pudo, empezó a desabrocharle los pantalones. Mientras le bajaba la cremallera, la miró tiernamente a los ojos. Después de los pantalones, vino el polo.

—Túmbate —dijo él. Ella, que todavía llevaba puestos las braguitas y el sujetador, hizo lo que él le había pedido.

Al mirarla, tumbada sobre los sacos de dormir, con el pelo mojado y sus hermosos ojos azules brillando de puro fuego, Mitch se dio cuenta de que le costaría mucho quitarse los vaqueros.

También se dio cuenta de que, si la hubiera visto de aquel modo cuando tenía diecisiete años, nadie habría podido apartarlo de ella. Nadie.

Entonces, se concentró de nuevo en los vaqueros. Tenía que pasar el duro tejido sobre su abultada erección. Cuando por fin lo consiguió y estuvo delante de ella, completamente desnudo, vio que Kate respiraba profundamente. Entonces, se tumbó a su lado y le puso la mano sobre el pecho, encima del corazón. Al sentir la velocidad a la que latía, su propio pulso se aceleró.

—¿Tienes miedo?

—No —respondió Kate, aunque él estaba seguro de que había mentido.

—El miedo no es nada malo. Le hace a uno ser mucho más sensible. Sabes que no te haré daño, ¿verdad? —añadió, acariciándole suavemente el vientre.

Kate asintió y extendió los brazos para aferrado contra sí, pero él la obligó a relajarse.

—Ahora no me ayudes. Quiero empezar yo solo.

Su boca. Quería seducirla de nuevo, como lo había hecho en el agua, besarla hasta que ninguno de los dos supiera dónde estaban ni cuánto tiempo llevaban allí.

Kate sabía que él iba a besarla y experimentó una agradable y placentera sensación en los pechos y en el vientre. La habían besado antes, dulce, apasionadamente, pero Mitch… Nadie la había besado

como Mitch. Su beso era profundo y juguetón al mismo tiempo, sensual y dominante. Aquel beso hacía que algo oculto dentro de ella temblara. En aquel momento, Kate no pudo evitar preguntarse lo que sentiría cuando él estuviera dentro de ella.

Mitch pareció presentir el deseo que ella tenía de ir más rápido porque le acarició el vientre y luego le desabrochó el sujetador. Cuando levantó la mano para acariciarle el pecho, dejó de besarla y la miró a los ojos.

—Quiero verte —susurró.

Kate recordó de repente cuando se había desnudado en El Cuervo mirando a los ojos de Mitch. En aquel momento, había experimentado excitación, pero había sido como si su cuerpo perteneciera a otra persona y ella fuera solo una marioneta. En aquel momento, estar desnuda le parecía más excitante. Deseaba que él la mirara, aunque no estaba segura de poder soportarlo.

Cuando Mitch sonrió, supo que él había adivinado lo que deseaba. Se incorporó sobre un codo y la acarició con la otra mano.

—Eres tan hermosa —susurró mientras le acariciaba el pezón derecho.

De repente, al sentir su mano sobre la suave piel de su cuerpo, la timidez se apoderó de Kate e intentó cubrirse.

—Déjame —insistió él.

Si las palabras podían ser un afrodisíaco, entonces aquella, pronunciada con deseo, fundió cualquier resistencia que ella hubiera podido ofrecer. De repente, volvió a desear que la tocara, que acelerara aquella exquisita tortura y se frotó contra él. Sin embargo, él volvió a colocarla contra el suelo.

—Estáte quieta y déjame hacer esto.

Entonces, Mitch bajó poco a poco la boca hasta el pezón. La húmeda calidez de su boca provocó sensaciones que nunca había experimentado antes. Gimió al sentir que él le lamía el pezón. Cuando hubo terminado con aquel, se concentró en el otro.

—Tienes unos pechos muy hermosos, Katie. Y les gusta que les toque.

Una vez más, ella trató de acercarse más a él, darle placer también, pero él volvió a colocarla sobre el suelo y luego se puso encima de ella, entre las piernas.

—Veamos qué más hay por aquí…

Al ver cómo ella se ruborizaba, recordó el miedo que había tenido de que Kate mostrara aquellos hermosos pechos en el bar y supo que la pelea que se había organizado había merecido la pena. Una vez más, se inclinó sobre ella y se los volvió a besar, chupándolos hasta que ella gimió. Luego, siguió bajando por el firme vientre, el ombligo… Estaba tan perdido en aquella exploración, que se olvidó

del pasado, del presente y de todo lo demás a excepción de la mujer que tenía debajo. Hasta que se golpeó el trasero con el frigorífico.

—Deslízate un poco hacia atrás…

Eso le puso cara a cara con la única tela que todavía cubría el cuerpo de Kate: las braguitas. Entonces, apretó la cara contra la tela y aspiró profundamente. Olía a perfume caro, a agua del lago y a sexo.

Kate se había quedado completamente quieta bajo él. La besó a través del fino tejido, inspirando más su aroma. Luego, le tocó el centro de la tela con la lengua. Ella gimió de placer y empezó a incorporarse, pero volvió a tumbarla mientras seguía mojándole la seda que cubría sus partes más íntimas. Estaba disfrutando mucho con aquello y tuvo que reconocer que, muchas veces, la gente se quitaba demasiado pronto la ropa. Dejar alguna prenda siempre ofrecía una oportunidad al erotismo.

Con un dedo, apartó el elástico de la braguita y recorrió con la lengua el lugar donde había estado, a lo largo del interior del muslo. Cuando hizo lo mismo con el otro lado, lo único que le quedó por lamer fue el centro de su feminidad. Kate estaba temblando, intentando que él se centrara en aquella parte, pero Mitch tenía una idea muy diferente. Volvió a besarla a través de las braguitas, haciendo que estas se mojaran con la lengua y con la excitación. Luego, colocó la boca sobre la parte más sensible y absorbió, introduciéndose en la boca tela y carne. Ella latió contra su lengua y Mitch continuó utilizando la lengua para provocar fricción. De repente, sintió las manos de Kate entre el pelo, empujándolo. Alcanzó el orgasmo con un profundo gemido. Solo entonces, fue cuando él le retiró las braguitas y le besó la piel, tocándola ligeramente con la lengua. Las piernas de Kate temblaron. Tras volver a ponerle su prenda interior, se tumbó a su lado.

Tenía los ojos cerrados y parecía estar más allá del cielo.

—¿Te encuentras bien?

Kate se sentía en un puro éxtasis. Nunca había sentido nada parecido. Abrió los ojos y sonrió, aunque su cuerpo estaba preso de las placenteras sensaciones que había experimentado.

—Ha sido increíble…

De repente, ella comprendió lo que habían perdido por no haber hecho aquello todos esos años antes. Comprendió que, en lo que se refería a Mitch McKee, la realidad había sido más increíble que la fantasía.

—Menos mal que no sabía que eras capaz de hacer eso cuando tenías diecisiete años.

—Creo que entonces yo tampoco sabía hacer demasiado —respondió él con una maravillosa sonrisa.

En aquel momento, Kate se dio cuenta de que podría enamorarse

de Mitch, no como lo había hecho en el instituto, sino de verdad.

—Sin embargo, se me ocurren unas cuantas cosas más que podemos hacer —añadió él, volviendo a tocarle el vientre.

—No, no. Ahora te toca a ti —dijo ella, incorporándose e indicándole que se tumbara.

Mitch dudó, pero hizo lo que ella le pedía. Cuando estuvo tumbado, Kate se quitó las braguitas. Luego, se tumbó encima, moviéndose sobre su cuerpo hasta que Mitch la agarró por el trasero para hacer que se estuviera quieta.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —preguntó ella.

—Cariño, hagas lo que hagas, me volverá loco, pero tenemos que hablar primero —añadió—. Siempre utilizo preservativos y soy donante de sangre, así que sé que no tengo nada que pueda contagiarte, pero… no he traído preservativos. Ya no los llevo en la cartera como solía hacer en el instituto.

—Confío en ti, Mitch. Tú tampoco tienes que preocuparte. Yo tampoco tengo ninguna enfermedad.

—¿Estás utilizando algún método anticonceptivo?

Kate se dispuso a decirle la verdad. No estaba tomando nada. ¿Por qué iba a hacerlo cuando no tenía ninguna relación estable? Al moverse, sintió su masculinidad debajo de ella y recordó lo que él la había hecho sentir hacía solo unos minutos. Quería volver a sentirlo, pero con Mitch dentro de ella. Volarían juntos.

—Yo…

—Si no estás utilizando nada, hay muchas otras cosas que podemos hacer.

—No, pero…

—Yo podría tener un orgasmo solo teniéndote así —susurró él, moviéndola suavemente y frotándola contra él.

—No —replicó ella, colocándose entre sus muslos como él había hecho antes. Entonces, empezó a acariciarle los muslos y luego lo tomó entre sus manos—. Estás tan caliente…

No estaba segura de que Mitch la hubiera oído. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Kate sintió cómo latía entre sus manos. Luego, se inclinó para besarlo y acariciarlo con la lengua. Le fascinaba la suavidad de su piel y el calor que irradiaba.

De repente, él se apartó de ella y se incorporó.

—Tienes que esperar un poco… —susurró él, con la respiración tan acelerada como si hubiera ido corriendo desde la ciudad.

Kate le dio un momento y luego lo obligó a tumbarse otra vez. Entonces, se sentó encima, apretando el sexo de Mitch íntimamente contra el suyo.

—¿Kate? —murmuró él, sin saber lo que ella iba a hacer.

Entonces, empezó a moverse, dejando que la fricción y la

lubricación natural que había entre ellos facilitaran el movimiento. Mitch suspiró y se relajó, dejando que ella lo controlara todo. Sin embargo, poco después empezó a ayudarla, tirando de ella y levantando sus caderas.

Cuando Kate empezó aquello, solo había querido darle el mismo placer que él le había dado a ella, pero sintió que su propio cuerpo se tensaba y se acaloraba. Estaba tan cerca… Necesitaba, deseaba que Mitch estuviera dentro de ella.

Pasara lo que pasara, tenía que tenerlo dentro. Con un rápido movimiento de caderas, consiguió su objetivo. Jadeó profundamente y tembló al sentir cómo él se abría paso, deslizándose en su interior. No recordaba nada que hubiera sido más perfecto.

Mitch trató de separarse de ella, pero Kate se agarró con firmeza. Enseguida, él se dejó llevar y empezó a moverse dentro. Ya no había tiempo para las caricias ni los besos. Los dos alcanzaros el clímax rápidamente, lanzando un grito de plenitud total. Kate se dejó caer sobre Mitch, cuyo cuerpo se agitaba por las sacudidas del placer.

—Dios Santo, Kate…

—Estoy de acuerdo…

—Vaya…

Mitch la estrechó entre sus brazos y ella sintió que el corazón se le expandía. Nunca había experimentado nada como lo que acababa de ocurrir entre ellos. Quería que él dijera lo mismo, pero no se lo pediría nunca. Prefería aferrarse a su fantasía de estar tumbada en brazos del hombre al que amaba. Del hombre que la amaba a ella. Aquella era la verdad que se suponía que el acto sexual debía reforzar.

De repente, él pareció volver a la realidad. Se giró de costado y rompió su contacto íntimo. Luego, se tumbó sobre ella.

—Ha sido increíble —susurró antes de besarle la nariz.

Luego, la besó más apasionadamente hasta que ella sintió como si le hubiera arrebatado todos los pensamientos de su mente.

—No volveremos a hacerlo más si utilizar preservativo. ¿De acuerdo?

Kate asintió. Aquellas palabras implicaban que él quería que volvieran a estar juntos. Nada podía estropear la felicidad que aquella promesa le daba.

—Voy a ir a un hotel esta tarde para la reunión del instituto. ¿Quieres compartir la habitación?

Mitch la miró tan sorprendido que ella no pudo evitar echarse a reír. En aquel momento, se sentía libre para ser lo que quisiera, para pedir lo que deseaba. Y deseaba a Mitch McKee.

—Maldita sea, Kate. Ni siquiera nos hemos vestido y ya estás planeando la próxima vez —dijo él, bromeando.

—Me ha gustado mucho —susurró ella, rodeándolo con una

pierna. Luego, se lamió los labios—. Y quiero más.

Mitch parecía haberse quedado sin habla. Se limitó a besarla como un hombre hambriento.

—Tendrás todo lo qué quieras, Kate —le prometió.

Capítulo 11

Dos horas después, Kate comprobó la temperatura de la ducha de Julie antes de meterse bajo el chorro de agua. Le parecía estar en el cielo. Cada centímetro de su piel estaba muy sensible, como si las caricias de Mitch y lo que habían compartido la hubieran despertado de un largo sueño. Kate sonrió al sentir cómo el agua le caía por la cara mientras pensaba que, tal vez, así era como se había sentido la *Bella Durmiente*. Entonces, se dio cuenta de que sus días de creer en príncipes habían pasado hacía mucho tiempo. Los había dejado atrás cuando su madre murió. Había tenido que crecer de la noche a la mañana. Era un poco tarde para esperar un final feliz.

Sin embargo, aquel día había sido una experiencia muy reveladora para ella. Había pensado que, después de la forma tan desastrosa en la que había comenzado, nada podría devolverle el optimismo. Sin embargo, todo eso había sido antes de estar con Mitch McKee.

Ni siquiera se había amilanado cuando había tenido que volver a enfrentarse con su padre. Kate se puso un poco de champú en la mano y se lo aplicó al pelo. Cuando Mitch la había llevado de vuelta al club de campo para que pudiera recoger su coche, todavía tenía el pelo mojado. Además, llevaba la ropa completamente arrugada. La sorpresa había sido que, en el aparcamiento, se habían encontrado con su padre y con Jeremy Radsworth, el pretendiente que había escogido para ella.

De repente, se dio cuenta de que su padre no solo planeaba casarla, sino que también era la manera perfecta de sacarla de su vida. Sería muy difícil que pudiera entrometerse con su nueva familia si tenía que mudarse a Inglaterra.

Por eso, se había alegrado mucho de que su padre la hubiera sorprendido con Mitch. Esperaba que resultara completamente evidente lo que habían estado haciendo, pero no estaba muy convencida. Mitch se había despedido de ella fríamente, a pesar de que Kate le había dado un beso en los labios. El seguía intentando salvar su reputación.

Después de todo lo que había pasado, ella sentía que era demasiado tarde e incluso le preocupaba mucho menos que antes lo que la gente pensara de ella. Ni siquiera las maquinaciones de su padre tenían el mismo efecto que el día anterior.

De algún modo, Mitch lo había cambiado todo. Recordar cómo sus manos le habían dado tanto placer, verlo en sus recuerdos… Kate se deslizó las manos, untadas de jabón, sobre los pechos, dejando que sus pezones se endurecieran. Quería más…

Después de haber llamado tres veces a la puerta del cuarto de baño, la voz de Julie se oyó con fuerza desde el otro lado de la puerta.

—¿Vas a acabar pronto? Me prometiste que me lo contarías todo hoy.

Todos sus pensamientos eróticos se desvanecieron. Ya tendría tiempo para más cuando Mitch fuera a su hotel, tal y como había prometido. Su boca se curvó en una dulce sonrisa. Julie no iba a creer lo que había hecho.

—Saldré dentro de unos minutos. No te preocupes, serás la primera en saberlo todo.

—Lo primero es lo primero —dijo Kate, cuando, tras secarse el pelo, se sentó sobre el sofá de Julie, lista para contárselo todo.

Durante los siguientes quince minutos, le explicó a Julie todo lo que había pasado durante el golf, el intento de su padre por emparejada con Jeremy y el detestable comportamiento del alcalde. Cuando le explicó que lo había golpeado con una pelota de golf, Julie se quedó horrorizada, pero luego rompió a reír.

—¡Dios mío! ¿No me digas?

—Sí. No quería hacerlo, pero se lo merecía. Según me han dicho, tiene los dos ojos morados.

Julie siguió riendo tanto, que Kate tuvo que levantarse para ir a por un pañuelo.

—¡Calla, calla! No me cuentes nada más o acabaré dando a luz aquí mismo. ¿Y qué dijo tu padre?

—No mucho, aunque sí le dijo al policía que yo había estado teniendo algunos problemas con mi *swing*.

—Algunos problemas, ¿eh?

—Al menos no lo golpeé con el palo de golf. Eso me habría llevado a la cárcel.

—Pensaba que eso era lo que querías.

—Sí me hubieran llevado a la cárcel, no habría podido pasar la tarde con Mitch.

—¿Cómo dices?

—Sí. Desnudos —añadió.

—¡Esto es mucho mejor que lo de antes! ¡Cuéntamelo todo!

—No todo —protestó Kate.

—Todo —insistió Julie—. Ya sabes que he oído muchos rumores sobre Mitch McKee y quiero saber la verdad.

—Eres una mujer casada…

—Casada y embarazada, pero eso no significa que esté muerta. Además, ¿cómo te crees que me puse así? Venga, cuéntamelo todo. Me lo prometiste.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Bueno, ¿tiene…? Ya sabes.

—¿Que si tiene qué?

—¿Está… bien dotado?

—Julie! No me puedo creer que me estés preguntando cómo la tiene el amigo de tu marido. ¿Qué diría Cal?

—Cal no está aquí en estos momentos y te lo estoy preguntando a ti. He oído muchas cosas sobre Mitch y esta es la primera oportunidad que tengo para descubrir la verdad.

—Bueno, como informadora que tiene poca experiencia en ese campo, yo diría que sí, está bien dotado.

—¿Estás contenta? De la tarde que habéis pasado juntos —insistió Julie, sin estar del todo satisfecha.

—Ha sido la tarde más increíble de toda mi vida.

Mitch sabía cuándo tirar la toalla. Desde que se había presentado en aquel Mercedes, Kate se había adueñado prácticamente de su vida, por mucho que él hubiera tratado de evitarlo. Cuando ella le había pedido que fuera a la habitación de su hotel, él ni siquiera había presentado batalla.

Era una causa perdida. Su única esperanza era que Kate no se diera cuenta todavía. Sin hacer ningún esfuerzo, se le había metido dentro, en la sangre… y en el corazón. En lo que se refería a Kate, libraba una batalla perdida.

Iría a su habitación, esperaría en su coche… lo que fuera con tal de pasar tiempo con ella, especialmente si podían estar solos. Ya no le importaba su reputación de tipo duro. Nunca había tenido aquellos sentimientos por otra persona. Quería protegerla, aceptar todo lo que ella pudiera darle mientras estuviera allí para hacerlo.

Mitch sabía que Kate se marcharía, que volvería a San Francisco, a su trabajo, a sus amigos… Y él tendría que enfrentarse al vacío que ella dejaría en su vida.

Lo había besado delante de su padre. Eso solo indicaba que seguía con sus planes para hacerse notar delante de su padre. Efectivamente, lo había conseguido, pero a él no le importaba lo que pensara su padre. Lo único que quería era que Kate lo hubiera besado porque sintiera algo por él, no por escandalizar a su padre.

De todos modos, había sabido lo que ella significaba desde la primera noche que había llegado a la ciudad. Solo significaba problemas, pero ya estaba metido en aquel asunto hasta el cuello y pensaba disfrutar lo que pudiera. Por eso, pasaría aquella noche con ella y le haría el amor hasta que a Kate no le resultara posible olvidarlo, fuera dónde fuera o estuviera con quien estuviera en el futuro.

La pancarta decía:

Bienvenidos los Graduados del Instituto Shelby. Chapel. Tennessee.

—Bueno, sumerjámonos en el abismo —dijo Kate, tomando por la cintura a Julie.

Su amiga se echó a reír y le devolvió el abrazo. Juntas, se acercaron a la mesa de bienvenida.

—Estoy segura de que no será para tanto.

Una hora más tarde, Kate decidió que, efectivamente, no era para tanto, aunque tampoco era demasiado divertido.

El grupo parecía perfectamente civilizado, hasta que se escuchaban las conversaciones de los pequeños grupitos que se habían formado. Sin maridos, esposas o parejas presentes, los mismos amigos que habían compartido sus ratos años atrás, volvían a gravitar los unos a los otros. Todo el mundo parecía sorprenderse mucho por lo que habían conseguido sus compañeros o, en algunos casos, se molestaban.

Kate decidió que quedarse con sus amigos no era una mala idea y, dado que su única amiga había sido Julie, las dos fueron charlando con los antiguos compañeros. Casi se había relajado cuando se encontraron con un grupo de cuatro chicas, que habían estado criticando a todos los demás.

—¡Vaya, Julie, Dios mío! ¿Cuándo va a nacer ese niño? Parece que te vas a poner de parto en cualquier momento —le dijo una de ellas.

Kate miró la pegatina que la mujer llevaba con su nombre, intentando recordar quién era. Karen Whitlow. Sí recordaba a una de las mujeres que había con ella, lo que le hizo suponer que aquél encuentro solo podía empeorar.

—¿Cuántos hijos tienes ya? —preguntó Lindsey Dickerson, que siempre había sido una de las alumnas más populares del instituto, aunque nunca se había llevado demasiado bien con Kate.

—Es el primero —respondió Julie.

—Y mírate tú, Katie —dijo Lindsey, volviéndose hacía ella como si la vida de Julie no fuera lo suficientemente interesante—. ¡Dios mío! Sí que has cambiado desde que te mudaste a California. He oído que allí hay muy buenos médicos. Tal vez podrías recomendarme alguno.

Kate, a propósito, se había puesto un sencillo vestido negro, ya que no había querido atraer la atención de nadie. Ya tendría la suficiente más tarde, cuando Mitch descubriera lo que llevaba, o mejor dicho, lo que no llevaba, bajo aquel vestido.

—Estoy segura de que hay buenos médicos en todas partes,

Lindsey. Por ejemplo, el que tiene Julie es excelente.

—He oído que no tienes marido ni hijos —insistió Lindsey—. Ese trabajo tuyo debe de ser maravilloso. ¿Sabes una cosa? —añadió, inclinándose sobre ella como si quisiera compartir un secreto—. Mi marido me ha pedido que te pregunte cuánto ganas en ese trabajo tuyo.

Kate agarró con fuerza la copa de vino que tenía en la mano. La chica rebelde que había en ella sentía la necesidad de tirarle el líquido a la cara. Sin embargo, al ver la preocupación que había en el rostro de Julie, consiguió recobrar la compostura y sonreír. Tal y como había hecho la otra, se inclinó sobre ella, pero habló lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyera.

—Bueno, pues dile a tu marido que me encantaría hablar de nuestros sueldos con él. Del suyo y del mío. Dile que me deje un mensaje en el contestador.

—Oh, mira, ahí está Ronnie Williams. Hace siglos que no lo veo —dijo Julie, agarrando a Kate para evitar más enfrentamientos—. Adiós.

Kate intentó no reír, pero al ver el enojado rostro con el que la miraba Lindsey no lo pudo evitar. No podía esperar para contárselo a Mitch.

Del brazo, las dos amigas fueron a hablar con Ronnie. Kate no paró de reír hasta que, por encima de la cabeza de Julie, vio a Mitch.

Estaba en la entrada a la sala, aunque no llevaba una etiqueta con su nombre, como todos los demás. No hizo ademán de entrar en la habitación, a pesar de que la había visto. El corazón de Kate empezó a latir a toda velocidad, como siempre le pasaba cuando Mitch estaba cerca.

Aquella noche, no llevaba sus habituales vaqueros. Iba vestido con unos chinos de color azul marino y una camisa de manga larga. A pesar de que no llevaba chaqueta, estaba muy elegante.

Pensar que Mitch McKee, que ni siquiera llevaba, uniforme para desempeñar su trabajo, se hubiera cambiado su habitual atuendo por ella, hizo que el corazón le latiera más rápidamente de lo habitual. Eso e imaginar lo que iba a ocurrir en su habitación más tarde.

—Veo que te distraes muy fácilmente —dijo Julie.

—¿Cómo?

—No te preocupes. Ya viene hacia acá.

Mitch atravesó aquella habitación con la decisión de no meterle prisa, aunque solo podía pensar en tener a Kate para él solo sobre una enorme cama. Casi le había vuelto loco pasar aquellas horas sin ella.

A pesar de que conocía a algunas personas, no entabló conversación con nadie. Cuando llegó donde estaba Kate, se limitó a ponerle una mano en la espalda.

—Mitch, conoces a Ronnie, ¿verdad?

—Claro —dijo él, extendiendo la mano.

—Mitch —respondió Ronnie.

—¿Cómo van las cosas por el periódico? —preguntó Mitch.

—Bien —contestó Ronnie—, supongo que ya sabes que estamos construyendo un nuevo anexo en el ala oeste. Supongo que no podrás hablar en mi favor en el ayuntamiento por los permisos, ¿verdad?

—No me mires a mí —comentó Mitch, sonriendo—. Yo me dedico a hacer que la ley se cumpla, no a encontrar modos para no cumplir las reglas.

Entonces, Kate entrelazó los dedos con los de la otra mano de Mitch. Él le apretó la mano suavemente y se dio cuenta de que le estaban temblando.

—Bueno, supongo que vosotros os tenéis que ir —dijo Julie, como si les hubiera leído el pensamiento.

Mitch le dio las gracias con la mirada, pero Kate no parecía estar tan segura.

—No puedo dejarte aquí sola.

—Ronnie me cuidará, ¿verdad? —afirmó Julie.

—Claro que lo haré. Oye, ¿tiene Cal todavía ese viejo barco? Le dije que se lo compraría si decidía venderlo.

—Un momento, Ronnie —dijo Kate, para que él le prestara atención—. No dejes que esas brujas se metan con ella. Por cierto, Julie, Cal va a venirte a buscar, ¿verdad?

—Sí, gracias mamá. Que os divirtáis. Yo estaré bien.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Mitch, cuando estaban a punto de salir de la sala.

—Ya te lo contaré más tarde. Ha sido uno de los mejores momentos de esta reunión. Tal vez el único.

Estaban casi en la puerta, cuando él oyó que una mujer lo llamaba por su nombre.

—¿Eres Mitch McKee?

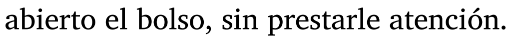
No se hubiera parado, pero ya había dudado lo suficiente como para que resultara evidente que lo había oído. Entonces, se dio la vuelta, sintiendo que Kate le apretaba la mano con más fuerza que antes.

—Seguro que te acuerdas de mí —añadió la mujer—. Soy Lindsey Dickerson.

—Oh —musitó Mitch, sin poder recordarla a pesar de que el nombre le resultaba familiar—. Hola, me alegro de verte, pero ya nos íbamos.

—¿No os iréis a marchar tan pronto?

Mitch trató de encontrar algo educado que decir, dado que no sabía si aquella mujer era amiga de Kate. Sin embargo, ella había


abierto el bolso, sin prestarle atención.

—De verdad que…

—… nos tenemos que marchar —concluyó Kate, mostrando la llave de su habitación—. Vamos a subir a mi habitación, a fornicar como locos.

Mitch vio cómo la mujer se quedaba boquiabierta. Después, se fue detrás de Kate, que había seguido andando con un contoneo muy sugerente.

—No estás bebida, ¿verdad?

—No. La chica rebelde que llevo dentro de mí se ha hartado de ciertas cosas.

—No se habrá hartado de mí, ¿verdad? —susurró él, colocando la boca muy cerca de la de ella.

—Claro que no —murmuró ella, acariciándole el pecho mientras se lamía los labios—. Si casi no te he probado. Tengo la intención de tomarme ocho platos.

—¿Ocho? —preguntó él.

—Bueno, podemos repetir unos pocos, ¿no te parece? —respondió ella, contra sus labios.

Capítulo 12

Llegaron a la habitación en un tiempo récord. A Mitch le parecía que era todo un milagro que tuvieran todavía la ropa puesta al llegar allí. Sin embargo, en cuanto cerraron la puerta, todo se serenó. Tenían toda la noche.

Kate pareció recuperar su antigua timidez. Se puso a enredar con las luces y le dijo que se sentara. Era casi como si fueran unos desconocidos el uno con el otro, como si las tórridas horas que habían pasado aquel mismo día hubieran sido un sueño.

—¿Es esta la misma mujer que casi me ha hecho el amor en el ascensor?

—Este viaje ha sido una locura. No me puedo creer que haya anunciado que tú y yo íbamos a fornicar como locos.

—Pues a mí me ha parecido una buena respuesta, aunque, después de lo que llevas haciendo toda la semana, no debería animarte.

—Es como si hubiera descubierto una nueva faceta que hubiera estado latente. Ser rebelde resulta muy divertido, pero también da un poco de miedo.

Mitch pensó en la noche de El Cuervo y le apeteció decirle que no volviera a ser rebelde nunca más, pero, por otro lado, había estado tan hermosa, tan llena de fuego… Casi se había admitido que aquella parte tan salvaje le había vuelto loco, pero no podía decírselo si esperaba tener un efecto estabilizador en la situación. Por eso, se dejó llevar por la lógica.

—Creo que encontrar rebeldía dentro de uno es importante, ya que te capacita para correr riesgos y comprobar hasta dónde llegan los límites. Sin embargo, como en todo, se tiene que saber cómo aminorar la velocidad, cómo disfrutar sin perder el control. Tal vez deberías alistarte en los Marines. Fue allí donde logré domar mi rebeldía.

—Ja, ja, ja. —dijo ella, para dejarle claro que no le había hecho mucha gracia su sentido del humor—. Yo no estaba fuera de control. La única razón por la que le dije lo de fornicar a Lindsey fue porque ella se había puesto a criticar a Julie antes. Quería decir algo impactante. Prefiero que me critiquen a mí antes que a Julie.

—¿Significa eso que no vamos a fornicar como locos?

—¿Quieres? —preguntó ella, inclinándose sobre Mitch con una sensual sonrisa.

—Sí.

Kate lo obligó a sentarse en la cama y le hizo apoyar la espalda sobre las almohadas. Luego, le quitó los zapatos y los calcetines. A continuación, apagó las luces y puso un poco de música de blues.

Antes de que Mitch pudiera reaccionar, se puso a bailar.

La música tuvo un efecto diferente en Kate aquella vez. Su parte rebelde quería desnudarse para él. La otra Kate quería experimentar el placer de mirarlo a los ojos y ver la pasión que estaba despertando en él. Quería terminar lo que había empezado en El Cuervo, solo que aquella vez para él únicamente.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la música, como le había aconsejado el DJ. Aquella vez, se movía más fácilmente ya que su cuerpo estaba preparado para lo que iba a ocurrir. Se acarició el sencillo vestido negro que se había puesto para la fiesta y sintió la piel desnuda, una piel que las cálidas manos de Mitch acariciarían muy pronto.

Al pasarse las manos por los pechos, abrió los ojos. Mitch parecía completamente relajado, a excepción de lo rápidamente que le subía y bajaba el pecho. Casi podía escuchar sus pensamientos, como había oído los gritos de los hombres en El Cuervo.

Kate haría lo que aquellos hombres le habían pedido solo para Mitch. Con su actitud, él parecía dejarle bien claro que aceptaría todo lo que ella fuera a ofrecerle. Entonces, arqueó la espalda y se desabrochó la cremallera. Con un rápido movimiento, se dio la vuelta y, de espaldas, dejó que el vestido le resbalara por los hombros. No se oía nada, pero sabía que él estaba observando. Con una seductora sonrisa, se volvió y dejó que el vestido le cayera hasta las caderas.

Tal vez incapaz de aguantarlo por más tiempo, o simplemente queriendo participar, Mitch se desabrochó la camisa lentamente. Kate observó mientras se la quitaba y la lanzaba sobre una silla.

Decidió que había algo muy diferente en lo de desnudarse para un hombre medio desvestido, algo que era mucho más excitante cuando el hombre era Mitch. Ella siguió bailando, dejándole que mirara el sujetador. Entonces, dejó que, por fin el vestido cayera al suelo.

Mitch se quedó estupefacto Kate siguió sonriendo mientras se acariciaba las caderas con las manos y luego las utilizaba para tapar pudorosamente lo que tanto había querido mostrarle. Se había puesto un liguero con medias pero sin braguitas.

Él estiró una mano para tocarle la cadera, pero Kate se alejó de él, bailando. Si la anticipación lo era todo, aquella noche pensaba darle a Mitch el tratamiento completo. Después de todo, él lo había hecho con ella en el lago.

Sin dejar de bailar, Kate se quitó los zapatos. Habría empezado a quitarse las medias si él no se hubiera puesto de pie. Tras sacarse un preservativo del pantalón, lo dejó encima de la mesilla. Entonces, sin dejar de mirarla, se quitó los pantalones y los calzoncillos.

De repente, la bailarina aficionada de *Strip-tease* tuvo que

admitir el desconcertante hecho de que su público llevaba menos ropa que ella. Antes de que pudiera hacer nada, Mitch la tomó en brazos.

—¡Oye! —protestó ella—. Todavía no había acabado.

—¿Qué te parece si hacemos el resto juntos? —sugirió él, tras darle un beso en los labios.

—¿Es que no te ha gustado? —preguntó ella, empezándose a sentir una completa idiota por haber pensado que podía ser tan salvaje.

—Cielo, me estabas matando. Por esto tuve que tocarte.

—Pues a mí me parece que estás muy vivo —replicó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Aquella vez, Mitch no se anduvo por las ramas. Con diligentes dedos, le quitó la lencería que todavía llevaba puesta. Enseguida, estuvieron juntos, piel contra piel, boca contra boca. Entonces, él la besó como un hombre que quisiera atesorar el recuerdo de todos los besos que habían compartido, dejando su impronta para que nadie más tuviera la oportunidad de superarle.

Kate le devolvió los besos, ofreciéndole alternativamente labios y lengua. Entonces, él se acercó un poco más y le lamió el cuello. A continuación, el objetivo fueron los senos y, a los pocos momentos, la pasión de la lengua y la suave succión de los labios la tenían encendida.

Con los dientes, le mordisqueó suavemente el pezón, mientras ella gemía de placer y le clavaba las uñas en la espalda, demostrándole así lo excitaba que estaba. Mitch tampoco podía esperar mucho más.

Cuando había dicho que lo estaba matando, no lo había dicho en broma. En aquel momento, estaba en un punto que no había alcanzado nunca antes. Dejó caer sus defensas y permitió que Kate se adueñara de él. El desnudo a ritmo de blues lo había alterado, pero la confianza que ella había demostrado en él lo había debilitado con otra clase de anhelo, otra parte que no se podía satisfacer físicamente.

Mitch miró lentamente a los ojos de Kate. La seductora expresión que tenía en la mirada hizo que aquel anhelo fuera más fuerte. Suavemente, le besó los labios y le acarició el vientre.

—¿Estás lista? —susurró, poniéndole la mano sobre su sexo.

En vez de responder con palabras, Kate arqueó las caderas y separó los muslos. El gemido que ella emitió cuando le introdujo un dedo hizo que su erección se hiciera más fuerte. Tras retirar el dedo, agarró el preservativo.

De repente, sin saber por qué, pensó en Kate como Julie, esperando un hijo suyo. Aquel pensamiento le hizo dejar el preservativo. Resultaba extraño que nunca hubiera tenido aquellos pensamientos antes de conocer a Kate.

Ella hizo un sonido de impaciencia. Mitch apartó cualquier pensamiento que pudiera apagar la urgencia de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Por fin, se puso el preservativo y la penetró.

Kate gritó, no de dolor sino de pura necesidad. Llevaba horas pensando en aquella noche y en el plan para seducir a Mitch, por lo que había alcanzado un nivel de necesidad que se había hecho casi insoportable.

Mitch le atrapó las manos por encima de la cabeza. Él se movía sobre ella, con un ritmo lento y ardiente, pero Kate quería más. Quería soltarse las manos, animarlo a que fuera más rápido, pero él la mantuvo inmóvil.

—Mitch… —suplicó, aunque sin éxito.

Entonces, casi en un estado de irracionalidad, Kate hizo lo único que podía hacer. Levantó las piernas y se las enganchó alrededor de las caderas. Con un gemido de derrota, Mitch se hundió completamente en ella y empezó a moverse más fuerte y más rápido. Cuando Kate sintió que llegaba al clímax, sonrió.

Después de algunos minutos, el apetito sexual dio paso a la relajación, dejando a Kate flotando, sintiendo su cuerpo saciado. Inmovilizada por el peso de Mitch, se sintió más feliz y relajada de lo que había estado nunca.

—Ha sido increíble —susurró ella, cuando Mitch se levantó un poco para aliviar su peso…

—Se supone que eso es lo que tengo que decir yo —bromeó él, besándole la nariz y poniéndose de costado—. ¿Qué te parece si digo que… ha sido mejor que atrapar a Abuelo Róbalo dos veces en un día?

—Estupendo, pero ¡no pienso consentir que me compares con un pez!

—No es un pez cualquiera. Es nada menos que el pez más grande, astuto y viejo del lago.

—Creo que es mejor que pares antes de que lo estropees todo —bromeó ella.

—Tienes razón. ¿Quieres que te diga la verdad? Creo que esta noche ha sido la mejor de mi vida. ¿Qué te parece eso?

La fingida indignación de Kate desapareció enseguida. Se concentró en el sonido de la voz de Mitch y en aquellas exactas palabras, ya que quería recordar aquella noche durante el resto de su vida. Nunca habría creído que Mitch McKee pensaría de ella otra cosa que no fuera lo que representaba la pequeña Katie Sutherland.

—¿De verdad? ¿Qué parte te gustó más? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Creo que la parte que más me gustó fue verte desnudarte —dijo él, apoyándole la cabeza sobre el hombro—, pero no por las razones que tú crees.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso?

—Quiero decir que no fue tanto el hecho de que te desnudaras como el hecho de que lo estuvieras haciendo. No es que no seas una mujer muy hermosa —añadió, sin poder encontrar las palabras correctas—. El desnudo fue excitante porque tú querías agradarme. Solo a mí. Y la parte más importante fue que confiaste en mí. Nadie se quita la ropa delante de otra persona a menos que haya cierto nivel de confianza. Aunque estar dentro de ti es lo más cerca del cielo que nunca podré llegar a estar.

Kate sentía lo mismo sobre tener a Mitch dentro. Por primera vez, la parte lógica de su cerebro dio un salto hacia delante en el tiempo. Pensó en el momento en que se marcharía de Chapel dos días más tarde, dejando allí a Mitch. Aquella dosis de realidad consiguió que se le hiciera un nudo en la garganta. Aunque su vida hubiera dependido de ello, no habría podido hablar.

—En el instituto, solía mirarte. Siempre que entraba en la biblioteca o en la cafetería, casi siempre sentía tus hambrientos ojos sobre mí. Solía mirar a mi alrededor hasta que te encontraba. Siempre parecías un conejo asustado —dijo él con una sonrisa—. Entonces, podía mirarte todo lo que quería porque metías enseguida la nariz en un libro. Tú fuiste el objeto de más de una de mis fantasías cuando me masturbaba.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó ella, encontrando la voz. Recordaba que, en aquellos años, habría dado cualquier cosa por ser suya.

—Por tu padre y por quién yo era. Porque tu madre había muerto y porque la mía no hacía más que intentar que no me metieran en la cárcel. Por todo eso. Tal vez también estaba algo asustado de ti, pero no se lo digas a nadie.

Sin avisar, Kate se giró hasta que estuvo tumbada encima de él, abrazada a su pecho.

—¿Miedo de mí? ¿Por qué tenías miedo de mí?

—Bueno, si te hubieras acercado a mí de esta manera —respondió él, con una sonrisa—, no habría tenido tiempo de pensármelo.

—Te lo digo en serio. ¿Por qué tenías miedo? —insistió ella.

—Siempre eras muy lista, Kate. Y tú tenías oportunidades. No habrías tardado mucho en destacar sobre alguien como yo. Entonces, te marchaste de mi vida.

Aquello no era muy distinto de lo que tenía la intención de hacer aquella vez. Antes de que hubiera podido pensar sobre aquel concepto, el teléfono empezó a sonar. Sin cambiar de posición, agarró el auricular.

—¿Sí?

—¿Eres Kate? —preguntó una voz masculina.

—Sí, ¿quién es?

—Soy John Dealey, el alcalde.

—Me alegro de que haya llamado. Quería decirle lo mucho que siento… ¿Alcalde? —preguntó, al darse cuenta de lo raro que era de que él estuviera llamando tan tarde—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me llama aquí? ¿Es que le ha ocurrido algo a mi padre?

—No, no, tranquilízate. No le ha pasado nada a tu padre. Todavía.

—¿Qué quiere decir con eso de «todavía»?

Al oír aquello, Mitch se incorporó y se colocó a su lado.

—Ya sabes que te dije que sería conveniente que tú y yo nos viéramos, pero entonces ocurrió ese desgraciado accidente en el campo de golf. Creo que ahora me debes algún tipo de recompensa.

—Alcalde, ¿ha estado bebiendo? —preguntó ella, sin poderse creer lo que acababa de oír—. Son las once de la noche, un poco tarde para este tipo de bromas.

—No estoy bromeando. O haces tiempo para pasarlo conmigo a solas o le contaré a tu padre todo sobre tu gran noche como bailarina de *Strip-tease*. Si yo fuera tu padre, me sentiría muy herido de que mi hija hubiera caído tan bajo.

—Usted no es mi padre —le espetó Kate—, aunque estoy segura de que tiene la misma edad que él. Dígale lo que quiera y déjeme tranquila.

Entonces, colgó el teléfono. Después, tras pensarlo un momento, lo volvió a agarrar y llamó a recepción para pedirles que no le pasaran ninguna llamada hasta la mañana siguiente.

Poco después de medianoche, Mitch y Kate se despertaron porque alguien llamaba insistentemente a la puerta. Tras hacerle una seña a Kate para que se estuviera quieta, Mitch se puso los pantalones y fue a mirar por la mirilla. Para su sorpresa, vio que era el alcalde Dealey, con dos ojos morados, el que esperaba al otro lado de la puerta.

Kate le había explicado la llamada de teléfono que había recibido la noche anterior, pero nunca habrían pensado que el alcalde fuera a acosarla.

Mitch se rió por dentro pensando que se llevaría una buena sorpresa cuando abriera la puerta. Tras retirar la cadena, giró el pomo y abrió la puerta de par en par.

—Buenas noches, alcalde —dijo Mitch. Luego, contempló al hombre mientras este lo observaba desde los pies, completamente descalzos, pasando por el pecho, también al descubierto, hasta el alborotado pelo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Kate? —preguntó el alcalde.

—Ahora está dormida. ¿Quiere dejarle algún mensaje? —preguntó Mitch. El alcalde asintió—. Bien, pues puede dejarlo en recepción. Por cierto —añadió Mitch, antes de cerrar la puerta—, ¿sabe su esposa dónde está usted?

Entonces, sin esperar respuesta, cerró de un portazo.

Capítulo 13

Tomaron el desayuno en la casa de los Blake. Tanto Julie como Cal parecían estar encantados por el hecho de que Kate y Mitch hubieran pasado la noche juntos, aunque no lo dijeron abiertamente.

—Pareces estar más contento de lo que deberías —le dijo Cal a Mitch mientras Kate y él se sentaban a la mesa del comedor.

Al oír aquellas palabras, la mente de Mitch reprodujo una repetición a todo color de cuando había penetrado a Kate la noche anterior. Sentía que encajaban tan bien juntos…

—Tienes mejor aspecto que el alcalde —replicó Mitch, sin pararse a pensar en lo que Cal realmente había querido decir.

—Sí, bueno, mi ojo morado fue por una buena causa.

—No creo que la expresión «por una buena causa» pueda asociarse con nuestro ilustre líder —dijo Mitch mientras Julie le servía un poco de café—. El alcalde se presentó en la habitación de Kate anoche, con más aires de los que yo pude soportar.

—¿Cómo? —exclamó Julie, sentándose rápidamente para escuchar toda la historia.

—Parece creer que puede asustarla para que juegue un poco con él.

—Pues ya lo ha golpeado con una pelota de golf. Debería dejarla en paz después de lo que ha pasado —afirmó Julie.

—Está hablando de sexo, cariño —le explicó su marido.

—¡Ahhh!

—¿Cómo trató de asustarla? —quiso saber Cal—. ¿Intentó hacerle daño?

—No —respondió Mitch—. Si lo hubiera hecho, me habríais tenido que sacar de la cárcel. Digamos que, cuando vino a su habitación, se sorprendió mucho de verme.

—Amenazó con contarle a mi padre mi *Strip-tease* en El Cuervo —intervino Kate.

—Pero yo pensé que querías que tu padre lo supiera —dijo Julie, confusa.

—Supongo que sí, pero ya no lo sé —suspiró Kate—. En este momento, no me importa ni una cosa ni otra.

—Ven a ayudarme a preparar el desayuno —sugirió Julie, levantándose de la silla.

Mitch notaba una conspiración femenina en cuanto la veía, pero decidió mantenerse al margen, aunque consideró mencionar que los problemas que tenían con el alcalde se debían precisamente a aquel plan. Contempló cómo Kate y Julie desaparecían en la cocina y luego se encogió de hombros.

—¿Quieres venir al lago y ayudarme con ese viejo bote? —preguntó Cal.

En cuanto Julie cerró la puerta, Kate se vio acorralada por su amiga.

—Esto es tan emocionante —dijo Julie mientras abrazaba a Kate—. Sabía que Mitch y tú empezaríais una relación si os parabais a conoceros bien el uno al otro.

—No estoy segura de qué decir, pero en cuanto a lo de Mitch y yo… —susurró ella, recordando cómo habían hecho el amor después de que el alcalde se hubiera marchado—… supongo que podríamos decir eso.

—Tiene una mirada en el rostro…

—¿Qué mirada?

—¿Quieres sacar el beicon? —le pidió a Kate, mientras ella sacaba los huevos y la leche—. Pues ya sabes, la mirada. Un hombre mira de ese modo cuando ha ganado un campeonato de pesca o… cuando está enamorado.

—¿Enamorado? —preguntó Kate, que se estaba sirviendo una taza de café después de sacar el beicon.

—Eso es lo que he dicho. Y antes de que me digas que no es cierto, déjame preguntarte tres cosas. Primera, ¿te va a llevar al baile de la reunión de alumnos esta noche?

—Sí, dijo que iba a hacerlo por si el alcalde se presentaba.

—Los hombres odian este tipo de cosas al menos que tengan una razón para asistir —afirmó Julie, echando el beicon en la sartén—. Esa razón suele ser una mujer.

—Tal vez solo quiera ser amable conmigo…

—Número dos. ¿Te ha mencionado cinco cosas que tenga que hacer hoy aparte de estar contigo?

—Bueno, no. Sabía que íbamos a venir aquí a desayunar, porque tú llamaste para despertarnos…

—De acuerdo. Pues ahí va la última y más importante. ¿Te ha preguntado a qué hora es tu vuelo mañana?

—No. ¿Lo ves? Si se hubiera enamorado de mí, se ofrecería a llevarme al aeropuerto.

—No, Kate. No te ha preguntado por tu vuelo porque no quiere ni pensar que te vas a marchar. ¿Te has preguntado a ti misma alguna de estas cosas?

Kate sabía que se había metido en un buen lío. No era que amar a Mitch fuera algo malo.

Solo era una sorpresa. Había estado tan distraída gozando con la atención que él le prodigaba, que no se había preguntado por qué todo parecía tan perfecto. Había pensado que tenía que ver con haberse conocido de antes, pero lo que él le había ofrecido sobrepasaba con

mucho cualquier cosa del pasado.

Ya no tenían diecisiete años. Había mucho más en juego en aquellos momentos que cuando los dos estaban en el instituto…

—No te preocupes —dijo Julie—. Sabrás qué hacer cuando llegue el momento.

—¿Cómo lo has…?

—¿Quieres poner las tostadas? —le pidió Julie—. Es cosa del embarazo. Tengo mucha sensibilidad en este momento.

Aquel le parecía el día más largo de su vida, pensó Kate. Julie y ella habían hecho todo lo posible para que resultara interesante pero, para Kate, estar alejada de Mitch era muy difícil. Después de desayunar, Cal le había pedido ayuda para mover un viejo bote que tenía en el lago. Cuando hubieron terminado de desayunar había sabido, aunque no estaba embarazada como Julie, que Mitch no quería marcharse, pero no había sabido cómo pedirle que se quedara.

En vez de volver al hotel y participar en la competición de golf que se había organizado para la reunión o en el torneo de pesca de trucha, Kate y Julie habían decidido ir de compras. A Kate le encantaron todas los patucos en los que Julie se fijó, e hizo todo lo posible por retenerlos en la memoria para luego poder enviarle un regalo. Sin embargo, no podía olvidarse de Mitch.

Almorzaron y tomaron un helado antes de que Julie la dejara en el hotel. Antes de marcharse, su amiga le dijo que dejara de pensar y siguiera lo que le dictaba el corazón.

Una hora más tarde, tras mirar al reloj, Kate suspiró. Le parecía que no se había movido. Ya había retocado el vestido con la plancha, se había duchado y se había arreglado el pelo. Lo único que le faltaba era maquillarse y vestirse.

No le apetecía ir al baile. Después de su poco digna salida de la noche anterior, no quería volver a ver a Lindsay Dickerson, pero no podía esperar para ver a Mitch. Habían quedado en cenar en el hotel antes de ir al baile. Sabía que había tenido tiempo de sobra para olvidarse de la tensión sexual y centrarse en las emociones. Quería mirarlo a los ojos y ver la verdad. Entonces, decidiría qué hacer.

A las siete en punto, el teléfono empezó a sonar.

—Hola.

Con solo oír su voz sintió como si un reguero de pólvora le corriera bajo la piel, dejando un rastro humeante. Y eso que creía que se había calmado.

—Hola —respondió ella.

—¿Lista para bajar a cenar?

—Tengo mucho hambre —respondió ella, con cierta entonación que daba a aquella frase un carácter más sexual.

—¿Preferirías que pidiéramos que nos llevaran la cena a la habitación?

—Creo que sería mejor que cenáramos en el comedor. Si no, me moriré de hambre —dijo ella, recordando que la noche anterior no habían comido nada.

—Entonces, baja. Te estoy esperando.

Kate cerró rápidamente la puerta de su habitación y se dirigió al vestíbulo, diciéndose que la reacción que Mitch le había provocado tenía que ver con haber vuelto a encontrarse con un chico que le había gustado y con haber regresado a su casa. Estaba casi convencida cuando la puerta del ascensor se abrió y vio a Mitch al otro lado del vestíbulo. Estaba vestido para la ocasión y llevaba una única y hermosa rosa en la mano. Era la primera vez que lo había visto con un traje.

El corazón de Kate empezó a palpitar aceleradamente al verlo. Estaba tan atractivo…

Mitch estuvo a puntó de gritar. Se había pasado todo el día con Cal, trabajando en un estúpido barco cuando lo único que quería hacer era estar con Kate. Por eso, al verla acercarse a él, ataviada con un sutil, aunque muy sensual, vestido rojo que probablemente había costado más de lo que él ganaba en un mes, se sintió inferior. Habían pasado muchos años desde la última vez que había experimentado aquel sentimiento. Sin embargo, aquella vez era diferente. No era que se sintiera menos que los demás por su padre o porque no tuviera expectativas de futuro. Era porque Kate volaba muy alto y él había tenido la osadía de ponerle las manos encima.

Al ver que ella se acercaba, se aclaró la garganta para asegurarse de que no se le había paralizado la lengua. Para ocultar sus dudas, la besó suavemente en la mejilla y le dio la rosa.

—Estás muy hermosa… —dijo él.

—Muchas gracias por la rosa… y por el cumplido. Tú también estás muy hermoso.

—No estoy seguro de haber oído alguna vez que alguien me describiera como «hermoso», pero tú lo has hecho. ¿Estás segura de que estás con el tipo adecuado? —preguntó él, tomándola del brazo para llevarla al restaurante.

—Claro que estoy segura.

Mitch no supo qué decir, a excepción de pronunciar una silenciosa plegaria de agradecimiento.

La cena fue una tortura. No dejaba de observarla mientras cortaba la carne, mientras masticaba… No recordaba ni una sola de las palabras que ella había pronunciado.

Se sentía peor que un ciervo en celo. Lo único que quería era retirar la mesa y volver a llevarla a la habitación para continuar lo

que habían empezado el día anterior. La deseaba más que a ninguna otra mujer que había conocido.

Y era una causa perdida. Nadie lo habría creído pero, si no tenía cuidado, acabaría de rodillas, suplicándole que se quedara.

Mitch dejó el tenedor y tomó su copa de agua. El único detalle que no había querido pensar sobre Kate acababa de asaltarlo. Kate se marchaba al día siguiente.

Aquel pensamiento hizo que se le formara un nudo en la garganta. Si tenía suerte, tal vez moriría allí mismo y no tendría que verla marchar. Era un veterano de guerra, un marine que había podido sobrevivir con gusanos y agua de lluvia y, sin embargo, no estaba seguro de cuánto tiempo podría vivir sin Kate. En aquel momento, se dio cuenta de que estaba enamorado de ella.

—¿Le pasa algo a su carne, señor? —preguntó el camarero.

—No, está bien —respondió él—. Es que no tengo mucho apetito.

Kate sonrió, como si entendiera por qué no tenía apetito. Entonces, el camarero se marchó.

—Nunca te he preguntado si sabes bailar —quiso saber ella. Nunca habían asistido a un baile juntos.

—Mi madre me enseñó a bailar cuando tenía nueve años. Me dijo que prefería que bailara con chicas a que me pusiera a corretear con un puñado de gamberros.

—Tu madre era una mujer muy lista.

—Para lo que le sirvió… ¿Estás lista para presumir de mí?

Kate se echó a reír. A Mitch le pareció que era el sonido más hermoso que había oído en mucho, mucho tiempo.

—¿Puedo convencerte para que hagas un *Strip-tease* para la clase de 1989? —preguntó ella.

—Ni lo sueñes.

La velada empezó con un vergonzoso pase de diapositivas de viejas fotos. Mientras las enseñaban, alguien decía al micrófono:

—¿Adivinad quién es?

Les habían dado insignias con sus nombres, adornadas con las fotos del anuario. Como Mitch no había estado presente el día que se las tomaron a los de su clase, alguien había puesto una de una competición deportiva en su insignia. Parecía un secreto a voces que él iba a ir a la reunión. El sistema de comunicaciones de Chapel había funcionado a la velocidad de la luz.

A Kate no le importaba. Estaba con Mitch y se habían sentado con Julie y Cal. Lindsey Dickerson se había mantenido a distancia y, unas pocas horas más tarde, Kate estaría disfrutando de otra noche de pasión con el hombre que…

—Te echamos de menos en la cena, Kate —dijo una voz, a sus espaldas.

Ella se dio la vuelta y vio un rostro que le resultaba muy familiar.

—Hola, señor Gardener —dijo ella, reconociendo a su antiguo profesor de Historia—. Teníamos otros planes y no pudimos llegar a la cena. Está igual que lo recordaba.

—No puedo decir lo mismo de ti. Te has convertido en una hermosa mujer. Tu padre debe de estar orgulloso.

Su padre. Siempre era la hija de Teny Sutherland.

—¿Tuvisteis vosotros al señor Gardener de profesor de Historia? —preguntó ella a los demás, tratando de olvidarse de aquel comentario.

—¡Vaya, vaya! Cómo han cambiado las cosas, ¿verdad McKee? —exclamó el señor Gardener al ver a Mitch.

Él asintió, pero no respondió. Sin embargo, la chica rebelde pareció revivir dentro de Kate. Le habría gustado levantarse y preguntarle al señor Gardener lo que quería decir con aquel comentario, aunque, igual que Mitch, ya lo sabía. Significaba que los dos, ella la hija del hombre más rico de la ciudad, y él, el muchacho que había puesto patas arriba a la ciudad, nunca conseguirían que se olvidaran sus respectivos comienzos.

Cuando la música empezó a sonar, fue un alivio ver que el señor Gardener se marchaba.

—¿Te puedes creer que hayan puesto a Milli Vanilli? —preguntó Julie, incrédula—. Los de los quince minutos de fama. Deberíamos ponernos a bailar por compasión por ellos.

—No —afirmó Cal.

A medida que la velada iba avanzando, las luces se hicieron más tenues, la música más alta y siempre parecía haber cola en el bar. Después de hablar con varias personas, Kate se sintió libre para concentrarse en Mitch, especialmente cuando él la llevó a la pista para bailar una canción lenta.

—Bailas muy bien —susurró ella, apretándose fuertemente contra él.

—¿Estás decidida a darles algo de que hablar o estás intentando torturarme?

—No me importa lo que piensen. Solo estaba haciendo lo que quería hacer… Es decir, pegarme a ti.

—Bueno… —musitó él—… ven aquí. Puedes descansar la cabeza contra mi pecho cuando quieras —añadió, tomándola entre sus brazos.

Estuvieron bailando hasta que les quedó claro que lo que necesitaban era una habitación y una cama. Cuando salían de la pista

de baile, se encontraron con Julie y Cal, que parecían estar pensando lo mismo aunque por diferentes razones.

—Te aseguro que si Cal tiene que explicar lo que le ha pasado en la cara una vez más, creo que me pondré a gritar —bufó Julie—. ¿Es que no se puede ocupar la gente de sus asuntos?

—Tal vez debería ofrecerme a mostrarles exactamente cómo me pusieron el ojo morado —dijo Cal, con una sonrisa.

—No empieces ninguna pelea porque nosotros nos vamos —le advirtió Mitch.

—Nosotros también. El bebé no para de moverse. Además, ya me he divertido bastante por una noche.

En aquel momento, el micrófono empezó a hacer ruidos, lo que provocó que los cuatro se volvieran a mirar al escenario. De repente, las luces se encendieron y la música dejó de sonar.

Lindsey Dickerson se acercó al micrófono, ataviada con un perfecto vestido azul.

—Hola, soy Lindsay, para los que no lo sepáis. Espero que todo el mundo se esté divirtiendo mucho. Veo que algunos ya os marchabais, pero espero que solo os quedéis unos momentos más. Tenemos varios premios que dar.

Hubo los habituales «La persona que ha cambiado más desde el instituto», luego «La persona que ha cambiado menos», lo que provocó que Kate se pusiera algo nerviosa. Había empezado a relajarse cuando llegaron a «La persona que va a tener familia» y anunciaron el nombre de Julie. Kate, Mitch y Cal aplaudieron entusiastamente mientras Julie iba al escenario a recoger un enorme oso de peluche.

—Ahora, nos queda un último premio —dijo Lindsey. Kate apretó la mano de Mitch para indicarle que estaban a punto de poder marcharse—. Es uno doble y resulta una combinación poco usual como veréis. Es para «La persona que probablemente tendrá más éxito» junto con «La persona que tiene más posibilidades de que la arresten». El premio va para… ¡Kate Sutherland!

La gente que había alrededor de la mesa donde estaban sentados no sabía si aplaudir o no.

—No pienso ir a recogerlo —dijo Kate.

—¿Kate? —preguntó Lindsay, protegiéndose los ojos de los focos con una mano—. ¿Estás ahí?

—Cal, ¿puedes lanzar este oso lo suficientemente fuerte como para darle un golpe a esa… a esa… metomentodo? —le dijo Julie a su marido, muy enfadada.

—Kate, venga, no seas tímida —insistía Lindsay.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó Mitch.

Su parte rebelde volvió a despertarse y Kate lanzó a Mitch una mirada apasionada.

—Voy a reservarte para luego. Ahora voy por mi premio —dijo, poniéndose de pie.

—Oh, no —susurró Julie.

Kate ya estaba más que harta de aquella reunión, harta de las personas de pocas miras de Chapel y más que harta de Lindsay Dickerson.

Rápidamente llegó al escenario, donde su enemiga le dio la bienvenida con una falsa sonrisa de enhorabuena.

—El premio es una botella de champán por tu éxito… Y una lima para que puedas serrar las barras —añadió, como si de verdad hubiera hecho un chiste, entregándole los dos objetos.

Kate agarró la botella como si de verdad apreciara aquella humillación. Luego, se volvió hacia Lindsay.

—Llevas un vestido precioso —comentó Kate, cerca del micrófono—. ¿Es de seda?

—¿Te refieres a este trapito? —preguntó Lindsay, pasándose una mano por el carísimo tejido—. Sí, eso es. Es un diseño de Donna Karan. Lo compré durante mi último viaje a Nueva York.

—Ya veo —respondió ella, quitándole la cinta a la lima. Luego, se puso a manipular el corcho de la botella.

Por el rabillo del ojo, vio que Mitch se ponía de pie, como si le hubiera leído el pensamiento. Pero ya era demasiado tarde. Sonrió a Lindsey, tiró la lima al suelo y agitó con todas sus fuerzas la botella. Cuando estaba a punto de hacer saltar el corcho, se volvió hacia Lindsey, que la miró horrorizada. Entonces, Kate dudó y soltó un poco la botella. Tal vez se estaba excediendo un poco.

—Ni lo pienses, niñata mimada —le espetó Lindsey, entornando los ojos. Kate dejó que el corcho saliera por los aires.

Mitch llegó al podio justo cuando Lindsey empezaba a gritar. Intentó quitarle la botella a Kate, pero ella se zafó y levantó la botella para dar un sorbo de victoria. Él hizo todo lo posible para no reír con ella, pero creyó que debía comportarse como el jefe de policía que era.

Algunas personas de la sala, como las tres mujeres que se habían reunido en torno a la víctima, no encontraron aquello nada de divertido. El resto chillaba para darle su aprobación. Mitch consiguió por fin bajarla del podio, pero Kate parecía estar gozando plenamente con todo aquello e iba ofreciéndole champán a todo el mundo.

En aquel momento, Lindsay se puso de pie y se acercó a ellos para gritar a Kate.

—¡Mira lo que has hecho con mi vestido! Debería hacer que te arrestaran ahora mismo. ¡O debería demandarte!

—Demándame si quieres, pero te advierto que será mucho más rápido si te limitas a enviarle a mi padre la factura del vestido. Sin embargo, no pienso pagarte la peluquería. Fuera quien fuera quien te

peinara, merecería que le pegaran un tiro.

—Bueno, nos vamos de aquí —dijo Mitch, agarrándola del brazo. Luego, le quitó la botella de champán y la dejó en la mesa más cercana.

—Lo siento, Mitch, no pude evitarlo…

En aquel momento, el ayudante Les entró en la sala y se acercó a ellos. Mitch pensó que aquello era justo lo que necesitaba, otra crisis cuando lo que quería era sacar a Kate de aquella habitación e ir a la de ella.

—¿Has venido a arrestarme? —preguntó Kate al ayudante, sin sorpresa ni preocupación.

—Kate, no puede estar aquí por ti. No ha habido tiempo de llamarlo —explicó Mitch—. ¿Por qué estás aquí? —añadió, preguntándole a su subordinado.

—En realidad, he venido a detener a la señorita Sutherland.

—¿Por qué? ¿Cuáles son los cargos?

—Agresión.

—¿Agresión?

—¡No te he tocado, Lindsey! —exclamó Kate, volviéndose hacia el podio—. ¿Desde cuando regar a alguien con champán es una agresión?

—¿Quién ha hecho la denuncia? —quiso saber Mitch, que tenía un mal presentimiento sobre aquel asunto.

—El alcalde —respondió Les, bastante entristecido—. Me ordenó que viniera aquí, que la arrestara y que la sacara con las esposas puestas.

—Aclaremos esto —afirmó Mitch—. ¿Me estás diciendo que el alcalde, cuerdo y sin estar bajo la influencia de drogas ni de alcohol, te ha enviado aquí para que arrestes a Kate?

—Sí, señor —respondió Les, muy incómodo.

Incluso Kate se había quedado callada. Todos los asistentes empezaron a rodearlos para oír toda la conversación. Lindsey, que había visto el uniforme de policía, se acercó a ellos gritando:

—¡Oficial, oficial!

Aunque solo fuera para escapar de Lindsay o de aquella reunión tan desastrosa, Kate se encogió de hombros y extendió las manos para que la esposaran. Les miró a Mitch, que no le dejó duda alguna.

—Ni lo pienses —dijo él, agarrando a Kate por el brazo y disponiéndose a salir por la puerta.

El ayudante los siguió a poca distancia.

Capítulo 14

—¿Dónde vamos? —preguntó Kate.

Mitch, que llevaba conduciendo en silencio desde que habían salido del hotel, se frotó una mano por la cara para tratar de calmar su temperamento.

—Al juzgado.

—Lo siento —respondió ella, después de un largo periodo de tiempo.

Con un suspiro, Mitch pisó el freno y aparcó a un lado de la carretera. Trató de no prestar atención al hecho de que Les estaba siguiéndolos en un coche patrulla y también paró detrás de ellos.

—Cariño, esto no es culpa tuya.

Ella estaba a punto de echarse a llorar. A Mitch le habría gustado matar al alcalde lenta y dolorosamente.

—Yo fui quien lo golpeó con una pelota de golf —susurró Kate, limpiándose las lágrimas que le habían caído por la mejilla—. Yo fui la que hizo el *Strip-tease* y quien empapó a Lindsey. ¿Crees que necesito ayuda?

Mitch trató de buscar las palabras correctas. ¿Qué sabía él de mujeres? Respiró profundamente y le dijo la única cosa que se le ocurrió.

—Necesitas un ancla.

—¿Quieres decir alrededor del cuello antes de que me tiren al lago? —bromeó ella, a pesar de que no dejaba de llorar.

—No, un ancla como… como Cal.

—¿Como Cal? ¿Quieres decir un hombre con un ojo morado que me controle?

—Quiero decir en tu vida. Cal es el ancla de Julie. No tienes familia, por lo menos no una real. Y tu trabajo, por muy bien pagado que esté, no debe de ser suficiente para compensar lo anterior. Necesitas alguien o algo que te haga sentirte satisfecha. Algo que merezca la pena tu atención y compromiso.

Detrás de ellos, el ayudante les hizo una señal con las luces del coche patrulla para que siguieran.

Mitch golpeó el volante con la suficiente fuerza como para sobresaltar a Kate. Era mejor que el alcalde se mantuviera alejado. De lo contrario, experimentaría lo poco civilizado que él podía llegar a ser. Tras arrancar de nuevo el vehículo, salió a la carretera.

—Lo siento, Kate, no quería asustarte. Ya estoy harto de todo este asunto y estará todo solucionado esta noche.

Para cuando llegaron a los juzgados, Kate se sentía tan marchita como la rosa que Mitch le había regalado. La tarde había comenzado

con una promesa muy hermosa y había terminado de aquella manera por los planes algo infantiles para conmocionar a su padre.

Y Mitch volvía a estar defendiéndola. Creyó que él debía de estar cansado de tener que ocuparse de las repercusiones de su comportamiento. Más que cansado de su padre, de la gente que los rodeaba, como Lindsey Dickerson, cansado de ella… menos del sexo.

Kate estaba segura de que no estaba cansado del sexo. Incluso en aquel estado, la idea de que Mitch pudiera estar dentro de su cuerpo le resultaba cálida y sugerente. Su piel recordaba las caricias que él le había dado, cómo la había vuelto loca… Estudió su perfil mientras aparcaba el coche. Si no hubiera sido por su talento para crear problemas, en aquellos momentos habrían estado en su habitación, desnudos y dichosos.

—¿Estás lista? —le preguntó él, apagando el motor del coche.

—Nunca podré estarlo más —respondió ella, abrumada por aquella sensación de pérdida. Aquella era la última noche que iba a pasar con Mitch y se había estropeado por completo.

El alcalde estaba esperando en la recepción cuando Mitch, Kate y Les entraron en el edificio. El aspecto de Dealey, con los dos ojos morados, le daba un aspecto de payaso. A Mitch le habría divertido si no hubiera estado tan enojado.

—¿Qué diablos estás tratando de hacer, John? —preguntó Mitch sin preliminares.

El alcalde dio un paso atrás y luego miró al ayudante Les, por si este pudiera ayudarlo en un momento dado.

—No hagas una estupidez, McKee. Esto no tiene nada que ver contigo. Esto es entre ella y yo.

—¿Te importa decirme qué es exactamente lo que hay entre ella y tú?

—¡Pero bueno! Me golpeó en la cara con una pelota de golf. Podría haberme matado.

—Fue un accidente —replicó Mitch.

—No… lo hizo a propósito.

—¿Cuándo has decidido eso? Yo estuve en el club de campo y hablé con los testigos. ¿Decidiste cambiar de opinión antes o después de que fueras a su hotel anoche?

—¿Vas a arrestarme porque no me acosté contigo? —preguntó Kate, furiosa.

El ayudante Les tosió estrepitosamente y el operador de la centralita se quitó los cascos.

—Eso no es cierto. Estás poniendo palabras en su boca, McKee. Como ciudadano, tengo el derecho de presentar una denuncia si…

—Llama a tu padre y dile que venga enseguida. Puedes utilizar este mismo teléfono —le ordenó Mitch a Kate.

—Un momento —dijo Dealey—. No hay necesidad de…

—¿Acaso habías creído que podías arrestar a esta mujer sin que se enterara su padre y sin implicarlo en el tema?

—Bueno…

—¿Acaso creíste que podrías obligar a Kate a tener relacione sexuales contigo sin tener que tratar conmigo también?

—Hola, papá —empezó Kate, a sus espaldas—. Sí, sé que es muy tarde y lo…

Mitch se dio la vuelta y agarró el auricular. Le parecía que Kate ya se había disculpado bastante a lo largo de la semana.

—He despertado al niño —le dijo ella.

—Hola, señor Sutherland —rugió Mitch, esperando despertar a los niños de los vecinos también—. Soy Mitch McKee. Su hija Kate ha sido arrestada por agresión. Es mejor que venga al juzgado. Lo espero dentro de treinta minutos.

El padre de Kate llegó en veinte minutos. Mitch hubiera pagado el sueldo de un mes solo por ver la cara del alcalde cuando Terry Sutherland lo llamó a una de las salas de interrogación para que tuvieran una «charla». Sin embargo, podría ver la cara que pondría cuando hablaran todas las veces que quisiera, gracias a la cámara de vídeo que había en todas las salas. Ni siquiera se molesto en impedir que Les y el operador miraran el monitor. A él le bastaba con estar con Kate, sentados en su despacho, escuchando los gritos que, ocasionalmente, se oían por el pasillo.

—Bueno, pues parece que ya has conseguido que tu padre te presté atención —dijo Mitch.

—Supongo que sí —respondió ella, aunque sin parecer muy contenta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, agachándose delante de la silla en la que ella estaba sentada.

—Creo que acabo de darme cuenta de que odio esta ciudad. Las únicas personas que merecen la pena aquí son Julie, Cal, tal vez mi hermana… y tú, por supuesto. Quería pasar la noche contigo, hacer que fuera especial. Tú siempre has sido…

En aquel momento, la puerta del despacho se abrió, dando paso a Terry Sutherland.

—Si John Dealey se atreve a tomar más medidas legales contra un Sutherland, haré que lo echen de la ciudad.

—Entonces, ¿significa eso que ha retirado los cargos?

—Le hice que rompiera la denuncia delante de tus dos ayudantes. En lo que a mí respecta, se ha solucionado todo. Bueno, creo que tenemos que hablar, Kate.

—Sí, claro —dijo Mitch, poniéndose de pie—. Podéis utilizar mi

despacho.

Kate observó cómo se marchaba y cerraba la puerta. Sin él, aquella habitación pareció más grande y vacía.

Estaba dándose cuenta de lo vacía que estaría su vida sin él cuando su padre hizo algo que la sorprendió mucho. En vez de sentarse en el sillón de Mitch, se sentó a su lado. Kate reconoció que, si le hubiera prestado más atención cuando llegó, todo habría sido muy diferente, aunque tal vez nunca se habría encontrado con Mitch…

—Kate… Yo… No tienes que preocuparte por John Dealey. Como ya has oído, yo me he ocupado de todo.

—¿Te dijo que yo…?

—Sí. Y si hay algo más, prefiero no saberlo. Siento mucho no haberme portado mejor contigo, pero el pasado, pasado está. Creo que lo mejor para todos es que vuelvas a tu vida en San Francisco.

La visión de Kate se nubló por las lágrimas que no quería derramar. Aquella disculpa, que tanto le había costado escuchar, no cambiaba nada. El pasado, pasado estaba. Su padre quería que se marchara para no causar más problemas en la ciudad. El nudo que se le hizo en la garganta fue demasiado difícil de tragar…

—Sé que Mitch McKee y tú…

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos ser una familia?

El padre bajó la mirada. Kate se dio cuenta de que había decidido no contestar.

—No podemos ser una familia. Susan está todavía algo insegura sobre su… sobre nuestro matrimonio. Solo es unos pocos años mayor que tú… No podemos. Eso es todo. En mi testamento, os he incluido a tu hermana y a ti. No tenéis que preocuparos por ser desheredadas.

—No me importa el dinero…

—Lo sé… En cuando a Mitch, espero que no estés planteándote seguir en Chapel por él. No es que no sea un buen hombre pero… No es el hombre adecuado para ti.

Kate quería mostrar su desacuerdo sobre Mitch, aunque no podía hacerlo sobre Chapel. Entonces, se dio cuenta de que ya había escuchado toda la verdad y los consejos que iba a recibir de su padre.

—No te preocupes, papá —dijo ella, poniéndose en pie—. Mañana estaré en ese avión. Gracias —añadió, dándole un beso en la mejilla—. Y adiós.

Mitch la llevó de vuelta al hotel. Como no estaba lista para hablar, después de todo lo que había ocurrido, Kate se pasó el tiempo mirando por la ventanilla, viendo las calles de Chapel pasar ante sus ojos. Aquella sería la última vez que se verían…

Él la acompañó desde el coche hasta su habitación como un

guardaespaldas. En el juzgado, se había quitado la chaqueta y la corbata y se había remangado. Esperó a que ella abriera la puerta y luego se quedó en el pasillo, adoptando la postura de alguien que no se sentía del todo bienvenido.

Sin palabras, Kate lo tomó de la mano y le hizo pasar.

—Quiero decir adiós como un adulto —dijo él, manteniendo las distancias.

—Yo no quiero decir adiós, al menos no todavía.

Mitch la tomó entre sus brazos y ella levantó la cara hasta que sus labios estuvieron cerca de la oreja de él.

—Quiero hacer todo lo que he estado deseando hacer toda la noche. Por favor, quédate conmigo.

—No me pidas que te lleve en coche al aeropuerto…

—Trato hecho —susurró ella, sintiendo de nuevo que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

Entonces, Mitch la tomó entre sus brazos y la llevó a la cama. Allí, la colocó suavemente sobre el colchón y la ayudó a quitarse la ropa para luego despojarse de la suya. Sin prisa, pero sin los juegos de seducción de otras ocasiones. Mitch estaba más triste que nunca y eso casi le rompía el corazón a Kate.

Mientras se deslizaban juntos entre las sábanas, ella tuvo que utilizar todo su autocontrol para no llorar. Ya habría tiempo para las lágrimas cuando estuviera sola en su apartamento, a más de cinco mil kilómetros de Chapel, casi al otro lado del mundo del hombre que amaba.

—Bueno, pues ya está todo —dijo Kate mientras Julie enlazaba un brazo con el suyo y la acompañaba al coche—. He llamado a mi hermana, he dejado un mensaje para mi padre y…

—Tal vez deberías llamar a Mitch otra vez —sugirió Julie.

—No. Ya nos dijimos adiós.

Aquello no era del todo cierto. Sus cuerpos se habían dicho adiós, pero las palabras habían sido demasiado duras. Mitch había hecho el amor como si ella significara todo para él y la había tenido entre sus brazos hasta que se había quedado dormida. Sin embargo, cuando había abierto los ojos por la mañana, ya se había marchado.

—Si no me pongo en camino, empezaré a llorar y Randy tendrá que conducir —susurró, señalando al joven que trabajaba para Ramey y que iba a ir con ella al aeropuerto para llevarse luego el coche—. Te quiero mucho, Julie. Cuida de ese bebé, ¿me oyes?

—No te preocupes —respondió su amiga, tratando de sonreír a pesar de las lágrimas—. Cal nos cuidará a los dos. Tal vez los tres vayamos a visitarte alguna vez a California.

—Eso espero.

Tal y como Mitch le había dicho, aquellas palabras confirmaban que Cal era el ancla de Julie. Mientras tanto, ella seguía dando bandazos.

Tras darse otro abrazo, Kate abrió la puerta del conductor del Mercedes y se puso al volante del coche. Echaba mucho de menos a Mitch y no dejaba de preguntarse dónde estaría.

—Bueno, al menos no te comportaste como un estúpido —dijo Mitch, sin referirse a nadie en particular. Estaba sentado en su silla favorita sobre el muelle del lago, con seis latas de cerveza colgando de una cuerda para refrescarlas en las aguas del lago, felicitándose en solitario aunque no estaba de humor para celebraciones.

Ya se había tomado otras siete cervezas, pensando que Kate ya se había marchado en un avión al otro lado del país. Y no le había dicho que estaba enamorado de ella.

Ni siquiera se movió cuando el vehículo de Cal se acercó por el camino de grava y se detuvo cerca de la cabaña. Lo único que hizo fue sacar una cerveza del agua para ofrecérsela a su amigo, que la aceptó con gusto. Entonces, Mitch levantó la suya para brindar.

—He dejado mi trabajo. Me dijeron que tenía que darles un mes para que buscaran a otro, pero van a tener que subir aquí a buscarme.

—Estás borracho.

—Lo estoy intentando —respondió Mitch. La razón era que trataba de ahogar el dolor que le embargaba—. Voy a dejarme barba y viviré aquí, en los bosques.

—Ella intentó llamarte…

—¡No! ¡No puedo! ¡Maldita sea! —exclamó él, tirando la lata al lago—. Mátame ahora. No puedo soportarlo.

Respiró profundamente, obligándose a aceptar la idea de que no volvería a ver a Kate. Había sabido que ella representaba problemas cuando volvió a verla, sentada encima de aquel coche, sobre una zanja de barro. Sin embargo, nunca se había imaginado lo mucho que le dolería perderla. Lo más triste de todo aquello era que volvería a hacer lo mismo, sin pensárselo, sin tuviera la oportunidad.

Agradecido por que Cal guardara silencio, Mitch se frotó la cara y se reclinó para volver a mirar el lago. Kate se había marchado y lo había podido soportar. Lo superaría.

—¿De verdad has dejado tu trabajo? —quiso saber Cal.

Capítulo 15

Kate solo había necesitado un vuelo de tres horas para desear desesperadamente ver a Mitch. Al llegar a su apartamento, le había bastado una llamada de seis minutos para descubrir que se había ido a vivir a la cabaña del lago, uno de los pocos sitios en los que estaría sin teléfono. Un mes más tarde, se había dado cuenta de que él no tenía intención de volver a hablar con ella. Tenía que ser todo o nada.

Seis semanas después, descubrió que estaba embarazada.

Sentada en el cuarto de baño una mañana de sábado, mirando la delgada línea rosa, sintió una alegría inmensa por dentro. Probablemente, habían concebido un hijo aquel primer día en el lago. A partir de aquel momento, tendría que decidir lo que haría en el futuro. Mitch y ella tenían muchas cosas de las que hablar. Debía decirle que estaba esperando un hijo, aunque tuviera que regresar a Chapel para hacerlo.

No estaba dispuesta a ser madre soltera, a menos que Mitch tuviera una razón de peso para que no pudieran formar una familia. Después de todo, ya habían comenzado y no era que hubieran engendrado a aquel hijo sin amor, aunque Mitch nunca se lo hubiera dicho.

Kate no dejaba de pensar en alguien con el que compartir su vida, del que pudiera depender cuando el resto del mundo se volviera loco. Un ancla, tal y como Mitch le había aconsejado. Decidió que iba siendo hora de que los dos dejaran el pasado en Chapel y empezaran una nueva vida.

Kate agarró el teléfono. Decidió que iba a pedirle matrimonio al hombre más rebelde de la ciudad de Chapel. Ella, la mujer más rebelde, iba a pedirle a Mitch McKee que se casara con ella.

—No deberías estar haciendo esto, Julie —dijo Mitch mientras ella no dejaba de ir de un lado a otro del comedor—. Da la impresión de que vas a dar a luz en cualquier momento.

Julie y Cal lo habían invitado a comer.

Como no había visto a Julie desde hacía un par de semanas, la evolución del embarazo lo tomó por sorpresa.

—¡Calla! Estoy bien. Todavía me quedan algunas semanas —replicó Julie—. Y tú no puedes seguir allí en esa montaña, comiendo de lata y bebiendo cerveza todo el tiempo. Un poco de pelo en la cara no oculta el hecho de que has perdido peso —añadió, mirándole la barba.

Mitch miró a Cal para buscar apoyo, pero él se encogió de hombros.

—Bueno, es que pareces algo nerviosa y me estás poniendo a mí también —explicó Mitch.

—¿Yo? ¿Nerviosa? Solo estoy…

—Llena de energía —dijo Cal, al ver que a su esposa le faltaban las palabras.

Mitch se rindió. Estaba a punto de cambiar de tema cuando se acercó un coche a la casa. Cal siguió sentado, pero Julie fue a la puerta como una flecha.

—Es un coche de policía —les informó.

Mitch tuvo un mal presentimiento. Después del extraño comportamiento de Julie, no pudo dejar de preguntarse si habría presentido algo. Las mujeres embarazadas le resultaban tan misteriosas como las pitonisas. Sin embargo, se dio cuenta de que no tenía de nada de qué preocuparse. Sus mejores amigos estaban allí con él y Kate… Kate estaba sana y salva en San Francisco. Sana y salva… ¿Cómo iba él a saber si estaba sana y salva?

Cuando alguien llamó a la puerta, Julie la abrió enseguida y dio la bienvenida al ayudante Arnold, que entró en el comedor.

—¿Qué es lo que ocurre, Arnold?

—Tengo una llamada de emergencia para el jefe de policía… Quiero decir para el señor McKee —dijo el recién llegado.

Mitch extendió la mano para agarrar la radio de emergencia que le estaba dando el ayudante. Entonces, al mirar a Julie, vio que estaba sonriendo. El mundo parecía estar volviéndose loco.

—Mitch McKee al habla.

—El ayudante Les al aparato. ¿Se acuerda de que, hace unas semanas, la señorita Sutherland metió el coche en una zanja?

El corazón de Mitch empezó a latir tan fuertemente como si quisiera salírsele del pecho.

—Sí, claro que me acuerdo, Les…

—Bueno, señor, pues lo ha vuelto a hacer. Está…

—¿Dónde?

—En Ravenswood Road. Yo…

Mitch ya no quiso oír nada más. Le devolvió la radio al ayudante y, tras ponerse de pie, le dijo:

—Espero que no hayas aparcado el coche detrás de mi vehículo.

—No, señor.

—¡Mitch, espera! —le ordenó Julie—. No lo estropees todo —añadió cuando llegó a su lado.

Cuando llegó al lugar donde estaba aparcado el coche del ayudante Les, detuvo el coche entre nubes de polvo. Kate vio cómo el ayudante, que ya se había despedido de ella, saludaba a Mitch, se metía en su coche patrulla y se marchaba. Aquello dejaba a Kate y a

Mitch solos a un lado de la carretera, a las afueras de la ciudad que había visto cómo todo nacía entre ellos y que Kate esperaba que no viera también su final.

El hombre que se acercaba a ella parecía un desconocido. Estaba mucho más delgado y llevaba una siniestra barba oscura. Habría sido fácil confundirle con un delincuente más que con el jefe de policía, aunque Kate ya sabía que había dejado su trabajo. Se acercaba a ella muy lentamente, lo que le produjo cierto nerviosismo. ¿Y si no la amaba y no quería saber nada de ella ni del bebé?

Cuando se acercó los suficiente, ella vio en sus ojos que se alegraba de verla y sonrió.

—Esta vez, no te has metido del todo en la zanja —comentó él al ver que el coche estaba simplemente aparcado en la cuneta.

—Este no quería estropearlo porque es de alquiler.

—¿Cómo te ha ido?

—Muy mal. Es decir, hasta hace muy poco. ¿Por qué no me llamaste?

—Yo… Bueno, ya te dije que no se me da bien decir adiós. Repetir lo mismo una y otra vez no va a hacer que mejore.

—¿Me amas, Mitch McKee? —le preguntó ella, tomándole la cara entre las manos.

—Ya sabes que sí —confesó él—. Creo que te llevo amando desde el instituto.

—¿Te acuerdas de aquel día en el lago? —comentó ella. Mitch asintió—. Bueno, pues me has dejado embarazada. Si hubieras hecho eso en el instituto, ya habríamos formado una familia.

A Mitch le pareció que estaba soñando. Tenía que ser un sueño. La mujer que amaba estaba entre sus brazos y la fantasía que había tenido de que ella tuviera un hijo suyo era casi una realidad.

—Si estoy muerto y he subido al cielo, no me lo digas —dijo él, mirando a Kate a los ojos. Por el reflejo de los rayos del sol, su cabello parecía estar hecho de fuego. Durante un segundo, rezó para que aquel bebé fuera una niña, tan fiera y rebelde como su madre.

—¿Harás lo que debes y te casarás conmigo? —preguntó ella—. Creo que este bebé y yo necesitamos desesperadamente un ancla.

—Tú no me has dicho que me amas.

—¿Recuerdas lo que has dicho de estar enamorado de mí desde el instituto? Pues yo me enamoré primero.

Incapaz de resistirse más, Mitch la besó primero como un loco, luego como un amante y por último como un futuro padre.

—¿Qué dirá tu padre? —quiso saber Mitch. Aunque a él no le importaba, quería saber si Kate era de la misma opinión.

—Esa es la única estipulación para este matrimonio —dijo ella en un tono muy profesional—. Ni este bebé ni yo vamos a volver a

pisar Chapel. Tendrás que encontrar otro lugar para pescar… En California.

Epílogo

Llevaban tres días de vacaciones en la cabaña que tenían en la montaña, para que Mitch pudiera pescar, cuando Kate se puso de parto. Para ser exactos, estaban en un bote en medio del lago hasta cuando ella rompió aguas.

Kate tuvo el humor de hacer una broma al respecto, diciendo que había agua por todas partes, antes de mirarlo a los ojos y decirle:

—Ya es la hora.

Mitch no se comportó de un modo tan alegre. Confiaba en Kate, pero también sabía que ella nunca había tenido un hijo antes, así que uno de los dos tenía que comportarse con seriedad.

Con tranquilidad, sacó el sedal del agua y arrancó el motor para volver a la orilla.

Él había sido el que la había transportado de un sitio a otro. Primero en bote, luego en coche y por último en la silla de ruedas. Consiguió llevarla al hospital en poco más de hora y media y luego se pasó las siguientes doce horas preocupándose, dándole ánimos y rezando.

Entonces, por fin, pudo tomar a su hija entre sus brazos. Mitch McKee, el más alborotador de la ciudad de Chapel, apartó la mirada de la perfecta carita de su angelical hija y miró al rostro, hermoso y lleno de orgullo, de su angelical madre. Entonces, solo pudo decir lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Esta niña no saldrá de casa hasta que cumpla los veintiuno.

Fin